IMPRESIONES
DE VIAJE

ALTAVAS



Enrique Altavas

IMPRESIONES DE VIAJE

Guam
Honolulu
San Francisco
Chicago
Washington
New York
Vancouver
Yokohama
Tokyo
Shanghai

Con prologo
del
Dr. T. H. PARDO DE TAVERA

Con ilustraciones

Manila, 1920.

Imp. La Comercial, Dasmariñas 122, Binondo.

To Sr. Hayden with compliments of [illegible] Manila. Jan. 29-31

IMPRESIONES DE VIAJE

Dedicado a sus queridos y excelentes compañeros de viaje los amigos Paredes, De Leon, Alunan y Ocampo con quienes ha compartido las amenidades de una vida pasada entre las cuatro paredes de un camarote de tren y vapor.

EL AUTOR.

Dr. T. H. Pardo de Tavera



PROLOGO

Las descripciones narrativas de viaje, encantan; los pretenciosos escritos de psicología nacional redactados por viajeros que pasan a toda velocidad por un país cualquiera, apestan. Las páginas escritas por el Sr. Enrique Altavás pertenecen al primer género: son notas de las impresiones recibidas en su primer viaje a Estados Unidos, redactadas sin pretenciones literarias ni de ningún género; en las que consigna lo que sus ojos vieron, lo que su alma sintió. No hace la inocentada de buscar los defectos de las gentes cuyo país visita: se contenta con relatar lo que es agradable, lo que es digno de conocer para aprender algo útil, progresar, aprovechando la experiencia agena.

Tiene el autor mi entera simpatía cuando consigna entre las cosas dignas de recordarse, entre lo que jamás es

olvida, el famoso mareo, el tremendo malestar de muerte, la horrible angustia que simula la agonía, y llega hasta el punto de producir el deseo de morir para librarse de su martirio. Al sufrirlo es cuando bendice uno la tierra y la desea, pareciendo que todos los males pasados, todas las desdichas sufridas, fueron nada más que dulces momentos, envidiables momentos, solo porque no sufríamos el malestar odioso que nos hace ver de color de rosa el pasado, y más todavía el futuro representado por la tierra en donde se acabará el mareo: dulce tierra, tierra firme a la que toleramos que, de vez en cuando, por poco tiempo, pasajera y discretamente, se estremezca en un temblor y aún terremoto que no marea, que no maree... que no mate!

El recuerdo que no le abandona de los seres queridos dejados aquí, en nuestro país,es una nota de sinceridad que caracteriza el viaje de estreno a lejanas tierras. La nostalgía del que viaja por primera vez es curable: vá desa-

pareciendo a medida que nos familiarizamos con lo nuevo y a medida que, a fuerza de viajar, se vá formando el alma cosmopolita. Entonces se sufre de nostalgía no al viajar, sino cuando no se viaja, porque es lugar querido, buscado y soñado todo aquel en donde hemos disfrutado de algo, siquiera por algunos momentos. La nostalgia de Altavás no fué muy grave, porque se alivió con lo que veía, se calmaba mediante las manifestaciones de afecto y hospitalidad de los americanos y de los filipinos que encontraba en América, y también con el contacto suave de manos femeninas de "las manicuras simpáticas", como dice con esa candidez característica de un antiguo soldado de la *Milicia Angélica.*

Hay nostalgías graves, como la que atenazó a uno de mis amigos y compañeros de la primera Misión de Filipinos que fuimos a Estados Unidos en 1904. Al llegar a Hongkong, mi amigo se empeñó en volver a Manila pretextando un dolor de cabeza. En rea-

formas sociales, andaban a la altura de buenos labriegos y sencillos citadinos, sin cepillar, de maneras muy francas, muy sencillas y muy a la pata la llana,....

Esto es nada más qua una de las manifestaciones de lo que llamo, "la indisciplina general de nuestra vida". Otra manifestación de dicha indisciplina es la presencia en nuestros bailes de niñas de menos de 18 años de edad de que habla el Sr. Altavás, y yo añado: de menos de 16, y de 14 y de 12 años también! Y es que hay madres que, al ir a un baile, se llevan a sus hijas para *no dejarlas solas en casa*, sín importarlas ni dudar siquiera si tienen derecho a hacerlo, lo mismo que aquellos que se descuelgan en un banquete o una recepción vestidos de americana de color, bajo el pretexto de no tener costumbre de ponerse debidamente de smoking o de frac o de chaquetilla blanca. La costumbre les escusa de todo; pero aún en lo de *costumbre* no hay uniformidad,

porque la *uniformidad* es lo que justifica la costumbre: el caso es que cada uno hace lo que quiere sin apercibirse que al invocar *su costumbre,* delata su ignorancia en achaques de usos sociales. Famosa costumbre: la santa, la venerable, la ridícula y grotesca costumbre!

Cuando al relatar el autor lo que admira en Nueva York se detiene, con razón, en la descripción de sus famosos rascacielos, me recuerda lo que, ante el famoso Flat Iron, se le ocurrió a un amigo mío que soñaba en los cuentos bíblicos. "Es suerte, me decía, que los obreros que trabajaron aquí no fueron castigados como aquellos de la Torre de Babel". Efectivamente, recuerdo que los hijos de Noé quisieron levantar una torre para alcanzar el cielo, y que Dios anonadó su intento trabando sus lenguas de suerte que no pudieron entenderse, según dice la tradición bíblica. Pero en Nueva York no se ha registrado una catástrofe igual, habiendo servido estas construcciones para familiarizarse en la lengua inglesa a los obreros

extrangeros recién llegados a Estados Unidos. Es indudable que, en nuestros días, con la práctica adquirida por la experiencia, Dios ha comprendido que no tiene que trabar las lenguas de obreros ni arquitectos para evitar que llegue el hombre con una torre al cielo, porque se vá haciendo cargo que la empresa es descabellada e imposible. Hay cosas que nadie se atreve a negar, y nadie negará que Dios ha progresado considerablemente, siguiendo muy de cerca todas las conquistas científicas que el hombre ha hecho desde el doble error cometido por Dios y por los hombres en el lamentable caso de la Torre de Babel.

Disiento del señor Altavás cuando, al hablar de la circulación de vehículos en el movimiento intenso de las calles de Nueva York, dice lo siguiente: "Un hombre tal vez podría sortearlos, pero una mujer, de ninguna manera."— Al contrario, he observado que las mujeres hacen en Nueva York todo lo que los hombres pueden hacer, y en casos dificultosos, todavía más, porque

entonces, junto con su habilidad e independencia femenina, cuentan con toda la ayuda y el respeto del hombre.

Aplaudo cordialmente la tendencia educativa del señor Altavás, mediante la cual trata de hacer participar a sus lectores de las lecciones que se aprenden en un viaje como el suyo, cuando se sabe observar. Así llama él la atención sobre la actitud del público en la Opera de la gran ciudad neoyorkina, que guarda absoluto silencio durante las representaciones. El hablar y hacer ruido durante el espectáculo, es propio de públicos acostumbrados nada más que a representaciones puramente oculares, como los toros, la gallera y el pujilato. También se observa allá donde el público se compone de gente que por su situación social está acostumbrada a callar y sufrir, y de otros que afirman su independiente superioridad sobre aquellos, perturbando el pacífico disfrute de la función cuando les conviene hablar, reir, taconear o *hacer lo que les dá la gana.*

En cuanto a lo de hacer repetir a un artista aplaudiéndole, es un acto verdaderamente punitivo, porque se le impone un trabajo suplementario sin retribución. Al contrario, a quien canta o traduce mal su papel, debería obligársele a repetir, para darle oportunidad de hacerlo bien. Seguramente que el señor Altavás no habrá oido lo que se llaman "silbas", que son manifestaciones soeces de desagrado que, en algunos paises, emplea el público cuando un desgraciado artista comete una falta: en los públicos de habla anglosajona, hay una diferencia entre el teatro y el ring.

Me parece un error completo comparar una hermosa mujer moderna con aquellas hermosuras de tiempos pasados de las que solo tenemos la admiración de sus contemporáneos en testimonios incompletos. La mujer de nuestros días hace en una mañana más uso de agua, jabón, cepillo y lociones que todas las Julietas, Isabelas, Marías y Calderonas usaron en toda su vida.

El duque de San Simón, al mencionar ciertas damas célebres por sus encantos, dice que, a pesar de las fuertes esencias que usaban, superaba el mal olor natural de la dama. La higiene moderna ha destruido los *olores naturales*... nacidos del abandono. Aquellas damas no sabían lo que eran manicuras, las *simpáticas* que llaman la atención del observador Altavás. Y los dentistas tampoco habían aparecido en la escena de la vida, ni, por lo tanto, iniciado siquiera la higiene de la boca y la abolición de las dentaduras ruinosas. En cuanto a las heroinas "Vírgenes de los claustros", como las Ineses, hay que tener muy presente que siempre trataron de conservar la castidad observando la suciedad.

Sin hallarme interesado en ninguna empresa de viajes y turismo, soy ardiente propagandista del viaje, porque creo que debemos conocer la casa que habitamos en primer lugar, y después el pueblo en que radicamos, el país

en donde vivimos y el mundo en que evolucionamos. Las "Impresiones de Viaje" del Sr. Altavás, son de una lectura muy amena, y cuando se ha leido la última línea y se apercibe uno que su lectura se acabó, siente el deseo de una continuación, el relato de otro viaje con sus observaciones, sus alusiones, sus enseñanzas. Por eso deseo y pronóstico al autor la nostalgía del viaje, mediante la cual se sentirá empujado a salir de nuevo a conocer el mundo, a ver tierras y atravesar los mares, que muchas veces observan una tranquilidad perfecta y toleran que se compare entonces su superficie a una balsa de aceite.

T. H. PARDO DE TAVERA.

Manila, 15 de Marzo de 1920.

Dos palabras

No pretendo ni pretenderé jamás, después de una estancia tan breve en América, hablar en estas "Impresiones de Viaje" del alma y espíritu americanos, de su manera de vivir en la intimidad, de su modo de pensar, de su idiosincracia, temperamento y prejuicios, como lo han hecho respecto a los nuestros ciertos escritores de allende los mares después de una semana o dos, o, cuando más, un mes de permanencia en Filipinas. Nada de eso.

Tampoco quiero arrogarme la pretensión de escribir una crónica o narración,—eso queda reservado, creo yo, a las brillantes plumas de nuestros literatos y periodistas Kalaw, M. Aunario, Varona, Luz, Gil y Nieva—de lo que ha realizado la Misión Filipina de Independencia, aunque hago mención frecuente de su sobresaliente labor en la Metrópoli en forma de magníficos y elocuentes discursos, brillantes y luminosas conferencias, provechosas *interviews* con personajes, propaganda activa

y efectiva en los periódicos de todos matices, o de cualquier otro modo, con tanta eficacia y discreción que mereció de casi toda la prensa americana, aún la de subido color republicano, artículos serios y editoriales autorizados en pró de nuestras aspiraciones nacionales.

Mis impresiones se refieren principalmente a lo que he visto en las calles, jardines y parques; en los barcos, tranvías y trenes; en los edificios, monumentos, torres, iglesias y hoteles; en los teatros, salones y cabarets; en los museos y estudios cinematográficos; en los restauranes y subterráneos, y en los pintorescos paisajes que se extienden a ambos lados de las vías férreas en Estados Unidos, Canadá y Japón.

Son impresiones personales recogidas al vuelo y trasladadas al papel a grandes brochazos; manchas de color que un espíritu curioso y un ojo avizor percibirían aún a grandes distancias. Debo advertir, sin embargo, que debido a mi escasa literatura, mis cuadros son pálidos reflejos de la realidad.

XVII

Me parece rara la idea de que los componentes de una delegación que vaya a un país con fines más o menos diplomáticos, o más o menos políticos, o lo que fuese, deben dedicar absolutamente todo su tiempo a la exposición de los propósitos por los cuales se ha constituido, en tal forma que durante las veinticuatro horas del día no tengan otra cosa que hacer, que todos y cada uno de los actos en relación con su labor se aprovechen para la propaganda del objetivo por el cual están en aquel país, de tal modo que en la ópera, en el circo, en el cinematógrafo, en el cabaret, en el salón de baile, en un astillero, en una fábrica, en una iglesia, en un cementerio, en cualquier sitio, en fin, donde fuesen invitados dichos delegados, tengan éstos el deber de subirse a una mesa o a un banco para pedir la palabra y endilgar acto seguido al auditorio un discurso o una conferencia sobre los motivos del envío de tal delegación, y que si eso no se puede

hacer, que no se acepten las invitaciones para las fiestas o excursiones de esa naturaleza, porque ellos no han abandonado su patria para divertirse, sino para trabajar. Y que cuando no se pueda hacer alguna labor, sea de la manera que fuese, para el fin indicado, que se estén quietos en sus casas o en el hotel para dormir o papar moscas. ¡Peregrina idea, por no llamarla absurda y ridícula!

Es indiscutible que no hay tarea en el mundo, por muy ardua e importante que se la suponga, aún aquellas que entrañen el bienestar de media humanidad, que no pueda desenvolverse y llevarse a cabo con feliz éxito, no obstante el disfrute simultáneo de los placeres y satisfacciones que consigo traen las fiestas y demás diversiones a que son invitados y asisten los encargados de dar cima a semejante tarea.

Leed, si no, las crónicas sociales de París durante la estancia de los plenipotenciarios de la paz en aquella Ciu-

dad llamada el cerebro del mundo, a pesar de sus liviandades, y eso que entonces humeaban aun los campos de batalla, todavía estaban las heridas sin cicatrizarse, retumbaban aún algunos cañonazos cabe el Rhín y los paises reprentados por aquellos graves, serenos y austeros delegados estaban aún llorando las muertes recientes de tantos valientes que sucumbieron peleando por el triunfo de la democracia. Leed dichas crónicas y veréis en ellas una serie de saraos de gala, grandes recepciones palaciegas, magníficas funciones teatrales y otras fiestas sociales, a las que concurrieron todos los más brillantes hombres de Estado que tomaron parte en la conferencia de la Paz. Sin embargo, nada de eso ha contribuido en absoluto a malograr la misión que allí les llevara, pues es conocido de todos el felíz término de aquella labor, antes bien ha contribuido grandemente a que hubiese mejor inteligencia y mayor armonía entre todos.

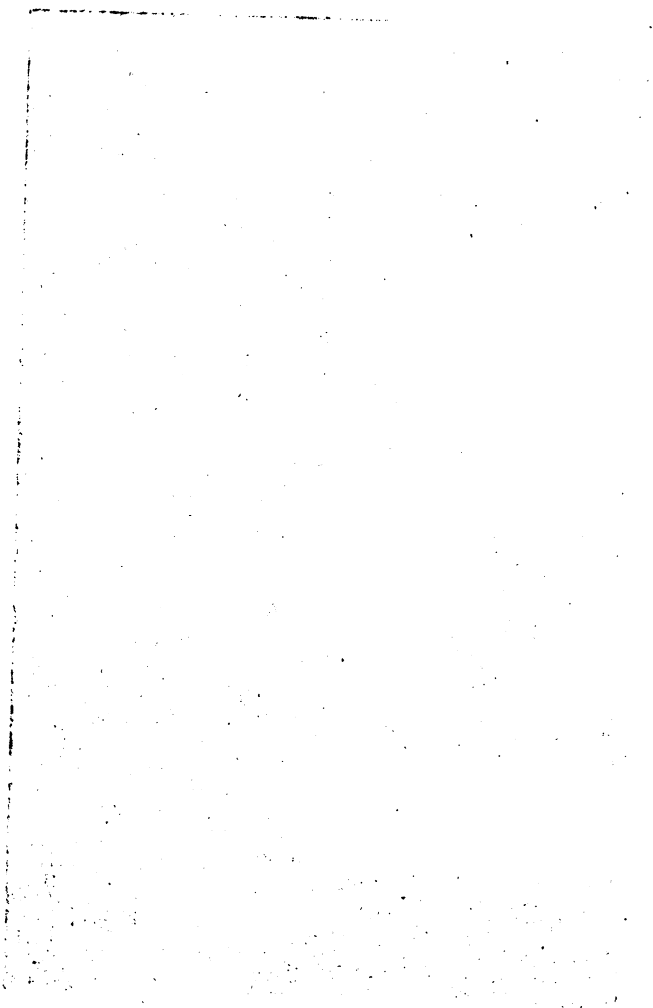
Creo firmemente que debo estar agradecido, como lo estoy muy profundamente,—y conmigo creo que debe estarlo el país en general,—por los obsequios, agasajos, atenciones, fiestas sociales y excursiones a sitios interesantes y pintorescos de que hemos sido objeto por parte de los americanos durante nuestra corta permanencia entre ellos en San Francisco, Washington, Nueva York, y otras ciudades importantes.

Estoy convencido de que el mayor mal que podría haberse hecho a Filipinas con motivo del envío de la Misión de Independencia a Estados Unidos hubiera sido recibirla alli con apatía o indeferencia. Las funciones sociales y agasajos en estos casos vienen a ser el vivo reflejo del sentimiento predominante en el país visitado. Por eso mismo vemos con frecuencia en Manila que cuando llega cualquier personaje del extranjero con alguna misión política, diplomática o educacional nuestro afán es procurar que su estancia en

Filipinas sea agradable y divertida y para ello organizamos banquetes, bailes y otras fiestas sociales en los cabarets y clubs, excursiones a Baguio, Pagsanhan y otros puntos dignos de verse, con lo cual queremos demostrar nuestras simpatías y nuestra cooperación. Y esto se hace, a lo mejor, por personajes que no son de la categoría del Presidente del Senado, Secretarios Departamentales, Senadores, Representantes y Jefes de Oficinas que componían la Misión Filipina.

Por la buena impresión que ha causado en Estados Unidos dicha Misión, y por su indiscutible feliz éxito, considerado como el primer triunfo diplomático del país, según expresión del eminente publicista Sr. Maximo M. Kalaw, es indudable que merecen los mas calurosos plácemes y la felicitación más sincera del pueblo filipino tanto el sabio autor como el hábil ejecutor de tan brillante idea: OSMEÑA y QUEZON.





EL TRANSPORTE MILITAR "SHERMAN" DESTINADO POR LA SECRETARIA DE GUERRA PARA CONDUCIR A LA METROPOLI A LOS MIEMBROS DE LA MISION FILIPINA DE INDEPENDENCIA.—LAS DOLOROSAS DESPEDIDAS.—MOTIVOS QUE INTENSIFICAN LA PENA CAUSADA POR ESTAR AUSENTE DEL HOGAR.—GUAM: TRISTE LUGAR DE DESTIERRO DE EMINENTES PATRIOTAS FILIPINOS.—HONOLULU: HAWAII: PAIS DE EMIGRACION DE OBREROS FILIPINOS Y JAPONESES.—ANSIEDAD Y ABURRIMIENTO DURANTE EL VIAJE.—LOS MIEMBROS DE LA MISION.—BRILLANTE PLANTEL DE PROFESORES DE DERECHO COMO MIEMBROS Y CONSEJEROS TECNICOS DE LA MISION.

Las doce del mediodía del 22 de Febrero era la hora señalada para la

salida del transporte "Sherman" que estaba destinado por la Secretaría de Guerra para conducir a la Metrópoli a los miembros de la Misión Filipina de Independencia.

Encontrados sentimientos invadían el alma a medida que dicha hora se aproximaba. Ansiedad, pesar, alegría, contento, vacilación, valor, miedo, acudían tumultuariamente a perturbar nuestros ánimos.

¿Quién no se sentiría satisfecho de formar parte de una Misión que tenía por objetivo pedir la independencia política del país? ¿Quién no se sentiría alegre de poder ver realizados sus sueños de admirar las maravillas del nuevo mundo? ¿Quién no se sentiría sobrecogido de tristeza y dolor al pensar que pronto iba a separarse de sus seres más queridos para emprender un viaje largo a tierras muy lejanas?

La hora llegó y con ella la explosión de todos esos afectos y sentimientos. Momentos después tenían lugar las cariñosas despedidas llenas de ternura y

pasión. Unos abrazan a sus amigos, otros besan la mano de sus padres, y otros,—los que más demuestran estar afectados,—besan a sus hijos en la frente y a sus dulces compañeras de vida en la boca, haciendo brotar de sus ojos lágrimas de pena y congoja.

Las despedidas son ciertamente una amargura, un tormento para el corazón.

Es indudable que lo que verdaderamente intensífica la aflicción no es la ausencia en sí, sino la enorme distancía que ha de separar a unos y otros. Por eso mismo observamos que cuando uno se despide para una provincia o pueblo cercano, la despedida no conturba ni hiere las fibras más sensibles del alma, aun cuando esa ausencia dure mucho tiempo. Pero al pensar en que nos han de separar un anchuroso é inmenso océano y luego un continente entero, que es lo que hay entre Washington y Manila, y que se necesitan veinte o treinta días de viaje para todo ello, la angustia se apodera inmediatamente y por completo del ánimo. Y

si a todo eso se añade el malestar que producen los pensamientos siniestros de enfermedades, accidentes o muertes que pudieran ocurrir en el seno de la familia durante la ausencia, se puede afirmar, como lo hemos hecho ya, que una despedida es un verdadero trago de hiel, un verdadero tormento, cuya peor parte la sobrellevan, sin duda alguna, los que se quedan, que son precisamente los más débiles, las esposas y los hijos, tiernos pedacitos del corazón, quienes nada han hecho en absoluto para merecer del que se ausenta un trato al parecer tan desconsiderado que les llena de dolor y pesar.

Ya en plena mar y cuando la vaga silueta de las altas montañas luzónicas desaparecía de nuestra vista, y el vapor empezaba a afrontar los embates de las olas, el mareo apoderóse de nosotros haciéndonos padecer lo indecible, y entonces, como obedeciendo a una consigna, nos metimos en nuestros camarotes para poder resistir mejor el mareo, acostados en nuestras literas.

Tengo entendido que el primero que pagó su tributo al gran Océano Pacífico fué nuestro compañero Santos dándole las mejores *pesetas* que tenía guardadas en lo más recóndito del estómago; y que tan alto ejemplo de *munificencia* fué imitado por Sison, Benitez, Gil, Alunan, Paredes, Kalaw y otros compañeros mártires.

Despues de seis días llegamos á Guam, tristemente célebre por haber sido el lugar de destierro de ilustres compatriotas nuestros que habían simpatizado con las revoluciones del 72, del 96 y del 99, o tomado parte en ellas directa o indirectamente.

Catorce días después llegamos a Honolulu donde desembarcamos y fuimos agasajados por las autoridades del Territorio y por los miles de compatriotas emigrados allí para trabajar en las grandes haciendas y plantaciones de caña dulce.

Puedo asegurar que en una travesía de éstas, cuando sólo agua y cielo se vén por semanas enteras, y a veces ni

eso siquiera porque la niebla es tan densa que impide ver nada a la distancia de una braza, siéntese el pecho oprimido y la mente queda abrumada. Y cuando se piensa en que algún tifón de los muchos que se incuban constantemente en estos inmensos océanos puede hacer desaparecer para siempre el barco en que uno está, huelga decir que la depresión moral que se siente es de una intensidad desesperante.

El viaje en un transporte militar es aburridísimo, y por regla general se puede decir lo mismo de cualquier barco que carezca de comodidades. No pasa así en los espléndidos transpacíficos de la "C. P. O. S." (Canadían Pacific Ocean Services) y de la "T. K. K." (Toyo Kisen Kaisha).

Afortunadamente, en medio de aquel aburrimiento, he tenido la suerte de tener por compañero de camarote al excelente amigo Hon. Ceferino de León, que amenizaba aquella vida pesada y tediosa, mientras estaba yo incrustado en mi litera, con narraciones de sus

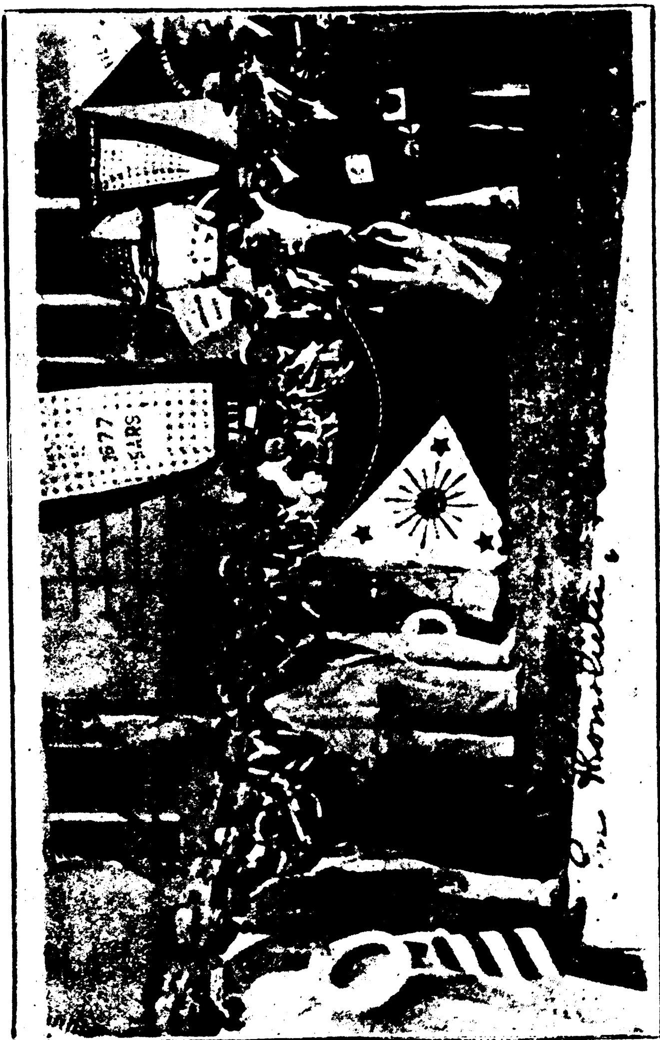
bien aprovechados viajes por París, Madrid y Londres, salpicadas de anécdotas personales en que la protagonista era invariablemente alguna linda parisina o alguna graciosa madrileña.

Ibamos a bordo unos treinta miembros de la Misión representando diferentes actividades de la vida humana. Los Honorables Palma y Jakosalem representaban al Gabinete Filipino, o mejor dicho tal vez, al Consejo de Estado. Sison y Singson Encarnación al Senado. Los "leaders" Alunan y Tirona, así como los diputados Nieva, Escueta y Aunario, a' la Cámara de Representantes. Ocampo, Pérez, Reyes, Mahinay, De León, Earnshaw, Gil, Prieto, Alegre, Cuyugan y Roces al comercio e industria. Evangelista al obrero. La O al Catolicismo. Paredes, Osías, Santos y Altavás a la alta Burocracia. Y la Universidad de Filipinas estaba brillantemente representada por los Decanos Bocobo y Benitez y los Profesores Paredes, Santos, Kalaw y un servidor, de la Facultad de De-

recho. Luz y Varona iban en representación de la Prensa Filipina.

En Washington nos esperaban el Honorable Presidente de la Misión Don Manuel L. Quezon y los Comisionados Residentes Yangco y Veyra, miembros también de la misma.





LA ULTIMA NOCHE EN EL "SHERMAN".—LA PUERTA DE ORO DE SAN FRANCISCO.—NEBLINA.—MARKET STREET.—EL SAINT FRANCIS HOTEL.—FRINE.—LA DIRECCION DE LOS AUTOMOVILES.—EL CITY HALL.—CLIMA PRIMAVERAL.—BANQUETES Y DISCURSOS.—AGENCIA COMERCIAL.—LA COLONIA FILIPINA.—EL PARQUE GOLDEN GATE.—JARDIN JAPONES.—LA UNIVERSIDAD DE CALIFORNIA EN BERKELEY.—LA CIUDAD DE LAS NARANJAS Y ROSAS DE CARNE.—

La noche del 22 de Marzo de 1919 fué realmente memorable para los viajeros del transporte militar "Sherman", sobre todo para los miembros de la Misión Filipina de Independencia. Toda ella se pasó en alegre y amena conversación. Ninguno podía dormir. El que más se acostaba y rebullía en su

estrecha litera, pero sin conciliar el sueño. Algo extraordinario inquietaba la mente de todos. Todos esperaban un acontecimiento sensacional. ¿Causa de toda esta desazón? La llegada a la Puerta de Oro (Golden Gate) de California en la bahía de San Francisco al romper el alba.

No era para menos lo que motivaba el insomnio. Después de un viaje larguísimo, tedioso, metidos en pequeños camarotes, comiendo "mutton", por activa y por pasiva, sin un lugar donde congregarse y resguardarse del viento fastidioso y del frío molesto, sin más panorama que la inmensidad del Pacífico y la no menos inmensa bóveda del cielo azul,—que ni es cielo ni es azul,—sufriendo el martirio del mareo causado por el incesante movimiento de babor y estribor y de popa a proa del barco que bailaba como un cascarón de nuez al compás de unas olas como templos, e intensificado más y más cuando tuvimos que remolcar a una lancha que bautizamos con el nombre de "Morali-

tos", no es realmente cosa de poder dormir cuando se piensa en que al amanecer estará uno en puerto seguro, fuera de aquel cuartel flotante y contemplando un panorama completamente distinto, mucho más agradable, placentero, alegre, hermoso y prometedor.

En efecto; apenas los mas avanzados rayos del rubicundo Febo rasgaban el denso cortinaje de la noche, clareando el firmamento poquito a poco, en pequeñas dosis, como temiendo hacer daño al ojo humano con su nítida albura si se presentara de súbito, divisamos a la distancia de un tiro de fusil la farola que hay cerca de la entrada del Golden Gate, la única atalaya que guarda esa puerta, tal vez demasiado pomposamente anunciada en folletos, revistas y libritos de propaganda, cuando dicen que es la mejor del mundo, pues se me antoja que las puertas de nuestra bahía de Manila con su Corregidor, Carabao y Fraile, y sus magníficos crepúsculos pueden competir ventajosamente con ella.

Unos minutos después entramos por esa famosa puerta y ya en plena bahía disfrutamos a medias de unas vistas que debían ser bonitas, y digo a medias, porque en aquella hora del misterioso crepúsculo matutino el ambiente estaba brumoso con esa bruma del amanecer propia de aquellas costas, y apenas si se diseñaban entre la niebla las playas de las islas que abundan en aquella bahía.

Al sentir el ruido de las cadenas que detenían firmemente el transporte por medio de una pesada y gruesa ancla que caía y se agarraba a las entrañas del fondo del mar, un ¡bendito sea Dios! salió de los labios de todos los pasajeros.

Al fin habíamos llegado al gran Continente Americano, la patria de Washington, Lincoln y Wilson.

Pronto destacóse de entre la neblina una lancha que se dirigía hacia el barco, y unos instantes después se pegaba al costado de estribor del mismo. En ella venía un comité de recibimiento com-

puesto de ricos comerciantes y prósperos hombres de negocios de la Ciudad de San Francisco, con su Alcalde a la cabeza. Todos vestían correcto chaqué con chistera. Nos trasladamos a la lancha, marchamos proa a tierra, perdimos paulatinamente de vista el "Sherman", y fondeamos a lo largo de un "pier", de los 50 a 60 que hay en aquel lado, saltamos a tierra en el sitio donde está el Ferry Building, y franqueando los portales de ese edificio, por donde, según estadísticas, pasan diariamente unas 125,000 personas, nos encontramos en plena Ciudad de San Francisco, en plena calle Market, que es la mejor, la más ancha, la más comercial, la que tiene los mejores y más altos edificios como el Hobart Building que es el más elevado de la Ciudad, donde están los más grandes almacenes y bazares, donde está el Emporium y donde está el Palace Hotel, donde hay cuatro vías de tranvía eléctrico, y donde están los Bancos; una calle que tiene 120 piés de ancho, orlada toda ella de edificios a cual más

importante y magnífico en una extensión de más de dos millas. Imagínense la Escolta de Manila elevada a la quincuagésima potencia y se tendrá una idea del Market Street con sus aceras anchas en donde, sobre todo en ciertas horas del día, la circulación es tal que hay que andar con mucho cuidado para no atropellar o ser atropellado.

Pasamos por esta calle arrellenados en automóviles galantemente preparados para nosotros por el mencionado Comité de Recibimiento y nos dirigimos al mejor hotel, el Saint Francis Hotel que se yergue majestuoso con sus tres inmensas alas ocupando una manzana entera en las calles Powell y Geary. Frente al mismo hay un pequeño jardin o plaza llamado Union Square en donde se levanta un monumento que perpetúa la memoria del famoso almirante Dewey y la Batalla Naval de 1.o de Mayo en la Bahía de Manila. Este Hotel es un "rascacielos" de 14 pisos que puede alojar más de mil huéspedes. Cada cuarto tiene baño, lavabo e inodoro



Hotel St. Francis, San Francisco.

y cuartito para colgar la ropa. Tiene cama, una cómoda, un escritorio con recado completo de escribir, un calentador, una mesa de noche, un diván, varios sillones, magníficos espejos biselados y unos cuadritos colgados en las paredes representando vistas o paisajes famosos de la antiguedad. Uno de ellos recuerdo que pintaba a Friné ante sus Jueces, hermoso cuadro plástico muy a propósito para un cuarto de novios, pues, quien más quien menos sabrá que esta hermosísima Tespiana, cuyo verdadero nombre era Mnesarate pero a quien se llamó Friné en alusión a su palidez, era una cortesana que tenía un cuerpo tan bien modelado y tan espléndidamente bello, que los artistas le rindieron una especie de adoración. Acusada por la envidia de otras mujeres, iba a ser juzgada y condenada indudablemente a muerte pero tuvo la fortuna de ser defendida por el célebre orador Hipérides, quien después de agotar todos los recursos de su verbo candente y viendo que nada conseguía, tuvo

la feliz idea de acercarse a Friné y desgarrar sin contemplaciones ni miramientos los velos que la cubrían, mostrándola a la admiración de los Jueces en toda su espléndida y estupefaciente desnudez. Estos, asombrados, y creyéndola la misma Venus, la absolvieron completamente.

Una de las primeras impresiones, una vez en tierra, del viajero que viene de Filipinas, es la dirección de los vehículos en las calles y el lado a que se arriman al parar. En Filipinas, los coches toman siempre el lado izquierdo al encontrarse, y para pasar a otro toman el derecho. Generalmente, se conservan arrimados al lado izquierdo aún cuando no haya ningun otro en la calle. Al parar, cargan siempre de silla. En toda América, ocurre todo lo contrario; van por la derecha siempre, toman la izquierda cuando quieren adelantarse a otro coche, y cargan de mano al parar cuando el pasajero desea apearse o embarcarse.

Mientras no se acostumbra uno a este cambio, le parece que vá a chocar a

cada instante, por lo mismo que instintivamente sabe que no es la dirección propia a la que él está habituado la tomada por el otro coche.

Por una curiosidad pregunté a un comerciante que venía conmigo en el automovil el porqué de esto, pues me parecía raro que fuera asi sobre todo si se tiene en cuenta que en Inglaterra el sistema es idéntico al nuestro aquí en Filipinas. Por toda contestación me dijo que el cree que se adoptó el sistema opuesto, precisamente por hacer la contra a Inglaterra que fué, como todos deben saber, la nación que despóticamente gobernaba Estados Unidos antes de su independencia.

En San Francisco, la antigua Ciudad gobernada hacia el año 1776 por españoles, llamada entonces Yerba Buena, la Ciudad heróica que ha sido devastada por cinco grandes incendios y conflagraciones, siendo la peor la que coincidió con el horroroso terremoto de 1906, que duró tres días seguidos y destruyó unas 28,000 edificaciones, levantadas

en un perímetro de cerca de cinco millas cuadradas. avaluadas en un billón de dollars, visitamos todo lo mejor que ella encierra, empezando por el hermoso edificio municipal (City Hall) que dá frente al Van Ness Avenue, la mejor avenida de la Ciudad, el cual es un imponente edificio que ha costado ocho millones de pesos, cuya cúpula ofusca con el brillo del oro de que está hecha casi toda ella, de ese oro que tanto abunda en California, y que ha sido la causa del rápido desenvolvimiento y enorme progreso natural de esta rica región que tiene el privilegio de tener un clima completamente distinto del de las otras, pues no se conoce en ella lo que es un invierno de verdad ni lo que es un verano, siendo, en realidad, una perenne primavera la estación predominante, y terminando con la humilde y caduca iglesia llamada la Missión Dolores, fundada en 1775, que aún se conserva a pesar de los siglos transcurridos como un monumento a la antiguedad, aunque tienen que arreglarla

de cuando en cuando, procurándose mantener siempre, en lo posible, su aspecto primitivo, a fin de que no caiga por su propio peso y por el peso de sus años.

Los comerciantes nos obsequiaron con varios banquetes en distintos sitios; entre ellos recuerdo el San Francisco Merchants Club, el Country Club, La Honda Club, el Cliff House y otros, y en ellos tuvieron ocasión de lucir su oratoria y elocuencia los ilustres señores Palma, Jakosalem, Kalaw, Bocobo, Benitez, Nieva y otros.

Nuestro Secretario de Comercio y Comunicaciones Honorable Jakosalem, fué muy aplaudido por los comerciantes de San Francisco en el banquete dado en el Country Club cuando dijo que estaba convencido de la necesidad de que Filipinas tuviese una Agencia Comercial en aquel importantísimo puerto. Aquellos aplausos significaban aprobación de su acertada idea. Efectivamente, en cuanto tomó de nuevo las riendas de su importante Departamento al llegar a Manila, hizo bueno su plan y ha

dado las oportunas órdenes para el establecimiento de dicha Agencia. De modo que tanto los comerciantes de Manila como los de América pueden felicitarse de esta tan atinada disposición y agradecérselo al eficiente Secretario Jakosalem.

Asimismo organizaron *picnics* y excursiones a lugares pintorescos en las afueras de la Ciudad, procurando siempre que nuestra estancia fuese lo más placentera posible, y por eso, estoy seguro de que todos y cada uno de los Miembros de la Misión tienen gratísimos recuerdos de San Francisco y están agradecidos de corazón a las cortesías y amabilidades de sus buenos ciudadanos y sus simpáticas frisconianas, (conste que no es ninguna alusión lo de frisconianas).

Tambien han contribuido a hacer agradable nuestra estancia en San Francisco los innumerables filipinos que residen en dicha Ciudad. Ellos nos honraron con una gran recepción y baile a los que acudió un sin número de niñas

bonitas y amables que simpatizaban enseguida con nosotros y bailaban con los filipinos con entusiasmo y gusto visibles.

Particularmente, he sido festejado por mis paisanos residentes en San Francisco hace más de 15 años, llevando una vida próspera, quienes me obsequiaron con cenas íntimas en las que hubo derroche de patriotismo, de chistes y de buen humor y buenos puros importados de Filipinas. Por ellas estoy reconocidísimo a mis excelentes amigos Bartolomé Lozada, Juan Biiliones y otros a quienes deseo futuros días más prósperos en aquel país en que la lucha por la existencia es tan intensa y dura.

El Golden Gate Park lo visité un día que no tenía apenas nada que hacer. pues se necesitan algunas horas para recorrerlo y verlo.

En este parque de enormes dimensiones he admirado una estructura de mármol levantada cabe un lago artificial, de los varios quo hay en este

jardin, cuyas aguas cristalinas reflejan dicha estructura que remeda un arco de triunfo con cuatro columnas sólidas. Por su forma la han llamado el "Portal del Pasado".

En un rincon de este anchuroso parque está un jardin japonés con sus puentecitos curvos, linternas de piedra, casitas de té, flores de crisantemos, árboles de cerezo, estátuas de Budha, y pasarelas volantes sobre lagunitas para trasladarse de un lado a otro de ellas El paseante puede después de visitar todo esto tomar una tacita de té con biscuits en típicos saloncitos con muebles y decorado absolutamente japoneses.

En una colina se encuentr un invernadero de colosales dimensiones en cuyo interior se encuentran plantas de rara belleza que se conservan admirablemente por efecto de una temperatura templada que se mantiene dentro por medio de calefacción. Allí dentro he visto, sentados en bancos a lo largo de las paredes, unos vieje-

citos con sus respectivas viejecitas, de indumentaria muy modesta, que delataba la clase social a que pertenecían, difrutando de aquel calorcillo amable de que no pueden gozar los pobrecitos en sus humildes casas.

En una explanada se vé un kiosko para la música que puede contener cien músicos y deleitar con sus ritmos a un concurso de 20,000 oyentes cómodamente sentados en bancos *ad hoc.*

Desperdigados acá y allá se ven bustos del Dios Pan, Cervantes, Sancho Panza, Byron, Shakespeare, Dickens y varias notabilidades del arte.

En otro lugar del parque se levanta un museo que contiene una infinidad de curiosidades de mérito y valor.

Al través de este hermoso parque puede el visitante dirigirse a unos aristocráticos "cabarets" que hay frente a las playas, algunos de los cuales recuerdo que se llamaban "Roberts", "Lodge", "Canary Cage" y "Black Cat".

Antes de marcharnos de San Francisco fuimos a Oakland, otra ciudad

próspera al otro lado de la bahía a donde se vá en barcos llamados "Ferry Boats", que están hechos de una manera especial con asientos fijos dispuestos de tal forma que parece que está uno en un teatro. No hay nada en Filipinas al que se puede comparar un barco de estos para dar al lector una ligera idea de como son.

En el mejor hotel de Oakland tuvo lugar un banquete en honor de la Misión en donde hizo gala de su oratoria "shakesperiana" nuestro distinguido fiscal Santos, uno de los Consejeros Técnicos.

De Oakland fuimos a Berkeley para visitar la gran Universidad en donde se vé conspicuamente una torrecilla de unos 300 piés, levantada en un pequeño promontorio. Subimos hasta lo más alto por medio de ascensor y desde allí contemplamos un hermoso panorama. Tambien hay en esta Universidad un Teatro Griego, donado por el archimillonario W. R. Hearst, en donde tienen lugar las grandes funciones escolares y sociales de la Universidad.

Y como todo tiene su fin en este mundo, llegó el día en que tuvimos que decir *good-bye* a San Francisco, *good-bye* a sus espléndidos y generosos ciudadanos; *good-bye* a sus hermosísimas mujeres, verdaderas rosas de carne, *good-bye* a sus riquísimas naranjas, y *good-bye* a sus preciosímas flores.



DE SAN FRANCISCO A WASHINGTON.—CUATRO DIAS Y MEDIO DE TREN.—TRISTEZA POR DEJAR LA CIUDAD DE LAS NARANJAS Y ROSAS DE CARNE.—PRECIPICIOS Y DESFILADEROS DE LA SIERRA NEVADA.—AZUL TORNASOLADO DE LAS AGUAS DEL LAGO TAHOE.—EL GENIO AMERICANO. —TUNELES Y COBERTIZOS PARA LA NIEVE.—EL INTERMINABLE PUENTE SOBRE EL LAGO SALADO. —LA CIUDAD DE LOS DIVORCIOS. —EL PAIS DE LOS MORMONES.— EL MAYOR CENTRO FERROVIARIO DEL MUNDO.—LA CIUDAD FABRIL POR EXCELENCIA.—WASHINGTON LA CIUDAD DE LAS HERMOSAS AVENIDAS.—EL PRESIDENTE DE LA MISION Y SU DISTINGUIDA ESPOSA.—AUTOMOVILES DEL DEPARTAMENTO DE GUERRA.

De San Francisco a Washington hay la friolera de unos 3,500 millas, casi

la mitad de la distancia entre Filipinas y San Francisco. Hacer esa travesía era la próxima jornada de los abnegados miembros de la Misión de Independencia desde su llegada a América, jornada que representaba el martirio causado por el traqueteo de un tren durante casi cinco días.

Digo martirío, porque, en verdad, no tiene nada de agradable un viaje tan largo en que apenas se puede dormir, apenas se puede comer, apenas se puede andar, y apenas se puede hablar como no sea a garganta herida, puesto que el estruendo de las ruedas y de los hierros es ensordecedor.

Viajamos en dos trenes, esto es, dos coches ocupados totalmente por la Misión. Cada coche tiene unos diez compartimientos en forma de camarotes con dos literas, lavabo y "toilet" y un buen servicio de ropa blanca para la cama y tohallas. Estos coches son los mejores del mundo y se conocen vulgarmente por Coches Pullman.

Para coger el tren hay que cruzar la

bahía de San Francisco y trasladarse a la Ciudad de Oakland. Hasta aquí nos acompañaron los dignísimos ciudadanos y grandes hombres de negocios de San Francisco.

Al herir los aires con su chillido de águila el agudo silbato del tren, muy distinto por cierto del *basso profundo* de la sirena del "Sherman", un sentimiento de pesar pareció predominar en todos. La ciudad de las naranjas y rosas de carne que habiamos abandonado, tal vez para no volverla a ver jamás, dejó en nosotros tan gratos recuerdos, incrustados en nuestras almas de manera tan firme y tenaz, que una nube de tristura empañaba nuestro habitual buen humor sin que lo pudiésemos remediar, y en verdad que, dada la idiosincrasia filipina, inclinada siempre al sentimentalismo como lo demuestran nuestras tradiciones y hasta nuestros cantos populares, era de esperar que fuera así.

Como en una película de cinematógrafo vimos al traves de las ventanillas

de cristal hermosas campiñas en donde pastaban innumerables vacas lecheras que, según nos dijeron, surtían de rica crema y fresca leche a los habitantes de las grandes ciudades alli cerca; extensos naranjales que han hecho de California famosa por sus dulces naranjas y han dado merecidamente a San Francisco el sobrenombre de Ciudad de las naranjas y rosas de carne; profundos congostos o desfiladeros entre montañas (canyons) en los que corren los ferrocarriles como por entre paredes ciclópeas hechas expresamente; y tranquilos lagos como el famoso lago Tahoe que está en lo más recóndito de la cordillera de montañas conocida por Sierra Nevada, algunas de las cuales están perennemente cubiertas de nieve, y cuyas cristalinas aguas tienen un color azul tornasolado de lo más admirable que puede imaginarse debido a su gran profundidad, según dicen, y a que está a una altura de 6,225 pies sobre el nivel del mar.

El genio americano exhibe su más alto grado de eficiencia en los medios

de que se vale para hacer expedita la marcha del monstruoso ciempiés de hierro, que asi puede llamarse adecuadamente una concatenación interminable de coches, vagones y locomotoras, puesto que ha sabido salvar airósamente todos los obstáculos que se han presentado en el cruce de este inmenso continente. Asi vemos una barcaza enorme en donde el tren entero con toda su carga de hombres y material se embarca para cruzar el estrecho de Carquinez, de una milla poco más o menos de anchura, entre Port Costa y Benicia. Pertenece a la clase de los "Ferry Boats" esto es, embarcación dedicada al vadeo, y es, sin duda alguna, la mayor del mundo. Son dos las que hacen este servicio y se llaman "Solano" y "Contra Costa". Desempeñan, en realidad, el papel de puentes. Es indudable que la empresa se habrá ahorrado varios millones de dollars construyéndolas en vez de un puente.

Vemos, asimismo, una porción de túneles, que atraviesan de un extremo

a otro enormes montes de alturas inconmensurables, que se han hecho, sin duda alguna, para acortar el trayecto en varios centenares de millas.

Vemos larguísimos cobertizos de maderas en las montañas de la Sierra Nevada que se han construido para proteger al viajero y evitarle demoras aún en los días más crudos del invierno, puesto que estos cobertizos impiden que las avalanchas de nieve procedentes de los montes cierren o intercepten la vía. Calculo que tales cobertizos alcanzan una extensión de unas 40 millas.

Vemos un puente en el Lago Salado (Salt Lake) de una longitud total de 103 millas. Está construido parte en tierra y parte sobre las aguas tranquilas del lago. La parte del puente que atraviesa el lago tiene una longitud de unas 30 millas y la obra es de celosía y caballete. Un puente de Manila a Antipolo, o Manila a Corregidor apenas daría idea de la longitud del puente mencionado que es asimismo,

más recto que un huso, si cabe la expresión. Dicen que esta gran obra de ingeniería ha costado ocho millones de dollars y acorta la ruta en unas 40 millas, salvando además una subida de 7.000 pies si hubiese seguido otra dirección.

Este famoso lago tiene la peculiaridad de contener una cantidad tan exuberante de sal que, a pesar de ser un océano en miniatura, no hay temor alguno de cruzarlo a nado, puesto que es imposible que un cuerpo humano se hunda en sus aguas.

Después de sortear toda especie de peligros mientras se atraviesan la cordillera de la Sierra Nevada y las Montañas Rocosas (Rocky Mountains), el tren cruza inmenzas llanuras, vastos desiertos y anchurosos campos de siembra y pasto. El panorama es entonces completamente distinto y mucho menos variado. Es hasta aburrido por su monotonía.

Las estaciones se suceden unas a otras. Los pueblos, las ciudades, Estados en-

teros de la Gran República van desapareciendo detrás, convirtiéndose aparentemente en agua por el espejismo que producen los rayos solares y la evaporación de la tierra.

Pasamos por Nevada, famoso por la facilidad con que se puede obtener en él los divorcios. Más de un filipino creo que ha obtenido divorcio ante los tribunales de Reno, su Capital. Después Utah, célebre también por su mormonismo. Yo sé de muchos amigos que residirían con gusto en Salt Lake City, su Capital, convertidos en mormones para dedicarse al libre ejercicio de la poligamia. Después Nebraska, renombrado por ser el Estado natal de Bryan, ex-Secretario de Estado, candidato presidencial del partido demócrata varias veces, un gran orador, acaso el mejor orador americano de nuestros días. Luego Illinois, muy conocido por haber tenido la suerte de contar con la Ciudad de Chicago, el mayor centro ferrocarrilero del mundo, la segunda en importancia,

población e industria después de Nueva York. En dicha ciudad estuvimos casi un día y en un automóvil vimos en nuestra recorrida, lo mejor que contiene incluyendo sus reputadísimos Bazares Marshall and Field, en cuyo restaurant en el 10.º piso tomamos el lunch Don Ceferino de León, Perico Gil y yo, y Montgomery and Ward. sus parqes, su jardín zoológico, su paseo a lo largo del gran lago Michigan y sus monumentos. Chicago es para la Misión memorable por más de un motivo: por Bocobo, que a poco más iba a ser víctima de un asesinato con la circunstancia agravante de robo, mientras se paseaba por las afueras de la Ciudad y por Kalaw, que estuvo a punto de morir sepultado bajo la nieve. Después Ohio, donde nació el Presidente Taft y alguno que otro Presidente más. Luego Pensilvania, orgullosa de poseer a Pittsburg, que es una Ciudad en donde está el Instituto de Carnegie y en donde se levantan las más grandes

fábricas de hierro y acero. La Ciudad fabril por excelencia Y sucesivamente, Nevada, Iowa, Indiana, Maryland, y otros Estados más que no recuerdo.

Al fín, después de cuatro días y medio, entramos en agujas en la grandiosa y ámplia estación de Washington, y respiramos de satisfacción y alegría. Habíamos llegado a lo que podía llamarse nuestra Meca. Habíamos llegado a la gran Ciudad que ostenta orgullosa el nombre del padre y fundador de la Gran República Americana. Habíamos llegado a la Ciudad de las hermosas avenidas, lindos parques, suntuosos palacios, magníficos edificios públicos, como el Capitolio y la Casa Blanca. Habíamos llegado a la Capital de los Estados Unidos en donde acaricia sus ensueños de paz universal el gran Presidente Wilson, y tienen su asiento el Congreso y el Tribunal Supremo.

En la estación nos recibió con la bondad y amabilidad que le es muy característica nuestro Presidente de la

Misión, Hon. Manuel L. Quezon, acompañado de su muy distinguida esposa, dama a quien hemos apreciado sinceramente y estimado con todo el corazón los que hemos tenido la fortuna de ser presentados a ella y acogidos por ella como amigos. También nos recibieron altos funcionarios del Departamento de Guerra, entre ellos varios generales del Ejército.

Acomodados todos en automóviles enviados por el Secretario de Guerra, nos dirigimos al New Willard Hotel, el mejor de Washington, en donde descansamos un poco para poder reanudar con mayores bríos la labor tan magna y trascendental que el pueblo filipino nos había encomendado.

WASHINGTON, CEREMONIOSO, GRAVE Y SERIO —SUS MELOSAS MUJERES.—LA HERMOSA AVENIDA PENNSYLVANIA.—EL MEMORABLE ACTO HISTORICO DE LA ENTREGA DE LA PETICION DE INDEPENDENCIA.— FOTOGRAFIA OFICIAL DE LOS MIEMBROS DE LA MISION. —COMENTARIOS DE LA PRENSA FAVORABLES A LAS DEMANDAS DE INDEPENDENCIA. -VISITA A LA CASA BLANCA.—POPULARIDAD DEL PRESIDENTE QUEZON EN AMERICA.—BANQUETE EN HONOR DEL SECRETARIO DE GUERRA BAKER.—RECEPCION Y TEA-PARTY DEL SECRETARIO DE GUERRA EN HONOR DE LA MISION FILIPINA.—TEA-PARTY OFRECIDO POR MRS. HARRISON. —LAS MANICURISTAS SIMPATICAS.—UN POLVILLO DESAGRADABLE.

En Washington todo es ceremonioso, grave y serio. Todo es imponente y

majestuoso. Su Capitolio, Casa Blanca, Biblioteca del Congreso, Institución Smithoniana, Tesoreria, Imprenta, Nuevo Museo Nacional, Gran Templo Masónico y Monumento a Washington respiran majestad, magnificencia, esplendidez y seriedad. Su Presidente, Secretarios Departamentales, Senadores y Congresistas, sus Generales y Almirantes ostentan siempre la ceremoniosidad y gravedad propias de toda persona sobre cuyos hombros pesan grandes responsabilidades, tan grandes como el mantener el equilibrio universal, preservar el imperio de la democracia, sostener el dominio de la libertad, gobernar un pais tan inmenso como Estados Unidos y sus dependencias de allende los mares y proteger a las naciones y pueblos débiles y pequeños. Hasta sus mujeres parecen estar contagiadas de esa misma circunspección y compostura, pues sus ademanes son obsequiosos y afectados como si procurasen hacerlo todo con aparato y solemnidad. No son como las vivarachas

californianas o las pizpiretas neoyorkinas, aunque, como toda americana, son melosas, almibaradas y melífluas en medio de su, al parecer, estudiada dignidad.

Apenas nos instalamos en nuestras habitaciones en el Willard Hotel, el mejor de Washington por su elegancia, lujo y servicio y por lo que cuesta, y por su situacion, cerca del White House, del parque, de los teatros y teniendo en frente la preciosa Avenida Pensilvania, la mejor de toda América, la más famosa y más histórica, pues las grandes paradas de las solemnes inauguraciones presidencialəs pasan por toda ella desde el Capitolio hasta la Casa Blanca; apenas, repito, nos aseamos y vestimos para asistir a un banquete dado por Presidente de la Misión: para un cambio de impresiones, llegan a nuestro cuarto tarjetas, invitaciones, memorandums, etc. para recepciones, bailes, banquetes, cenas, visitas oficiales y saludos de rúbrica. De entre todo esto lo principal era

la presentación de toda la Misión al Secretario de Guerra al dia siguiente.

Efectivamente; con el entusiasmo y fervor propios del que va a cumplir un deber delicado y trascendentalísimo en que está envuelta la suerte de todo un pueblo, nos despertamos aquella mañana al despuntar la aurora, y como cumpliendo una consigna, nos pusimos todos de punta en blanco, de tiros largos, esto es, de chaqué pulcro y correcto con reluciente sombrero alto de seda. No era para menos el acto histórico en que el pueblo filipino, representado por la Misión y ésta por su dignísimo Presidente, hacía entrega al pueblo americano, en la persona del Secretario de Guerra en representación del Presidente Wilson, de su demanda de independencia y libertad para formar parte, como una entidad, del gran concierto de naciones libres de América, Europa y Asia.

Al Departamento de Guerra, donde tiene instalada regiamente su oficina el Honorable Secretario Baker, fuimos

todos en flamantes automóviles y una vez allí, en aquel histórico lugar, rodeado de un ambiente de solemnidad y veneración, con voz pausada y magistral y una apostura gentil y digna, el ilustre Presidente Quezon leyó la petición de independencia de Filipinas concebida en términos claros, circunspectos, convincentes y concluyentes, sin alternativas ni ambajes. Era una petición de algo al cual el país tiene derecho, pues no en vano ha constituido para sí un gobierno firme y estable, próspero y progresivo, única condición impuesta por el Congreso Americano para la concesión de la acariciada y ansiada independencia.

Su Excelencia, el Secretario de Guerra, contestó leyendo un mensaje del Presidente de los Estados Unidos, Honorable Woodrow Wilson, continuándolo acto seguido con un discurso suyo que llenó de satisfacción todos los corazones filipinos.

Después nos dirigió la palabra nuestro querido Gobernador General Harri-

son abogando por que se nos concediera la independencia y diciéndonos que, no obstante ser él el único eslabón que une Filipinas con América, no tenía inconveniente alguno en que ese eslabón desapareciera, pues su mayor gloria sería entregar las riendas de nuestro gobierno a nuestro propio pueblo.

Terminado este acto y estando en las gradas del majestuoso edificio, el fotógrafo oficial fijó en la placa el grupo de todos los miembros de la Misión con su Presidente en medio, entre el Secretario de Guerra y el General, Jefe de Estado Mayor del Ejército Americano. Este grupo lo he visto después reproducido en los más importantes periódicos y *magazines* de Washington, Nueva York, Filadelfia y otros Estados con comentarios, la mayor parte de ellos, favorables a las legítimas aspiraciones del pueblo filipino. Estos comentarios parecen haber formado opinión en toda América, pues a donde quiera que íbamos, los americanos que hablaban con nosotros lo hacían siem-

pre en términos que daban a entender claramente que su deseo era vernos independientes y libres, pues no encontraban ninguna razón en contrario.

Del Departamento de Guerra fuimos a visitar la casa del Presidente de la Gran República en donde nos recibió muy afectuoso y amable su Secretario, amigo también personal del Presidente Quezon. Digo tambien. porque es agradablemente sorprendente ver cómo nuestro Presidente cuenta con tantas amistades en Washington, en tal forma que no hay personaje político, burócrata ó bancario que se nos acerque por cualquier motivo que luego al divisar al Sr. Quezon no vaya corriendo hacia él con los brazos abiertos haciendo demostración de que le tiene afecto y cariño y que se alegra de verle. Después me enteré de que en los últimos años de su cargo como Comisionado Residente, y consiguientemente, como miembro del Congreso Americano, llegó a ser el niño mimado de todos sus colegas que veían en él un hombre cabal,

con verdadero dón de gentes y un talento extraordinario que ha causado sensación en América con sus grandilocuentes discursos en pró de Filipinas y con su pulcritud y elegancia en el vestir.

Al mediodía nos sentamos alrededor de una mesa oblonga adornada artísticamente, unos sesenta comensales incluyendo todos los miembros de la Misión, Senadores y Representantes conspicuos, generales del ejército, ex-gobernadores generales de Filipinas, el Gobernador Harrison y otras personalidades, para hacer honor a un banquete que el Presidente de la Misión ofrecía al Secretario de Guerra Honorable Baker.

Hubo discursos elocuentísimos de carácter político que fueron del agrado de todos.

Por la tarde, una recepción y *tea-party*, con toda la etiqueta que el caso requería, se celebró en honor de los miembros de la Misión, por el Secretario de Guerra Baker en su linda residencia no muy lejos de la Casa Blanca. Allí estrechamos la mano del Secretario de Guerra

de la Nación más poderosa del mundo entero, las aristocráticas manos de su distinguida señora, y las de otras muchas de alto coturno, esposas de generales, brigadieres y coroneles que lucían sus estrellas y águilas en medio de la mayor sencillez, sin esas cruces, collares, bandas, cinturones, charreteras, cuellos de oro, y plata y otras condecoraciones que se prodigan tanto en paises monárquicos y que hacen aparecer ridículos, en su afán de ponerlas todas a la vez, a los más serios y apuestos guerreros de su milicia y marina, y sorbimos una deliciosa tacita de té con pastas riquísimas servido por encantadoras manos de color de rosa hasta en la punta de los dedos, rematados con suaves y sedosas yemas y bien manicuradas uñas.

Al día siguiente, a las siete y media, según rezaba la invitación, en el New Willard Hotel, fuimos otra vez comensales de un regio banquete dado por el *Committee for the Entertainment of the Members of the Philippine Missión.* El menú delicadamente preparado y for-

mado de platos exquisitamente presentados llamó la atención de todos, y solo se echó de menos la falta de vinos, licores y champán, no precisamente por tacañería de sus organizadores, que son casi todos ellos millonarios, sino porque Washington es abstemio. Parece que fué de los primeros en adoptar la legislación prohibicionista.

Los discursos fueron monumentales; de esos que forman época. Para convencerse de ello basta fijarse en los nombres de los oradores: Gobernador Harrison, Presidente Quezon, Secretario Jakosalem, Director Osías y Decano Bocobo.

La sola enunciación de estos nombres es más que suficiente para garantir un éxito feliz.

El Senador Fairchild, como *toastmaster*, estuvo a una altura envidiable.

Componían el Comité dignísimos americanos, muy conocidos en Manila. Ellos son el General Thomas H. Barry, Mr. M. F. Loewenstein, Mr. J. G. White, Mr. L. C. McCullough y Mr. George H. Fairchild.

Otro *tea-party* muy simpático y halagador ha sido el ofrecido por la venerable madre de nuestro predilecto Gobernador General Harrison en su hermosa residencia. Nuestra distinguida paisana Sra. Sofía R. de Veyra nos sirvió el té con ese donaire y esa gracia tan peculiares en ella. La ayudaban unas bellísimas sobrinas del Gobernador.

En Washington todas las calles y anchas avenidas están asfaltadas y se nota que sus edificaciones y casas se han construido y levantado siguiendo un plan de urbanización determinado. Por eso, como Ciudad, es indudable que es la más hermosa de América.

El asfalto tiene un pequeño inconveniente y es que produce un polvillo negro que penetra por todo el cuerpo, sobre todo en las partes descubiertas, como la cara y las manos, en cuanto sopla un poco de viento. Por eso no es de extrañar que en esta ciudad se halle tan extendido el servicio de lavatorios, porque como se ensucian tan fácilmente las manos, los dedos y las uñas, se im-

pone la necesidad de lavarlos continuamente. Por eso también abundan tanto las manicuristas. Las hay en todos los hoteles, y en todas partes, la mayor parte de ellas muy bonitas y agraciadas, por cierto, quienes al mismo tiempo que cortan las uñas y la cutícula y las dán forma artística y limpian las yemas haciendo desaparecer el polvillo del asfalto incrustado debajo de las uñas causan una sensación agradable con el contacto de sus microscópicas manos.

Pues bien, conforme iba diciendo, el polvillo negro del asfalto no tiene nada de agradable y por eso, soy partidario de que en vez de asfalto, se use cemento para las calles, o baldosas hechas exprofeso, como en la carretera que se extiende de Búffalo a Niágara. Asi, al menos, sèrá un polvo blanco y rosáceo el que se incruste entre la yema y la uña.



BAILE DEL CLUB FILIPINO DE WASHINGTON EN HONOR DE LA MISION.-EXCELENTE COSTUMBRE EN AMERICA DE NO PERMITIR QUE NIÑAS MENORES DE 18 AÑOS VAYAN A LOS BAILES.—HOMENAJE A LA PRIMERA DAMA FILIPINA, MRS. QUEZON.—UN CONCIERTO IMPROVISADO.—LA FUTURA EMBAJADA O LEGACION FILIPINA EN WASHINGTON.—FIESTA DE CONFIANZA EN LA RESIDENCIA DEL COMISIONADO YANGCO.—GUISOS FILIPINOS QUE HACEN LAS DELICIAS DEL PALADAR EN CASA DE LOS ESPOSOS DE VEYRA.—UNA VISITA AL EX-MAGISTRADO MORELAND Y EL FISCAL GENERAL DE LOS ESTADOS UNIDOS.—LO QUE DEBE VER UN TURISTA EN WASHINGTON.—FOTOGRAFIA DE TODOS LOS MIEMBROS DE LA MISION EN UNA DE LAS ESCALINATAS DEL CAPITOLIO.—DESCRIPCION DEL CAPITOLIO.

La colonia filipina de Washington, compuesta de estudiantes de facultad y jóvenes distinguidos pertenecientes a familias filipinas pudientes, nos ofreció, bajo los auspicios del Club Filipino, una brillante *soirée* de gala a la que asistieron altos personajes de la administración, generales, jefes y oficiales del ejército y un elegante mujerío de la crema de Washington. Creo que no faltó ningún miembro de la Misión, porque allí ví al Presidente Quezon, a los Secretarios Palma y Jakosalem, a los Senadores Sison y Singson, a los Representantes Alunan, Nieva, Escueta y Aunario, al Fiscal General Paredes y su digno Auxiliar Abad Santos, a los Decanos Bocobo y Benitez, a los Profesores Osías y Kalaw, y a los Periodistas Varona y Luz, haciendo honor a la fiesta y tomando parte activa en la misma bailando con las washingtonianas mas simpáticas y guapas del salón. Sobre esto último, les aseguro que todos ellos merecen mis plácemes por su buen gusto, ya que de mí, puedo decir, aun-

que me esté tal vez mal el manifestarlo, que prefiero quedarme sentado, o estar fumando o debiendo un ponche de limón o de fresas, que bailar con una que no fuese bonita o simpática a mi manera de ver. Por eso, la casada, soltera o viuda que tenga a bien honrarme con un baile se gana patente de hermosa o, cuando menos, de simpática. La fiesta fué un verdadero éxito para sus organizadores y ha demostrado a todas luces las grandes simpatías de que gozan los filipinos en América. Alli se notaba una excelente inteligencia entre el elemento americano y el filipino, y es indudable que la *soirée* ha contribuido a estrechar más las relaciones sociales entre ambos pueblos. ¡Bien por los simpáticos miembros del Club Filipino de Washington!.

¡Ah! me olvidaba de una cosa muy importante respecto a los bailes en América. Ni en San Francisco, ni en Washington, ni en New York en donde he concurrido a bailes ofrécidos en honor de la Misión y a otros en que he estado

particularmente, he visto lo que muy ordinariamente se vé en los bailes de Manila y provincias, niñas de 16, de 15 y hasta de 14 años, si no menos, unas chiquillas que debieran estar en sus camas durmiendo a esas horas, y no bailando y haciendo la mayor parte del gasto en los salones de casinos, clubs y cabarets. Nada de eso encontraréis en América y eso que es el pais en donde tienen las mujeres, jóvenes y viejas, mayor libertad que en ningún otro. Creo no exagerar si digo que no he visto en ningún baile en América una jovencita menor de 18 años. A esa edad parece ser que es cuando los padres toleran que sus hijas se presenten en sociedad y sobre todo en bailes o saraos. Tengo entendido que son muy pocas las americanas que se casan a una edad menor que esa. Hasta entonces las niñas tanto allá como aquí van *de corto*, es decir, con la falda hasta las rodillas, y solamente las alargan hasta por encima del tobillo cuando cumplen sus 18 abriles. Sin embargo, parece

mentira que se consienta en que nuestras niñas que apenas si han traspuesto los umbrales de la pubertad frecuenten tanto estos centros de reunión que no pueden ciertamente ser calificados de templos o escuelas de moral y puritanismo.

Habiéndose casado nuestro Presidente fuera de Filipinas en su último viaje para América y siendo entonces la primera vez que le veíamos en ese estado, los pragmáticas de la cortesía nos obligaban a que fuéramos a saludar a la primera dama filipina, y así, en efecto, se acordó unánimemente por todos.

Como quiera que en Washington, el Presidente Quezon y su señora vivían en otro hotel, el Hotel Wardman, situado en medio de un parque un poquito fuera de la Ciudad, habiendo tomado tal determinación en bien de su entonces algo delicada salud, pues el bullicio, el ajetreo y el ruido que se advierten en el Willard Hotel no eran propicios a la enfermedad que tanto molestó al ilustre Presidente, era nece-

sario ir allá en automóviles, y así fué toda la comitiva, atravesaudo el magnífico puente Connecticut, recientemente construido, que fué objeto de nuestra admiración, y salvando la distancia en unos veinte minutos.

Una véz en el Hotel y en el "suite" ocupado por el simpático matrimonio, despues de haber rendido pleitesía y homenaje a Doña Aurora, a la que fuimos presentados uno por uno por su consorte, se improvisó un pequeño concierto en el que lucieron sus habilidades en el piano la señora de La O, la señora de Roa, el diputado Nieva, el agricultor Pérez, y el cronista; en la guitarra, el consumado *dilettante* Dr. Cortés, y en el "bell canto", el hacendero Mahinay, el industrial Perico Gil y el gobernador Reyes, con interpolaciones de sonoros y hermosos poemas de los más conocidos vates filipinos, recitados por el Secretario Palma, el Comisionado Residente Veyra, y alguno que otro cuyo nombre siento no recordar en esta instante. Esto, aderezado con unas pas-

tas deliciosas, un sorbete exquisito y dulces variados, y sobre todo con la amena charla e instructiva conversación de Don Manuel y Doña Aurora, en medio de aquel ambiente íntimo netamente filipino, impresionaron de tal modo nuestras almas que al llegar el momento de la despedida, sentimos verdadera pena de abandonar aquel "suite", que era un verdadero nido de amor, testigo de la espléndida luna de miel de aquella feliz pareja.

En la Avenida Cleveland No. 1781 tiene una hermosa residencia de su propiedad el Honorable Comisionado Teodoro R. Yangco, el plutócrata y gran filántropo a quien mucho debe Filipinas por sus generosos desprendimientos en beneficio de la caridad, instrucción pública, y bienestar del pueblo. Es una residencia digna del magnate filipino que representa con honra a su país, que podrá muy bien ostentar la bandera del sol y las tres estrellas en su asta cuando se convierta en embajada o legación de la República

Filipina que ya se columbra y no en lontananza.

Don Teodoro, comprendiendo las torturas de la nostalgia de la que parecían estar poseídos casi todos, sino todos, los miembros de la Misión,—pues no en vano tenían a sus seres más queridos a diez mil millas de distancia,—y además para compensarnos de la rigidez de las visitas oficiales a personajes que podrían tener algo que ver con la concesión de nuestra tan ansiada independencia, y otras funciones de etiqueta a las que habíamos tenido necesidad de asistir, nos obsequió con un baile de confianza casi familiar en su casa en el que pasamos unos ratos muy agradables y placenteros. Allí tuvimos el privilegio de oir la encantadora voz de la señora de Roa, secretario del Comisionado, quien nos cantó un aria de ópera que gustó muchísimo y fué aplaudida a rabiar hasta consentir ella en la repetición.

Los esposos de Veyra no nos pudieron obsequiar con otra fiesta similar, por-

que no se prestaba la salita de su linda casa en la Avenida Cathedral No. 2610, pero, en cambio, nos ofrecieron un banquete, predominando en el menú los platos filipinos que hicieron las delicias del paladar.

Creo expresar el sentir de todos mis compañeros al manifestar que nuestros Comisionados Residentes en Washington se han portado muy bién con nosotros, procurando por su parte hacer lo más grata posible nuestra corta estancia con ellos.

En Washington, visitamos Paredes, Alunan y el que escribe estas croniquillas al Magistrado Moreland que ostentaba los galones de Teniente Coronel del Cuerpo de Auditores de Guerra del Ejército de los Estados Unidos, al General Walcut, Jefe del Buró de Asuntos Insulares, al General McIntyre y al Fiscal General de la República, miembro del Gabinete, Honorable A. Mitchell Palmer. Huelga decir que salimos encantados de la afabilidad y bondad de estos ilustres caballeros.

La Ciudad de Washington, que cuenta con unos 50 monumentos y estatuas, unos 40 hoteles de primera, 23 iglesias de todos los credos, 25 avenidas a cual más larga y hermosa, 5 estaciones de ferrocarriles, unos 10 teatros y más de 40 instituciones prominentes, no puede ciertamente verse en una semana. Pero un turista que pasa por ella no podrá jamas dejar de visitar el Capitolio, la Biblioteca del Congreso, la Casa Blanca, el edificio de la Union Pan-americana y el Monumento de Washington, aunque su estancia fuese de sólo un día. Por eso visité dichos sitios en compañía de Paredes, Alunan y Jakosalem, compañeros inseparables, empezando por el Capitolio.

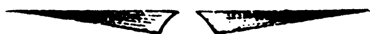
El Capitolio es a Washington lo que el corazón al cuerpo humano. El centro de donde parten simétrica y equidistantemente ocho o diez avenidas anchas, extensas y cuidadosamente asfaltadas, que constituyen las principales arterias de la urbe. Entre ellas están las de Pennsylvania, Maryland,

Delaware, New Jersey y otras que no recuerdo.

No creo que exista un filipino que haya pisado los umbrales de una escuela pública o privada que no haya visto y admirado una fotografía del Capitolio. Se le ha dado tanta publicidad que sería difícil encontrar una casa en Filipinas que no tenga una copia de tal fotografía. Asi pues, nada podemos decir de su imponente aspecto exterior. Haré, sin embargo, mención de sus grandiosas escalinatas, llenas de majestad y dignidad, por la circunstancia accidental de haberse tomado un grupo fotográfico de toda la Misión en una de ellas la misma tarde de nuestra llegada, inmediatamente después de salir de la Estación.

Subiendo por la escalera central y entrando por la puerta principal de bronce artísticamente labrado formando cuarterones artesonados, se llega a lo que llaman la Rotonda del Capitolio sobre la cual se yergue una alta cúpula de grandes dimensiones. El guía

nos decía que aquel sitio lo suelen llamar el salón de recepción del Tio Sam por aquello de que allí iban todos los huéspedes de la República. En las paredes al rededor vimos preciosos cuadros de gran tamaño, en colores, y copiamos los rótulos que decían "El desembarco de Colon", "La dimisión de Washington como Comandante en Jefe del Ejército Continental", "El bautismo de Pocahontas", "La declaración de la Independencia", "La rendición del General Burgoyne en Saratoga" y "La rendición del General Cornwallis en Yorktown", en donde se vé al general Lincoln en el centro conduciendo las tropas británicas entre las filas de sus vencedores, a Washington montado en un caballo bajo una bandera americana y al Conde Rochambeau a la izquierda bajo una bandera francesa. Todo esto contado por el guía.



EL SALON DE ESTATUAS DEL CAPITOLIO.—LA CAMARA DE REPRESENTANTES.—LA SALA DE SESIONES DEL TRIBUNAL SUPREMO DE LOS ESTADOS UNIDOS.—ADMISION POR LA CORTE SUPREMA DE LOS ABOGADOS, MIEMBROS DE LA MISION, COMO MIEMBROS DEL FORO DE WASHINGTON.—RESTAURANTES Y BARBERIAS EN EL CAPITOLIO.—LA BIBLIOTECA DEL CONGRESO.—DERROCHE DE ARTE Y MARMOL.—LA RESIDENCIA OFICIAL DEL PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS.—SU DECORADO INTERIOR.—EL MONUMENTO DE WASHINGTON.—LO QUE SE VE DESDE UNA ALTURA DE 550 PIES.—EL LIO DE LAS HORAS EN AMERICA.—SALIDA DEL TREN DE UNA ESTACION UNA HORA ANTES DE SU LLEGADA.—ECONOMIA DE FLUIDO POR VIRTUD DE UNA LEY SOBRE LAS HORAS.

El Salón de Estatuas del Capitolio está al trasponer una puerta lateral de la Rotonda. Se le ha llamado así, porque en él figuran muchas estatuas de hombres célebres de América del Norte. Según el guía, cada Estado de la Unión tiene derecho a enviar a este Salón dos estatuas de sus más distinguidos ciudadanos.

El guía nos llamó la atención a ciertos curiosos ecos que se perciben dentro de este Salón, haciendo mención especial del que se produce estando uno levantado sobre una lápida de bronce en donde dicen que tuvo su mesa un miembro de la Cámara de Representantes, el que había sido Presidente Adams, cuando este Salón era de Sesiones de dicho cuerpo legislativo, y en donde cayó muerto en el momento de contestar a la llamada de su nombre al leerse la lista.

Comprobamos lo del eco, y efectivamente, lo encontramos cierto, causando en nosotros una impresión de tristeza mezclada con algo de superstición.

Del Salón de Estatuas pasamos al Salón de Sesiones de la Cámara de Representantes en forma de herradura en donde se sientan los Padres de la Patria, esos super-hombres en ciencia, talento y dignidad que fallaran el pleito de nuestra deseada independencia. El Speaker está sobre una plataforma tan convenientemente hecha que puede, sin duda alguna, reconocer al más remoto Representante que pida la palabra. En su silla me senté un instante para ver si se diferenciaba de las demás. Indiscutiblemente, no, pues su grandeza no consiste en su material y hechura sino en el personaje que la usa.

El pasillo en medio de la augusta cámara separa los miembros demócratas de los republicanos.

Cerca de este salón hay lo que el guía llamaba Speakers Lobby, indudablemente, por la circunstancia de estar allí los retratos de todos los que han sido Speakers de la Cámara de Representantes.

El salón de fumar de los Represen-

tantes es un hermoso cuarto, todo decorado en oro.

Después subimos al piso inmediato para ver la Sala de Sesiones del Senado donde se sientan los abuelos de la Patria, otros super–hombres en cuyas manos están encomendadas la felicidad y prosperidad de la República. Es mucho más pequeña que la de los Representantes, porque es mucho menor el número de Senadores, pero tan imponente, severa, grave y seria como aquella.

La tribuna del Presidente, que es, como todos saben, el Vice-Presidente de los Estados Unidos, es del mismo estilo que la del Speaker. Las galerías destinadas a los espectadores están en un piso elevado al rededor de toda la sala. De igual manera están las de la Cámara Baja. Estas galerías, según el guía, están divididas en secciones para los representantes de la prensa, las señoras, los visitantes distinguidos, y el público en general.

En otro sitio del Capitolio, ocupando casi la parte céntrica, está otra sala de

sesiones más severa e imponente, más augusta, si cabe, que las otras dos salas de que hemos hecho mención. Es la Sala de Sesiones de la Corte Suprema de los Estados Unidos, donde tiene su asiento la Justicia, representada por nueve magistrados considerados como los más sabios y los más versados en derecho de la gran República Americana.

En este venerable recinto tuvo lugar durante la estancia de la Misión Filipina en Washington un acto memorable que no olvidarán jamás los filipinos que tuvieron la fortuna de presenciarlo, y mucho menos los que tuvieron la alta distinción y honor de haber participado en dicho solemne acto. Se trata de la presentación por el Fiscal General de los Estados Unidos, Honorable A. Mitchell Palmer, de los abogados filipinos, miembros de dicha Misión, al augusto Tribunal Supremo para pedir que todos y cada uno de ellos sean admitidos como miembros del Foro Americano con derecho a comparecer ante el referido Tribunal como abogados.

La moción fué aprobada por la Corte en pleno y previo el juramento de rúbrica, se nos expidió por la Escribanía el diploma correspondiente. Entre los agraciados recuerdo que figuraban los señores Palma, Jakosalem, Escueta, Alunan, Paredes, Santos, Sison, Singson y un servidor. Excuso decirles que quien más quien menos ha colocado en sitio preferente y conspicuo de sus oficinas, bufetes o despachos los mencionados diplomas que al mismo tiempo que prestan distinción, y son una honrosa gala, constituyen un excelente recuerdo de nuestra estancia en Washington.

Después de visitar estas salas visitamos los distintos restauranes que hay dentro del Capitolio, algunos para uso de Congresistas exclusivamente y otros para uso del público. Asimismo, vimos dos barberías, en una de las cuales, según el guía, se cortan el pelo y afeitan los demócratas y en otra los republicamos.

Después del Capitolio lo más natural es visitar la Biblioteca del Congreso que

está cerquita. Se puede asegurar sin titubear que el edificio es de lo mejor y más hermoso que tiene América. Así lo pregonan todos los americanos, y creo que tienen sobrada razón. Es, sin duda alguna, más artístico que el Capitolio, pues de arte hay un verdadero derroche en todos sus compartimientos y en todos sus salones. Parece que está hecho todo de mármol por dentro, pues por doquier no se vé más que mármol fino y reluciente, a veces blanco como la nieve, a veces jaspeado o veteado, y otras de tonos irisados. El visitante se pregunta asombrado donde se ha podido obtener tanto mármol. Los pasamanos de las escaleras, el piso, las calumnatas, las paredes, están todos hechos de mármol.

A este grandioso palacio de Minerva, depositario del arte, literatura y ciencia, en donde hay miles y miles de libros, albums, manuscritos, *magazines* y periódicos, se le considera como la culminación del arte arquitectónico. Su costo ha sido de 12 millones.

La Biblioteca está en medio de jardines escrupulosamente cuidados que son el encanto y la maravilla del turista que los contempla desde una terraza que hay antes de llegar a la puerta principal.

El edificio conocido por White House, llamado así por estar pintado todo de blanco, no tiene nada de particular, como no sea porque en él han vivido los Presidentes de la gran República Norte-Americana, y vive actualmente el mejor de todos ellos después de Washington. El decorado interior es, sin embargo, magnífico y espléndido como conviene a un personaje tan alto que rige los destinos de un país inmensamente rico, de una nación inconmensurablemente poderosa, árbitro del porvenir de muchos pueblos de todos los continentes, de un hombre de talla colosal cuya opinión sobre cuestiones internacionales pesa lo que pesan las de todos los demás juntos.

En la Casa Blanca tiene su despacho oficial el Presidente, no obstante tener

otro en el Capitolio que es muchísimo más elegante y más hermoso, como que se le considera el mejor del mundo, según el cicerone que nos guiaba por todos los departamentos del Capitolio mediante la módica gratificación de dos dollars.

Desde la Casa Blanca se puede ir andando al monumento de Washington, pues está solamente a menos de medio kilómetro.

Este monumento especialísimo por su hechura y admirable solamente por su elevación, pués tiene 550 pies de alto, según se consigna en la cara interior de una de sus paredes al llegar arriba, es todo de granito y se yergue sobre una colina. No hay nada absolutamente que diga que el monumento está dedicado a Washington, pues no he visto ninguna inscripción o dedicatoria. Se sube a la cumbre por medio de un ascensor bastante grande que puede contener unas 20 personas. Va despacito y temblequeando. De trecho en trecho se ve marcado en la pared el

número de pies de altura en que uno se encuentra. A cierta altura, no recuerdo ahora cuál, se ha marcado en este monumento la altura de la parte más culminante de la diosa de la Libertad que hay en lo más alto de la cúpula del Capitolio. Cinco minutos creo que empleamos en llegar hasta lo más alto del monolito en donde hay una plataforma en la que se quedan los visitantes para poder admirar desde cualquiera de las cuatro ventanillas que tiene el hermosísimo panorama que presenta la Ciudad de Washington. Esas ventanillas apenas si se pueden ver desde abajo. A lo sumo, parecen tener el tamaño de una tarjeta postal, y, sin embargo, tienen lo menos un metro de ancho por medio metro de alto. Desde aquella plataforma se domina toda la Capital, su Capitolio, su Casa Blanca, sus avenidas y sus edificios. Los tranvías, los automóviles y la gente parecen unos juguetitos desde allá arriba. El río Potomac, cantado por célebres poetas y copiado por famosos pinceles,

se divisa claramente desde tan elevada cúspide.

Pensando en que un desperfecto del ascensor significaría una caida mortal para todos los que estén en él, desistimos de utilizarlo en nuestro descenso, y optamos por bajar escaleras. Menudo trabajito, pues ello representaba un descenso por espacio de 30 minutos, sin parar, que nos fatigó tanto como si hubiésemos subido diez veces las escaleras del Masonic Temple de la Escolta. Estas escaleras forman una espiral al rededor del ascensor que está exactamente en medio, pegadas a las paredes interiores del monumento. En estas paredes hay incrustadas una infinidad de lápidas de mármol, bronce y hierro con inscripciones variadas, enviadas por Estados, asociaciones y hermandades, conmemorativas de acontecimientos y hechos memorables.

No puedo asegurar exactamente el número de minutos que empleamos a la bajada, porque como aquello está tan alto, podría ocurrir que allá en la cima

hubiese necesidad de adelantar el reloj, como lo hacíamos durante el viaje de San Francisco a Washington o atrasar como lo hicimos en el viaje de retorno, sucediendo a lo mejor que llegaba uno a una estación a las once de la mañana, por ejemplo, y salía a las diez de esa mismísima mañana. Parece una cosa imposible, pero es lo más natural allá, porque de Nueva York a San Francisco hay cuatro horas distintas que se han llamado Hora del Este, Hora del Centro, Hora de las Montañas y Hora del Pacífico (Eastern time, Central time, Mountain time y Pacific time). Viniendo de Nueva York hay necesidad de atrasar una hora el reloj en cada una de las horas arriba mencionadas, de tal manera que hay cuatro horas de diferencia entre New York y San Francisco. Pues bien, supongamos que llegue el viajero procedente de Nueva York con su hora con arreglo al Eastern Time a una estación en que la hora sea del Central Time; como quiera que al llegar a esa estación tiene que atrasar una hora su

reloj, resulta que ha llegado, por ejemplo, a las nueve según hora de Nueva York y que, sin embargo, no es, según la hora allí, sino que es una hora más atrasada, y por eso que al salir el tren un minuto después de llegar, resulta que ha salido una hora antes de haber llegado.

Para estos viajes se recomienda un buen reloj, pues uno regular o malo no tardaría en estropearse. Yo llevaba un "Omega" que se portó admirablemente.

Y ya que de horas hablamos, me parece muy conveniente hacer mención aquí de una ley federal en Estados Unidos con motivo de la guerra por virtud de la cual en un día fijado del mes de Marzo, creo que fué el 30, se adelanta una hora el reloj oficial, volviendo a la hora verdadera a fines del mes de Octubre.

El objeto parece ser acortar la noche, mejor dicho, hacer que la gente se retire y acueste más temprano, obteniendo, en su consecuencia, una economía en el consumo de corriente eléctrica para

las luces y, como secuela, del carbón que hace funcionar las fábricas de electricidad. Economía que debe de ser inmensa teniendo en cuenta el extenso territorio norte-americano y el derroche de luces que hay en los miles y miles de hoteles y sitios de reunión social que existen en las ciudades y pueblos importantes.



UNA VISITA A LA TUMBA DEL PADRE Y FUNDADOR DE LA GRAN REPUBLICA AMERICANA, GENERAL GEORGE WASHINGTON.—BRILLANTE Y SENTIDA ORACION PRONUNCIADA POR EL HONORABLE PALMA ANTE LA TUMBA DE WASHINGTON.—HERMOSA CORONA DEPOSITADA SOBRE EL SARCOFAGO QUE GUARDA LOS RESTOS MORTALES DE WASHINGTON.—LA MANSION DONDE VIVIERON WASHINGTON Y SU ESPOSA EN MOUNT VERNON.—INTERESANTE MOBILIARIO QUE SE CONSERVA EN TODAS Y CADA UNA DE LAS DISTINTAS HABITACIONES Y SALAS DE LA REFERIDA MANSION.—COMITE NACIONAL DE DAMAS ENCARGADO DE VELAR Y GUARDAR LA TUMBA DE LOS ESPOSOS WASHINGTON, Y SUS BIENES.

Una visita a la tumba de Washington, fundador de la ahora poderosísima Re-

pública Americana, campeón que fué de sus libertades políticas y adalid de los grandes principios democráticos, parece ser imprescindible para toda misión con carácter más o menos diplomático que vaya a Estados Unidos. Así lo hiciéron una misión japonesa encabezada por el Vizconde Yshi hace unos años; el generalísimo Joffre, héroe de la guerra mundial cuyo tratado de paz está dando tanto que hacer y pensar al pueblo americano, y muchos altos e ilustres personajes de la vieja Europa y de la joven América Latina.

Se comprende que se proceda así, en primer lugar, porque es muy natural la admiración, la veneración y el respeto que todo hombre siente hacia aquellos hombres providenciales que han sido la estupefacción del mundo por sus prodigios científicos, valor e integridad y por sus hechos de relevante altruismo y supremo desinterés, y en segundo lugar, porque un acto así tiene que ser necesariamente simpático a los americanos, pues no en vano ha sido y será

siempre su ídolo el valiente general Jorge Washington, su primer Presidente, de quien han dicho siempre que fué el primero en la guerra, el primero en la paz y el primero en el corazón de sus conciudadanos.

Así, pues, y compenetrados de la importancia que tiene para el pueblo filipino la exteriorización de esos mismos sentimientos de veneración, admiración y respeto que abriga en lo más íntimo de su corazón, la Misión Filipina entera quiso rendir el mismo tributo que los otros que le precedieron, y a ese efecto acordó hacer una visita a la tumba de Washington en Mount Vernon, cerca del Potomac, que está a unas 16 millas de la capital metropolitana.

Acomodados, pues, en automóviles facilitados por el Departamento de Guerra y acompañados de altos funcionarios del mismo salimos una tarde para dicho sitio todos los miembros de la Misión encabezados por el Honorable Vice-Presidente de la misma señor Rafael Palma, en sustitución del Presidente Quezon

que no podia ir por no estar bien de salud.

Salvamos la distancia sin ningun incidente, no obstante el gran número de automóviles que componía aquella especie de caravana en peregrinación hacia el campo sagrado donde reposan los restos mortales del americano más grande que ha habido hasta ahora, y al llegar al lugar nos apeamos y andando llegamos hasta la puerta misma del recinto grave y serio donde se alzan dos sencillos sarcófagos que contienen las sacrosantas cenizas del general George Washington y de su adorada esposa Martha Washington. Sobre el sarcófago de Washington aparece la siguiente inscripción: "Within this enclosure rest the remains of General Washington".

Una vez allí congregados, en medio de otros muchos peregrinos que constantemente, según me aseguraron, se dirigen a dicho lugar, y en medio de un silencio propio de aquel venerado sepulcro, destacóse del grupo compacto que se había formado la respetable figura

de nuestro dignísimo Secretario del Interior, Honorable Palma, y con una unción e inspiración admirables pronunció una oración sentimental que llegó a lo más recóndito del alma llenándola de fervor y amor hacia aquel grán hombre que dormía el sueño de la eternidad en el mismo lugar donde en vida se entretenía en regar las plantas y rosas que su esposa sembrara y cuidara. Terminada la oración, depositamos ante la tumba de Washington una hermosa corona de flores naturales.

No muy lejos de la tumba se levanta la casa donde vívió y murió Washington, y donde vivió y murio su esposa. Aseguran que está hoy tal como estaba entonces, no obstante el transcurso de cerca de 150 años. Parece que se ha puesto especial cuidado en que así sea, para dar la mejor idea posible del estado y la forma que tenía cuando la habitaban sus distinguidos moradores.

Visitamos minuciosamente las distintas habitaciones y las encontramos muy interesantes. En cada una de ellas es-

tán los mismos muebles que usaron sus dueños, conservados de la mejor manera que se ha podido.

En mi cartera tengo las siguientes notas respecto a las designaciones que se han dado a los diferentes cuartos: El Comedor; El Salón Principal; La Sala de Música; El Salón de Banquetes; El Cuarto Verde; El Cuarto de Hilar de Martha Washington; El Cuarto del Río; El Cuarto New Jersey; La Biblioteca de Washington; La Sala del Oeste; El Dormitorio de Washington; El Dormitorio de Martha Washington; El Cuarto de Nellie Custis y la Salita de Recibo de Martha Washington.

En el comedor está la misma mesa en que comían los miembros de la familia de Washington y en el capitel de la estufa se conserva, al través de los siglos, un reloj de mesa que sigue marcando la hora del mismo modo que la marcaba hace cerca de 150 años.

En la Sala de Música se ven un piano, una guitarra y una flauta, la misma que tocaba el gran general de la re-

volución americana en sus ratos de ocio. Francamente desconocía este detalle de la vida de este ilustre patricio, pero allí me aseguraron que fué un buen flautista.

En el salón de banquetes hay una mesa grande alrededor de la cual pueden sentarse unos veinte comensales.

En el Cuarto de Hilar de la señora de Washington se encuentran algunos artefactos para ese fin. Esto de hilar parecía ser el pasatiempo favorito de las grandes damas de aquella época.

En la Biblioteca figuran algunos libros que tenía Washington al tiempo de su muerte. Parecen estar muy bien conservados. Leyendo los títulos ví que la mayor parte son tratados sobre política, diplomacia y táctica militar.

En el Dormitorio de Washington están la misma cama donde durmió sus sueños de gloria y donde exhaló su último suspiro, y un baul abierto de hechura muy modesta y sencilla dentro del cual había un bastón y un sable en consorcio fraternal dando a entender

que su dueño era tan buen caballero como excelente militar. En una silla se vé abierta una Biblia, la misma que él usaba y leía.

En el Cuarto New Jersey fué donde estuvo hospedado el célebre general francés Lafayette, amigo íntimo de Washington, quien contribuyó en algo con sus huestes y su gran talento militar al triunfo de la Revolución Americana.

Allí me dijeron que todo ésto, tanto la tumba como el edificio, los jardines y demás están al cuidado de un Comité Nacional compuesto de tantas damas cuantos Estados tiene Norte América, y que cada dama tiene la obligación de vivir y estar un mes en este sitio para velar y guardar todos dichos bienes que se consideran como de la Nación.



MISION POLITICA CUMPLIDA.—MISION COMERCIAL POR CUMPLIR.—A LA METROPOLI DEL COMERCIO.—SALIDA DE WASHINGTON.—LO QUE SIGNIFICA VER NUEVA YORK, PARIS, LONDRES O MADRID.—LA LINEA FERREA DE WASHINGTON A NUEVA YORK.—LA CIUDAD DE LAS LUCES Y LAS HERMOSAS MUJERES.—CUANDO VE UN TURISTA EL CIELO DE NUEVA YORK.—LA ADMIRABLE PREVISION Y PATERNALISMO DEL PRESIDENTE.

Terminada la misión política que nos llevara a Washington, habiéndose expuesto habilmente al gobierno y al pueblo americano los deseos y aspiraciones nacionales en grandilocuentes discursos pronunciados por oradores de gran talla como el Gobernador Harrison, el Presidente Quezon, los secretarios Palma y Jakosalem, el Director Osías, los Decanos Bocobo y Benitez,

los Profesores Kalaw y Abad Santos, el Editor Nieva, y otras más, miembros de la Misión, quedaba por cumplirse la segunda parte del mandato del pueblo, la que se refería al estrechamiento de relaciones comerciales entre americanos y filipinos. Para esto había que abandonar la gran Capital de Washington en donde se puede decir que es casi nula toda actividad mercantil, y trasladarse a la verdadera metrópoli del comercio mundial, al verdadero centro del tráfico universal, al verdadero corazón del negocio internacional. Comprendiéndolo así, el Presidente dispuso que la Misión entera levantara sus tiendas en Washington para sentar sus reales en Nueva York.

Efectivamente, en cuanto recibimos las órdenes del general, comunicadas a nosotros por hábiles y diligentes ayudantes de campo, empacamos nuestras cosas, arreglamos maletas, pagamos las cuentas del hotel, gratificamos espléndidamente a todos los "boys" y "pages", para causar en estos infelices una buena

impresión, pues alli en América, presta mucha distinción y hasta lo consideran como un signo de gran cultura y educación el dar generosas propinas, nos despedimos de los compatriotas que residen en aquella Ciudad, apretamos las lindas manos de nuestras amigas diciéndoles *good-bye* o *au revoir*, nos calamos el hongo, y con el gaban y el aristocrático junco colgados del brazo, nos incrustamos en los automóviles que nos esperaban en el portal del Hotel, y sin titubeos mentales nos dirigimos a la Unión Station a coger el tren que nos llevara a Nueva York.

Yo no se qué especie de placer interior agitaba nuestros corazones; era una alegría que cosquilleaba nuestras almas, algo íntimo que deleitaba. algo que llenaba de satisfacción nuestros pechos, sentimientos que no podíamos explicar, pero es lo cierto que en nuestros semblantes, sin quererlo tal vez, sé reflejaban aquellas conmociones de nuestro estado de ánimo.

Ver Nueva York, lo mismo que ver

París, Londres, Madrid ó Berlin, constituye indudablemente en un noventa y nueve por ciento de la población terráquea un desideratum, una meta de aspiraciones, un colmo de ilusiones, un dulce despertar de un sueño acariciado años y años para estar en pleno goce de la realidad, la satisfacción de un apetito espiritual há tiempo excitado por la lectura de libros, novelas, narraciones y crónicas literarias.

Si mal no recuerdo, nuestro florido literato y galano escritor, autor de "Hacia la tierra del Czar", ha dicho que ver París es ver un mundo. Creo que tiene razón, pero si me permite el gran estilista filipino parodiarle, diría sin vacilar que ver Nueva York es ver un mundo mejor. ¿No es así, querido amigo Don Teodoro?

Pues bien, conforme iba narrando, cogimos el tren y embutidos en cómodos sillones de buenos muelles y blandos cojines nos aprestamos a cruzar el trecho corto que hay de Washington a Nueva York. Los trenes de esta línea

son de los mejores en toda América e indudablemente del mundo. La vía es insuperable, por eso apenas se siente el traqueteo que tanto nos hiciera sufrir viajando en otras líneas. Se comprende que se haya prestado mayor atención a este trayecto, pues es el lazo que une dos grandes poderes: el político que tiene su sede en Washington y el comercial que la tiene en Nueva York.

Durante la travesía cambiamos impresiones sobre lo que habíamos visto en Washington. Después nos pusimos a leer *magazines*, y subyugados luego por la modorra de la siesta nos pusimos a dormitar, pensando en los queridos seres allende el Pacífico quienes probablemente en aquellos momentos estarían elevando plegarias al Cielo pidiendo salud y felicidad para sus amados viajeros que, cual nuevos argonautas fueran en busca del vellocino de oro para ofrendarlo a su patria irredenta.

Cinco horas y media después, el tren,

al igual que un submarino que se sume en las entrañas del oceano, desaparece de la superficie del planeta para abismarse en un túnel profundo, largo, lóbrego, de atmósfera enrarecida, construido bajo el lecho del famoso río Hudson, para presentarse después triunfante y vanaglorioso al otro lado, pero no de la ribera del río, sino en el corazón mismo de la gran Ciudad de Nueva York, en la magnífica estación llamada "Pennsylvania", de reciente construcción con todos los adelantos modernos y necesarios para la comodidad, placer y menesteres de los centenares de miles de viajeros que diariamente llegan y salen de allí.

Un suspiro largo, intenso, pletórico, demostrando inmensa satisfacción, brota de los pechos de todos. Al fin, habíamos llegado a la soñada Nueva York, la ciudad babilónica, la ciudad de los rascacielos, la ciudad de los archimillonarios, la ciudad de los tranvías aéreos y subterráneos, la ciudad de los teatros, la ciudad de los gigantescos puentes,

la ciudad de los admirables túneles, la ciudad de los innumerables "piers", la ciudad de las divinas vampiresas, la ciudad de las luces y las hermosas mujeres que trastornan y marean con las morbideces de sus carnes jóvenes de minervas cristianas y la espléndida euritmia de sus formas, que fascinan con la melancolía de sus ojos en los que a veces brillan profundas ternuras e intensas pasiones virginales, y otras salta la travesura que llena de lirismo y fantasía al hombre más despreocupado, alucinándole con sus naricillas respingadas y sus sonrisas rosadas y argentinas que dan un irresistible mohin a sus labios sensuales al par que descubren dientes finamente nacarados.

De la Estación Pennsylvania se vá al Hotel Pennsylvania que está al otro lado de la calle, mejor dicho Avenida, la séptima, si mal no recuerdo, sin necesidad de cruzarla. El viajero que desee hospedarse en este hotel, al apearse del tren, camina por unos pasillos subterráneos, pasillos de 4 a 6 metros de

ancho y en algunas partes ya no son pasillos, sino plazas subterráneas, y sin más ni más se encuentra frente a un ascensor. Entra en él, sube, y en el segundo piso sale y se halla, todo estupefacto, en medio del salón principal o *lobby* del hotel. Por eso, el turista que viene a Nueva York procedente de Chicago o Washington con intenciones de quedarse en el Hotel Pennsylvania no vé el cielo o el pavimento de Nueva York sino hasta que se instale en su cuarto y abre la ventana y se asoma para verlos. Esto es tanto mas cierto cuanto que antes de penetrar el tren en el túnel que acabamos de mencionar el cielo que vé el turista no es el de Nueva York sino el de New Jersey, pues al otro lado del Hudson está ese Estado.

Gracias a la sabia previsión de nuestro Presidente Quezon, propia de todo hombre de mundo que ha viajado mucho, pudimos instalarnos todos en este magnífico Hotel, pues mandó reservar habitaciones desde hacia muchos días.

Si no fuera por esta atinada disposición, probablemente hubiéramos estado desperdigados en varios hoteles, pues por muy grande que fuese uno de estos, como lo es afortunadamente el Pennsylvania, sería muy dificil, si no imposible, encontrar cuarenta cuartos disponibles, pues Nueva York tiene una población flotante de medio millón lo menos, según mis cálculos, y por regla general viven todos en hoteles, llenándolos casi siempre. Creo que no fué solo previsión lo que ha habido sino paternalismo de parte de nuestro estimado Presidente, por lo cual le estamos todos muy agradecidos.

Eso mismo se ha demostrado también al disponer que el médico de la Misión se quedara en Washington para cuidar y curar a uno de nuestros compañeros, mi apreciable amigo Don Emiliano T. Tirona, que cayó víctima del "flú", como llaman allá la influenza.



EL HOTEL PENNSYLVANIA:—SITIO DE LUJO Y REFINAMIENTO.—AGUA HELADA POTABLE CIRCULANTE EN TODOS LOS CUARTOS.—LAS PROPINAS: CUANDO, CUANTO Y A QUIENES SE DEBEN DAR.—EL ABUSO DE LAS PROPINAS EN NUEVA YORK.—LAS PAJECITAS Y LOS PORTEROS OFICIOSOS DE LOS GRANDES HOTELES.—EL INGENIOSO "SERVIDOR".—EL PERIODICO MATUTINO PARA EL HUESPED DEL HOTEL PENNSYLVANIA.—LOS ASCENSORES "EXPRESS" Y "LOCAL".—OFICINAS EN CADA PISO.—LOS LACAYOS ENCARGADOS DE BUSCAR A UNA PERSONA CON QUIEN UNO DESEE ENTREVISTARSE.—EL MAREMAGNUM Y EL PANDEMONIUM EN EL LOBBY.

El Hotel Pennsylvania es, sin duda alguna, el mayor del mundo y, por consiguiente, de Nueva York. Así lo

afirman sus dueños, y el público en general. Personalmente, podría decir que sí, lo es, a juzgar por el gran espacio que ocupa en la Séptima Avenida entre las calles 32 y 33, y por sus 22 pisos que contienen 2,200 habitaciones con baño y retrete cada una.

En lujo, creo que, con excepción del Biltmore Hotel, es el que más fama tiene, puesto que ha habido, al parecer, la consigna de que no se escatimara gasto alguno en el decorado y adorno de los espaciosos comedores y salones que hay en el hotel. Digo comedores y salones, porque hay unos cinco de aquellos y unos seis o siete de los últimos. Las lámparas en ellos son realmente regias y armonizan perfectamente con la grandeza y seriedad que predominan en todo el hotel. La belleza, el lujo, el capricho y el buen gusto reinan por doquier y parecen ser la característica de este magnífico hotel de reciente construcción

Cada cuarto, como he dicho, tiene su baño privado, y además agua he-

lada para beber, cosa que no hemos visto en ningún otro hotel, por más que algunos americanos nos han asegurado que el Commodore Hotel, también de moderna construcción, situado frente al Gran Central Terminal, tiene ese servicio, el cual es verdaderamente de gran comodidad, utilidad y economía para el huesped, porque a cualquier hora del día y de la noche, si quiere beber, no tiene más que abrir un grifo pequeño bien niquelado y toma todo lo que quiera, y bien heladito. Digo cómodo y económico, porque en los otros hoteles donde nos hemos hospedado, aunque son de primera clase, para poder saciar la sed una vez en el cuarto, al llegar la noche por ejemplo, tiene uno necesidad de telefonear antes a la oficina del hotel y pedir que vaya un "boy" al cuarto, esperar luego 10 ó 15 minutos, si no más, que llegue allí y después pedirle que le llene de agua una jarrita de cristal que tiene cada habitación con un par de vasitos; el "boy" sale en busca del agua y vuelve

a los diez o, quince minutos, o acaso más, y entonces el huesped ya puede apagar su sed, pero ciertamente a costa de alguna paciencia y de una pequeña parte del dinero que tiene en la cartera, pues por ese servicio se ve obligado a dar una propina al "boy" que no le baja de 25 centavos oro, cuando no más. De modo que un trago en algunos hoteles le cuesta à uno 25 centavos oro, por lo menos. Si las dichosas jarras se llenaran de agua todas las noches, el problemita "hidráulico" estaría resuelto, pero parece ser que se hace de intento a fin de que los "boys" puedan ganarse algunas propinas.

Y ya que de propinas o "tips" hablamos, no estará de más decir aquí que en América es una ruina para el turista semejante práctica o costumbre. Por cualquiera cosa, propina. Por el menor servicio, propina. Y que nadie cometa la tontería de dar una moneda de 10 centavos oro, pues hay casi la seguridad de que se la rechazarían con desprecio, o la dejarían sobre la mesa

mientras está a la vista el que la haya dado, para volver después con unas pinzas para recogerla como quien recoge una mosca muerta. Por cada comida, lo menos que uno debe dar es 50 centavos oro, así haya pedido un par de huevos pasados por agua solamente. Por eso mismo, y porque hay que dar siempre una propinita a la que se encarga de guardar el sombrero cuando uno va entrar al comedor, resulta que después de algún tiempo ha pagado más en propinas por el dichoso sombrero qoe lo que le ha costado el comprarlo.

Las "pages" que se encargan de llevar recaditos, cartas o telegramas a los huéspedes en los cuartos, no crean ustedes que presten tal servicio durante el tiempo en que está ausente el huésped. No, señor Esperan que esté en su habitación y allí le hacen entrega de la carta o lo que fuese con una sonrisa muy sugestiva que se traduce al punto en una propinita más o menos sustanciosa, y si da la casualidad de que han llegado varias cartas o paquetes

para el huésped, que no espere que se los lleven a la vez, sino de modo sucesivo, porque el consabido "tip" viene después de cada entrega.

Hasta los porteros que no hacen otra cosa que abrir la portezuela de los autos que salen del hotel o llegan a él, esperan una propina, y hay que dársela, porque, de otra suerte, cuando vuelva a apearse o subir a un automovil allí mismo, prestan dicho servicio casi a regañadientes, mientras que, de lo contrario, se espabilan que es un primor y apenas le vén a uno asomar por la puerta ya están llamando un auto y muy ceremoniosamente le abren la portezuela y dán las instrucciones necesarias, a veces oficiosas, al chauffeur acerca del sitio donde uno desea ir. ***Et sic de cœteris.***

Sobre propinas, debe tenerse, sin embargo, mucho cuidado en no dar ninguna a los dependientes o despachadores de almacenes, tiendas, oficinas y Bancos, porque, sin quererlo uno, se les humillaría. La razón es obvia, ellos

no son de la categoría de sirvientes y mal pueden recibir "tips".

Además de la gran comodidad del agua helada circulante en los cuartos, cada uno de éstos tiene una buena instalación de luces, una de las cuales brilla en la cabecera de la cama y es a propósito para leer por las noches. Tienen, además, un espejo de cuerpo entero, y luego tienen lo que han llamado el "Servidor", el cual es un sistema muy ingenioso de prestar el servicio de entrega y devolución de la ropa para la lavandería, asi como de otras cosas o artículos, con la menor incomodidad posible, puesto que cuando se desean tales servicios lo que tiene que hacer el huésped es colocar la ropa, el zapato o lo que fuese en una especie de aparador que forma parte integrante de la puerta con portezuelas a ambos lados, la de afuera para uso del que se encarga de recoger el artículo, y la de dentro para uso del ocupante del cuarto, y después telefonear al clerk encargado del piso para decirle que hay

algo en el "Servidor", y al cabo de un momento vienen a recogerlo. Cuando lo devuelven, aparece en la puerta interior un letrero que dice "Service", para advertir que se abra el aparador que hay algo dentro para el huésped.

Este ingenioso "Servidor" no lo tiene ningún hotel en Nueva York, según me aseguraron.

Finalmente, y a guisa de cortesía del hotel a sus tres mil y pico de huéspedes, todas las mañanas, tempranito, subrepticiamente entra por la rendija inferior de la puerta un periódico mañanero que, si mal no recuerdo, es el "New York Times", uno de los mejores, si no el mejor, del país.

Para uso de los huéspedes hay en este hotel doce ascensores. Seis son "express", y los otros seis, "local". Me explicaré; pues los que no hayan estado por allá probablemente no entiendan eso del "express" y "local". "Express", quiere decir que el ascensor sube del primero al décimo piso, por ejemplo, sin parar en ninguno in-

termedio, y desde el décimo sigue subiendo hasta el último si hay algún pasajero, deteniéndose en cualquier piso intermedio si se deseare. "Local", quiere decir que desde el primero al décimo se puede parar en cualquier piso intermedio para salir del ascensor o entrar en él, ya sea para subir, ya para bajar. De modo que el que esté en el piso 17 por ejemplo, no tomará el ascensor "local", sino el "express", y el que esté en el piso 9 no tomará el "express", sino el "local", por más que tratándose precisamente del noveno y si viera el ascensor "local" con bastante gente, prefererería tomar el "express" que me llevará al décimo en un abrir y cerrar de ojos y acto seguido trasladarme al ascensor "local" para bajar al piso inmediato que es el nueve. Estoy seguro de que llegaría antes.

En otros edificios más altos, como el Woolworth Building, por ejemplo, del que hablaremos más adelante, hay ascensores "express" que van del piso uno al cuarenta de un tirón y con una

velocidad de 30 a 40 millas por hora. Y la bajada, igual.

El Hotel Pennsylvania tiene además un tanque de natación (swimming pool) y una buena biblioteca con cerca de cinco mil volúmenes.

Es tan grande este hotel que se ha hecho preciso instalar en cada piso una oficina a cargo de un clerk con quien se entienden directamente para cualquier cosa todos los huéspedes de ese piso. Prácticamente, cada piso se puede decir que es un hotel en sí. Desde luego, hay que admitir que eso mejora mucho el servicio. En ningún otro hotel hemos visto un sistema que nos pareció tan excelente.

Y ya que de hoteles hablamos, se me figura que no puede ser completa una descripción de los mismos si no se hace mención de los "boys", generalmente jovencitos de 12 a 16 años, vestidos de librea, muy pulcros y elegantitos, por el estilo de los *grooms* o lacayos de las casas de millonarios y gente de sangre azul en Europa, que no tienen

más cometido que el llamar en voz alta el nombre de la persona que se desee buscar o para quién hay algún recado o mensaje telefónico.

Estos "boys" cumplen su deber yendo a todos los departamentos del hotel que podemos llamar públicos, porque en ellos se reunen usualmente los huéspedes y sus visitas, como por ejemplo, el lobby, los comedores, los salones, etc. y mientras los están recorriendo dicen en voz fuerte "call for Mr. Smith" o "call for Mrs. Parker" o "call for Miss Agnes", según sea el caso. Si por casualidad el interesado está por allí y oye llamar su nombre, le sigue al "boy" y vá a donde se le necesite. Es ciertamente un servicio, no solamente en favor del huésped sino también del público que por cualquier motivo quiera entrevistarse con él, puesto que sin tal servicio, no solo le sería difícil encontrar a quién deseare buscar, sino tal vez imposible, si se tiene en cuenta que un hotel de estos es un maremagnum y un pandemonium a la vez, sobre todo en el lobby.

He dicho maremagnum, porque en dicho sitio hay siempre tanta gente, yendo y viniendo, mujeres encopetadas y caballeros del gran mundo, vestidos elegantemente a todas horas del día y la noche, que se notan en él una confusión y un desorden indescriptibles. Y he dicho pandemonium porque aquello es simplemente un infierno, una batahola, una baraunda que llenan de bullicio y rumor el recinto, aunque todo ello en medio de la mayor cortesía, etiqueta y circunspección imaginables.



NUEVA YORK: ARBITRO Y DICTADOR DE LA MODA.—DAMAS Y CABALLEROS SIEMPRE ELEGANTES.—EL CHAQUE, PRENDA OBLIGADA PARA USO DIARIO DE LOS PROFESIONALES Y GENTE DISTINGUIDA.—EL BASTON, ADMINICULO IMPRESCINDIBLE PARA TODO AQUEL QUE SE PRECIE DE CABALLERO PULCRAMENTE VESTIDO.—DERROCHE DE CHAQUE Y FRAC POR PARTE DE LOS MIEMBROS DE LA MISION.—PROGRAMA DE AGASAJOS A LOS MIEMBROS DE LA MISION DE INDEPENDENCIA.

Nueva York es ciertamente una ciudad eminentemente elegante. Creo que se podría afirmar, sin temor de equivocarse, que Nueva York ha superado a París en distinción y elegancia. Es, sin duda alguna, el árbitro de la moda, habiéndole arrebatado a París la hege-

monía que antes ejercía en cuestiones de trajes, telas y abrigos. Después de todo, me parece que eso no tiene nada de particular. Tenía que ocurrir tarde o temprano. París, con sus dos millones y medio de habitantes y unas cuantas docenas de millonarios, no podía indudablemente contener la avalancha de Nueva York con sus cinco millones y medio de almas y sus centenares, si no miles, de millonarios que le disputaban la supremacia en todo. Por eso, Nueva York puede llamarse, en la época presente, el dictador de la moda. Es indudable que las damas y caballeros mejor vestidos del mundo se encuentran en Nueva York. El turista que vaya de día por las calles y avenidas, los paseos y alamedas, los bulevares y playas de esta ciudad babilónica encontrará invariablemente a todas las mujeres pulcramente vestidas, llevando el traje con mucho donaire y distinción bajo unos abrigos de lana o de pieles que realzan en gran manera su habitual elegancia. Y por la noche en la Opera;

en los teatros y cabarets las veréis presentándose lindas y encantadoras cual ninguna, y al mismo tiempo gráciles, sonrientes, jacarándosas y sobre todo modestas. La neoyorkina es el prototipo de la mujer moderna que tiene el hábito del lujo y ostenta despreocupadamente los más ricos vestidos con escotes que enseñan los brazos desnudos y la nieve rosada de los senos, sin remilgos, sin estudio, como quien se ha identificado con la naturaleza fastuosa y voluptuosa del ambiente.

Podemos decir de ella que triunfa en la esplendidez soberana de sus atractivos, velados suavemente con un arte tan exquisito que, sin violentar los límites honestos que la prudencia y el decoro exigen, deja encendida en la estela de perfumes que señala su paso victorioso, la llama fulgurante del deseo, y abre ante los ojos cargados de ansias las doradas puertas del palacio quimérico de la ilusión.

A los caballeros los veréis indefectiblemente luciendo con apostura y es-

mero, trajes de lana cortados a la última moda, bien ajustados al cuerpo, y los que tienen más posibilidades lucen chaqués (cutaway suit) escrupulosamente hechos y sombrero de copa sedosa y lustrosa o "derby". Los comerciantes, y profesionales, altos empleados de la administración, banca y comercio, por regla general van siempre de chaqué desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde. Naturalmente, en invierno o principios de primavera, no pueden prescindir del sobretodo, y así se les vé con esa prenda ya colgada del brazo o ya puesta con elegancia, algunas de ellas de gran valor por las pieles que bordean las solapas. Tampoco prescinden nunca, tanto en invierno como en primavera o verano, del aristocrático bastón que tanta distinción presta a un hombre, y más cuando lo sabe llevar con garbo, gentileza y gracia. Cuando un gallardo caballero va sin bastón parece que le falta algo. Le pasa lo que a un bizarro militar que fuera sin espada. La es-

pada es al último lo que el bastón al primero. Al oficial lo confundirían fácilmente con un soldado cuando no luce colgado del cinto su espada con puño de metal repujado, como un plebeyo al caballero cuando no está adornado de ese adminículo llamado bastón. Por eso recuerdo que en tiempo del régimen español todas las autoridades tanto insulares, como provinciales y municipales tenían derecho al uso de un bastón con puño de oro o plata, según fuera el rango, con borlas también de oro o plata, con arreglo a la categoría.

Comprendiendo la importancia del bastón se explica como casi todos, si no todos, los miembros de la Misión Filipina, lo primero que compraron al llegar a América ha sido un bastón. Yo sé de algunos que han pagado cinco, diez, hasta veinte dollars por uno, pues los hay de todos precios, y que antes se olvidarían del sombrero que del bastón al salir a la calle. Tal es su trascendencia e importancia. Lo malo es que al llegar a Filipinas, algunos de

ellos los han guardado como reliquias, y eso no está ni medianamente bien, porque tan caballero sigue siendo aquí como lo fué allá, y lo que es bueno conviene adoptarlo siempre. No hay petulancia ni presunción en el uso del bastón, como piensan algunos de criterio estrecho, refractarios a la idea de que las reglas de etiqueta social deben seguirse estrictamente. Y para los que creen que es un estorbo, no estaría de más recomendarles que se quiten el zapato que les aprisiona el delicado pié, o el sombrero que les oprime la sien, porque podrían constituir un estorbo o embarazo. Con seguridad que no piensan asi los siguientes caballeros que se han distinguido siempre por su elegancia y pulcritud en el vestir: Quezon, Iriarte, Pardo de Tavera, Harrison, que desembarcó á su vuelta de América luciendo un hermoso bastón blanco con puño de oro, Paredes, Sison, Osías, Bocobo, Abad Santos, González, Roces, Varona, Nieva, Jakosalem, Morente, Kalaw, Veyra, M. P., Alunan, Earnshaw, Alegre y otros muchos más.

Siguiendo, pues, aquellas buenas maneras neoyorkinas en lo que al vestir se refiere, y teniendo un muy alto conconcepto de la gran representación que todos y cada uno ostentaban, y sabiendo que la atención pública y las miradas escrutadoras del pueblo americano se reconcentraban en aquel buen plantel de *leaders* de la raza filipina, representativo de todas las fuerzas vivas del país, mal que le pese al tristemente famoso Kenneth L. Roberts, nuestros distinguidos miembros de la Misión nunca salían a la calle de día sin el chaqué expresamente cortado por sastres de reputación, y de noche sin el frac o tuxedo (smoking negro) cuando iban a teatros, cenas, banquetes o funciones sociales de cualquiera naturaleza. Por eso eran todos bien acogidos a donde quiera iban y eran objeto de atenciones en todas partes, porque el mundo es asi, y en ciudades grandes no reza aquello de "el hábito no hace al monge", y el que vàya descamisado con seguridad que no puede esperar igual trato

que el que vaya vestido como corresponde a un perfecto caballero, y además, porque es un principio admitido que a mayor civilización corresponde mayor gasto de ropa. Así se comprende que los hotentotes, los igorrotes, los caníbales y los salvajes de las selvas africanas y australianas vayan sin ella.

Para dar una ligera idea de lo que se preparaba para la Misión de Independencia en Nueva York, copiaré a continuación el programa hábilmente redactado por el comandante Vargas:

PROGRAMA

MIERCOLES, ABRIL 9, 1919:

3:18 p. m. **Llegada—Hotel Pennsylvania.**

7:30 p. m. **Metropolitan Opera House (obsequio del "New York Committee of Entertainment").**

JUEVES, ABRIL 10:

10:00 a. m. **Business Meeting en el Salón No. 1 del piso principal**

12:30 p. m. **Banquete en el Salón No. 2 del piso principal dado por la Junta de las Misiones Extranjeras de la Iglesia Presbiteriana de América.**

2:00 p. m. **Recorrida de la Ciudad en automóviles.**

VIERNES, ABRIL 11:

1:30 p. m. Excursión por los ríos que circundan Nueva York en la lancha "Aramis" del Gobierno Militar.

7:30 p. m. Banquete en el Healy's en la Calle 66, esquina Avenida Columbus, dado por Mr. Loweinstein.

SABADO, ABRIL 12:

11:00 a. m. Business Meeting—Cuarto No. 1602A.

11:30 a. m. Visita al Gobernador General Harrison en el Club Knickerbocker, No. 2E de la Calle 62.

LUNES, ABRIL 14:

10:30 p. m. Banquete en el Century Grove, Central Park, esquina Calle 62, dado por el Gobernador General Harrison.

MARTES, ABRIL 15:

8:00 a. m. Visita el Astillero de Hog Island en Philadelphia.

7:30 p. m. Banquete en el Hotel Pennsylvania por Mr. Baldwin, de la American International Corporation.

MIERCOLES, ABRIL 16:

11:00 a. m. Business Meeting—Salón No. 1 del piso principal.

12:30 p. m. Banquete en India House, No. 1 de la Plaza Hanover.

JUEVES, ABRIL 17:

12:30 p. m. Banquete en el Biltmore Hotel, en la esquina de la Calle 43 y Avenida Madison, dado por el Presidente y Miembros de la Asociación de Comerciantes de Nueva York.

8:00 p. m. Banquete en el Metropolitan Club en la Calle 60, esquina de la Quinta Avenida, dado por los Sres. White, Swift y Pardee, de la compañía J. G. WHITE & Co.

VIERNES, ABRIL 18:

8:00 p. m. Gran Teatro Hippodrome (obsequio del New York Committee of Entertainment).

SABADO, ABRIL 19:

12:45 p. m. Banquete en el Hotel Commodore en la calle 42, esquina Avenida Lexington, dado por la Asociación de la Liga de Naciones Libres.



LA URBANIZACION DE NUEVA YORK.—BROADWAY, UNA CALLE DE MUCHA IMPORTANCIA.—LA BOLSA EN WALL STREET.—LENGUAJE RARO USADO POR LOS AGENTES DE BOLSA.—LA TUMBA DE FULTON EN TRINITY CHURCH. —EL EQUITABLE BUILDING.—EL EDIFICIO SINGER.—EL CITY HALL. —LOS GRANDES BAZARES.—EL CENTRAL PARK.—UN FAMOSO E HISTORICO OBELISCO.—LA QUINTA AVENIDA: LA MEJOR DE LA CIUDAD DE NUEVA YORK.—LAS MANSIONES DE LOS ARCHIMILLONARIOS.—LA BIBLIOTECA PUBLICA.—EL MUSEO METROPOLITANO. —POR QUE PASAN LAS PARADAS MILITARES Y PROCESIONES CIVICAS EN LA QUINTA AVENIDA.—EL GRAN ARCO EE JOYAS.—EL INMENSO TRAFICO DE HOMBRES Y AUTOMOVILES EN BROADWAY Y FIFTH AVENUE—LOS "TAXIS".

Nueva York es una ciudad moderna y por eso el trazado de las calles responde a las últimas exigencias de urbanización. Todas son rectas, tiradas a cordel, y paralelas unas a otras con una exactitud casi matemática. La única calle que tiene recovecos y sinuosidades y serpentea por toda la Ciudad, de un extremo a otro, desde el puerto mismo frente a la estatua de la Libertad hasta el Distrito de Bronx, cerca de 300 calles hacia dentro, es el Broadway.

Una mañana salí en automovil con un guia, de esos que conocen la Ciudad palmo a palmo, y marchando despacio recorrimos todo el Broadway desde Battery Park. Durante el camino, el guía me iba diciendo los nombres de los edificios más importantes y las plazas. Recuerdo los siguientes: la iglesia de la Trinidad situada frente al Wall Street, en cuyos atrios laterales se ven muchas tumbas. Paramos para curiosear y leimos en una de las lápidas el nombre de Robert Fulton, célebre mecánico, inventor de un buque de vapor a prin-

cipios del siglo pasado. La calle Wall arriba mencionada es la misma calle en donde está la gran Bolsa de Nueva York que, como todos saben, es la mayor institución financiera del mundo en donde muchos se hacen millonarios en un abrir y cerrar de ojos, y otros que, siéndolo, se hacen pobres en menos que canta un gallo. Se calcula en más de cien millones de dollars la suma que diariamente es objeto de transacciones y operaciones en esta Bolsa. Para el turista que no juega es muy interesante venir a esta calle entre once de la mañana y una de la tarde para ver la ingente muchedumbre que se agolpa frente a la Bolsa, especuladores casi todos ellos, y los agentes que desde las ventanas de los edificios contiguos se entienden con ellos por medio de señas con los dedos, exactamente igual que hacen los sordo-mudos. Parecen unos locos. Me han dicho que cada agente se entiende con el especulador con quien. está en tratos empleando un lenguaje de manos que no pueden entender los

otros a fin de darle la información que sea conveniente a sus intereses y solo él puede aprovecharla. Por eso mismo y porque se armaría un ruido infernal si todos hablaran y gritaran se ha adoptado dicho procedimiento.

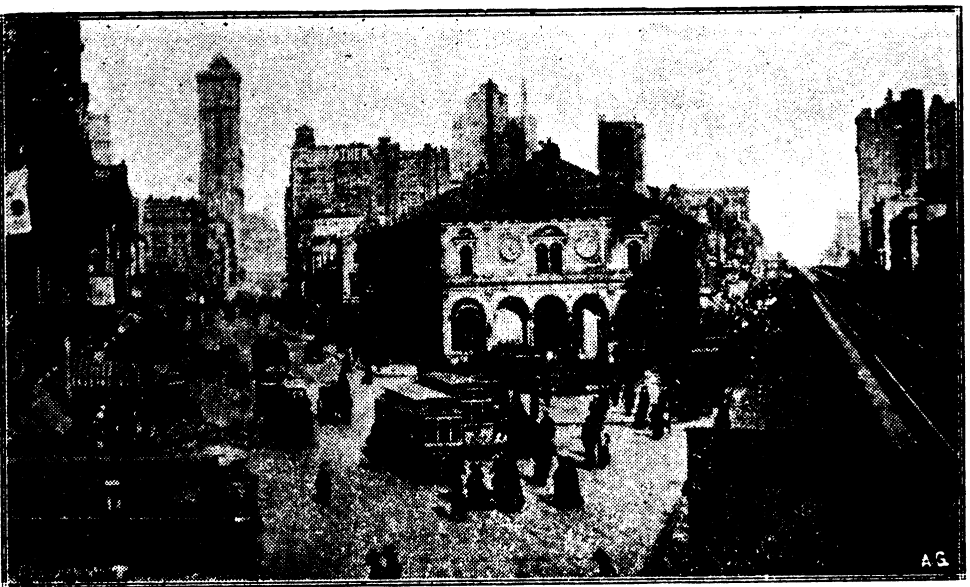
Luego vienen el Equitable Building que ocupa cuatro esquinas y tiene unos 40 pisos; el Singer Building con sus 45 pisos, en donde está la oficina central de la gran compañía que fabrica las máquinas de coser Singer que tanta popularidad han alcanzado en Filipinas, y el Woolworth Building con su sus 60 pisos y su mirador a una altura de 750 pies, desde el cual se domina perfectamente toda la Ciudad Este edificio es tan notable que merece una descripción especial. La daremos en otro capítulo.

Después, siguiendo siempre la misma calle Broadway, viene el City Hall, un edificio que ya lo quisiera para Manila nuestro activísimo Alcalde Don Justo. Tiene cerca de 35 pisos mal contados desde la acera en que está uno levantado,

y según el conserje a quien preguntamos, contiene todas las oficinas de todos los departamentos de la Ciudad, y ha costado 13 millones de dollars.

Más adelante vienen un gran Bezar llamado Wanamaker; el edificio conocido por Flat Iron por su forma de plancha de esas que se usan para planchar la ropa, famoso hace algunos años, según el guía, porque era el único edificio alto que llamaba la atención. Ahora parece que ya no tiene nada de particular por haberse construido otros mejores y más altos. Después viene la plaza Madison desde la cual se divisa un letrero muy grande que dice "*Circus*", que es el circo famoso de Barnum.

Luego viene el Bazar Gimbel Brothers muy conocido por los miembros de la Misión Filipina, pues, por estar cerca del Pennsiylvania Hotel donde estábamos hospedados, era el almacén más apropiado, por su proximidad, para toda clase de compras. Quien más quien menos habrá hecho un gasto de unos



Herald Square de Nueva York. Broadway esta por el lado izquierdo y la Sexta Avenida por el derecho. Sobre ésta pasa el tranvía "elevated".

100 dollars en este magnífico establecimiento de más de 10 pisos arriba y dos abajo, todos materialmente llenos de efectos, mercaderías y caprichos, en donde las despachadoras son todas jóvenes muy simpáticas y muy atentas.

Otros dos Bazares vienen más adelanté y son el Macy y el Saks, también bastante cerca del Hotel Pennsylvania y en donde se encontraban, asimismo, con frecuencia los miembros de la Misión. Recuerdo haber comprado aquí unas corbatas de fantasía y última novedad que regalé a mi buen amigo Morente al llegar a Manila.

Después vienen los edificios de la Opera Metropolitana, "*Times*" y "*Herald*", el Astor Hotel y el teatro llamado Winter Garden en donde se representan operetas.

Finalmente, viene el Central Park, sitio de paseo y solaz, una especie de oasis a donde el ciudadano vá para respirar el aire oxigenado y agradable, producto de la copiosa vegetación que hay alli en medio de lagos artificiales

en los que por un cuarto de dóllar se puede uno pasear en esquifes, góndolas y canoas muy ligeras, solo o acompañado de alguna amiga que contribuya a hacer más placentero el viaje.

En este parque se ven muchas estátuas, bustos y obeliscos. Entre estos últimos está uno que, por la inscripción grabada en una lámina de cobre. se sabe que fué erigido el siglo XVI en el Cairo, Egipto, en honor de Cleopatra, reina célebre por su hermosura que, según recuerdo de mis estudios de historia, murió de la picadura de un aspid ponzoñoso que ella misma se aplicó al pecho al enterarse de la muerte de su amante y cuyo obelisco fué hace poco regalado a Estados Unidos por un Khedive.

No seguimos más adelante, porque ya no hay nada digno de verse más allá del Central Park, y además porque se hacia ya de noche, y dando por terminada la revista. dirigíme al Ritz-Carlton Hotel para cenar alli.

Las avenidas son todas larguísimas

y anchas. Algunas de ellas famosísimas, como la Quinta Avenida, en donde se encuentran los mejores establecimientos del mundo por su riqueza, lujo y grandiosidad, y en donde están las catedrales, como la de St. Patrick, St. Paul y otras, y en donde se yerguen las residencias palaciales de los archimillonarios, verdaderas mansiones del buen gusto, del arte en el decorado, del boato y la esplendidez. Por eso, el turista notará que en esta avenida no pasa el molesto tranvía, debido, sin duda, a la influencia del todopoderoso dollar que ha hecho sentir toda su fuerza y peso para evitarlo.

En esta Avenida están el Waldorf-Astoria Hotel el Plaza Hotel y el St. Regis Hotel, que son todos de primera clase; el magnífico edificio de la Biblioteca Pública de Nueva York que ocupa dos manzanas enteras desde la Calle 40 al 42, construido todo él de mármol a un costo de 18 millones, y contiene cerca de dos millones de volúmenes, según el guía que me acom-

pañaba. El Metropolitan Museum of Art está también en esta Avenida, esquina calle 82. Es digno de verse por las interesantes esculturas antiguas, reproducciones exactas de las que se encuentran en los mejores y más grandes museos de Roma, Paris, Berlin y Londres. Probablemente hablemos, con algunos detalles más, de este Museo, considerado como el mejor de toda América.

Me han dicho que todas las procesiones cívicas, paradas militares, manifestaciones populares, y revistas carnavalescas. pasan siempre por esta Avenida. Una demostración más del poder del oro, pues viviendo en esta Avenida, como hemos dicho, la mayor parte de los archimillonarios de Nueva York, nada más natural que quieran que estas cosas pasen frente a sus casas para su mayor comodidad y contentamiento. Por eso mismo se han construido a lo largo de la calle, en los sitios a propósito para ello, largas y cómodas tribunas cuyos *tickets*

de entrada para ocupar sillas en ciertas ocasiones se han llegado a vender hasta cincuenta dollars uno. Me dicen que estas tribunas las erigen particulares con propósitos de lucro y en verdad que no han visto defraudadas sus esperanzas, porque es de suponer que a esos precios por *ticket* habran recuperado con creces el capital y el trabajo. Cosa parecida podria hacerse en Manila cuando hay grandes paradas en la seguridad de que el público pagaría gustoso lo que fuese por ver cómodamente sentado la procesión.

En una esquina de esta Avenida he visto un arco llamado "Gems Arch" todo hecho de brillantes grandes de cristal en todos colores que ofrecen al público por la noche un efecto deslumbrador, fantástico alucinante y ofuscante cuando se enciende una veintena de pocos eléctricos que hay en sitios convenientes al rededor y lanzan torrentes de luz a dicho arco.

Tengo entendiendo que el pié cuadrado de terreno en esta avenida cuesta

más que en Broadway. Me han asegurado que se han pagado precios verdaderamente fabulosos, imposibles de imaginar, por un palmo de tierra en estos sitios. Así se comprende que, costando tanto el terreno, se busque espacio para los edificios elevándolos hasta las nubes, y por eso ha existido lo que han dado en llamar *rascacielos*, edificios de 10, 20, 30, 40, hasta 50 y pico de pisos, que se yerguen majestuosos y suntuosos, desafiando y pretendiendo llegar al firmamento como trataron de hacerlo los antiguos cíclopes amontonando montes sobre montes.

Tanto en el Broadway como en la Quinta Avenida hay tanta aglomeración y tanta ir y venir de gente por las aceras, sobre todo en las horas de entrada y salida de empleados y dependientes, y por la noche a la salida de los teatros, a eso de las once y media, que se hace dificil transitar por ellos sin desplegar mucho cuidado. La circulación de coches y automóvi-

les es tal que, a pesar de su anchura, se hace punto menos que imposible atravesarlos. Un hombre tal vez podría sortearlo, pero una mujer, de ninguna manera. La arrollarían antes de llegar al otro lado. El remedio consiste en llegar a una esquina cualquiera y esperar que el policía, que es el árbitro omnipotente de la calle, haga parar, por medio de una señal, a todos los carruajes de un lado para que sigan los del otro, lo cual tienen necesariamente que hacer alternativamente, pues, de lo contrario, se congestionaria la vía como sucede inmediatamente en cuanto se prolonga medio minuto la orden de parada, y aprovechar para cruzar la calle. Por eso, generalmente, la travesía la hacen centenares de persona a la vez procedentes de ambas aceras. porque todos se valen de este remedio para ir al otro lado.

Creo que el 95 por ciento de los vehículos lo forman los automóviles, y el resto las demás clases de medios

de locomoción. De cuando en vez pasa un cabriolé o *cab* de esos que tienen el cochero detrás en un pescante muy alto guiando al caballo por encima de la tolda, cuyos cocheros son generalmente unos viejos que van de rigurosa librea con sombrero de copa adornado con una escarapela a un lado, chaqueta con una infinidad de botones, y botas altas de charol hasta la rodilla. Por aqui se ven automóviles de gran lujo ocupados por damas encopetadas que delatan enseguida su encumbrada posición social. He observado que abundan mucho, —casi un 50 por ciento -los automóviles Hudson, Hupmobile y Dodge. Los "taxis". autos con taxímetro que cobran por kilómetro recorrido, son casi todos cerrados, en forma de Sedan o limousine, y cuesta $0 30 por la primera media milla, o fracción, y $0.10 por cada cuarto de milla, o fracción siguientes. Estos mismos coches pueden contratarse por horas, si se quiere, en cuyo caso, ordinariamente piden

$5 00 por hora. Para el que tenga que ir cerca es mejor pagar por milla. Resulta más económico.

Con ser Nueva York una ciudad tan inmensamente grande, ocupando un radio tan extenso, bastan cuatro o cinco días a un turista conservador e inteligente para estudiar y saber buscar un sitio determinado. Se puede afirmar que es mucho más fácil orientarse en Nueva York que en Manila. El secreto está en la enumeración y nomenclatura de las calles y avenidas. A las calles se les ha dado números consecutivos desde el uno, y a las avenidas también. Aquellas son todas transversales a éstas. Así, pues, en vez de llamar calle Real, por ejemplo, una calle, la llaman calle 42, y una avenida la llaman Quinta Avenida; por efemplo, en vez de llamarla Avenida Rizal. De este modo, buscar un lugar es la cosa más sencilla del mundo si le dicen que esta en la Séptima Avenida, esquina Calle 33, por ejemplo, porque no tiene más que llegarse

a una esquina cualquiera y ver los números correspondientes, quedando orientado de tal manera que sin ningún trabajo encuentra el sitio deseado. Puedo asegurarles que hallaría más fácilmente una esquina en Nueva York, si me dan los números tanto de la avenida como de la calle, sin tener que preguntar a ningún policía o transeunte, que una esquina en Manila dándome los nombres de las calles en que está situada. Una vez más se demuestra en esto lo prácticos que son los americanos. Lo de menos para ellos es honrar personajes idos o presentes, más o menos célebres, como parece ser el prurito y la obsesión en esta M. N. y S. L. Ciudad de Manila. Lo que les importa es que los millones de ciudadanos que viven allí puedan encontrar sus casas fácilmente, así como sus oficinas, las casas de sus amigos, los clubs de que son miembros, los teatros y cualesquiera otros sitios de diversión o recogimiento.

EL PINTORESCO Y POETICO RIVERSIDE DRIVE DE NUEVA YORK: PREDILECTO PASEO DE LOS CIUDADANOS Y DE LAS DAMITAS ELEGANTES Y BONITAS. —VISITA A LOS ACORAZADOS ANCLADOS EN EL RIO HUDSON FRENTE AL RIVERSIDE DRIVE. —EL SEVERO MAUSOLEO DEL GENERAL GRANT EN ESTE MISMO PASEO.—MAGNIFICAS MANSIONES RESIDENCIALES.—SUCURSAL DEL CLUB DE LOS 400.—EXCELENTE ESTADO DE LAS CALLES Y AVENIDAS.—EL ASFALTO DE LA AVENIDA TAFT.—EL BANCO NACIONAL DE FILIPINAS EN NUEVA YORK: MEDIO EFICAZ DE PROPAGANDA DE LOS INTERESES COMERCIALES DE FILIPINAS.—UNA VISITA AL METROPOLITAN MUSEUM OF ART.—LAS EXHIBICIONES NOTABLES DEL MUSEO.—LA FAMOSA E IMPONENTE ESTATUA DE "LA LIBERTAD ILUMINANDO EL MUNDO" EN

EL PUERTO DE NUEVA YORK: COMO SE LA PUEDE VISITAR.

No se puede hablar de calles, avenidas, parques y paseos de Nueva York sin hacer mención del Riverside Drive. Este es un hermoso paseo cabe el impetuoso y anchuroso río Hudson en casi toda su longitud a donde se dirigen generalmente los que por las tardes o por las mañanitas cojen un automovil o cualquier otro vehículo para darse un paseo por la Ciudad. Se puede decir que es un sitio obligado para los paseantes que gustan de ver un paisaje pintoresco y un bello panorama, al mismo tiempo que disfrutan del aire que deliciosamente aletea por aquellos alrededores. También lo es, sobre todo en la hora del misterioso crepúsculo vespertino, para las parejas enamoradas, los novios, los recién casados, para calmar sus nervios y sentir las caricias de la frescura de aquel ambiente tan propicio al ensueño y al amor.

Una tarde fuímos mi gran amigo

Max Kalaw y yo a pasearnos por este celebrado Riverside Drive y os aseguro que nos gustó mucho admirar el monumento, mejor dicho mausoleo, del que fué Presidente de los Estados Unidos y Jefe del Ejército de la Unión durante la Guerra de Secesión, General Grant, cuyo estructura tiene cierto parecido con el de Napoleón en París, según fotografía que he visto, y en donde se conservan los sarcófagos del General y su esposa. La austeridad de aquel recinto es casi oprimente.

También admiramos una fila larguísima de acorazados de la poderosa escuadra de Estados Unidos que estaban anclados en el rio Hudson después de haber estado en la zona de guerra en Europa. Aprovechándonos de la invitación al público, publicada en los periódicos, para visitar cualquier acorazado, abordamos una lancha que alli había y nos trasladamos al acorazado "Minnessota". A bordo nos enseñaron todo, incluso los grandes artefactos de guerra que sirven para la destruc-

ción de pueblos e indivíduos. Satisfecha la curiosidad innata en nosotros y en nuestras acompañantes, volvimos a tierra a reanudar nuestro paseo.

Al igual que en la Quinta Avenida se ven en este paseo magníficas residencias de millonarios. Una de ellas luce hermosas estátuas de mármol en su artística escalinata. Inquirimos sobre su dueño, y el chauffeur nos contestó que era de una famosa artista. Un poco después vimos una espléndida mansión en medio de un magnífico jardín que resultó ser del multimillonario Schwab, dueño de varios grandes astilleros en donde se construye la mayor parte de los barcos de la marina mercante de Estados Unidos.

Otro monumento se vé en este paseo, y es el que se ha dedicado a los soldados y marinos héroes de la Guerra Civil.

Finalmente, se vé casi al borde del río un bonito edificio en forma de chalet, que, según nos dijeron, es una especie de sucursal del Club de los

400, sociedad recreativa compuesta de archimillonarios solamente, a donde van y se detienen para tomar un sorbo de té con tostaditas o una copita de Manhattan o Curazao, mientras gozan de la preciosa vista que tiene por fondo la pintoresca ribera de Palisades en New Jersey, sentados en grandes sillones, suavemente acolchonados y forrados de terciopelo azul marino, o mientras siguen con ojos avizores el curso de los áeroplanos que por allá vuelan casi todas las tardes.

Es tal el cuidado que tienen de esta calle que, a pesar de los miles de automóviles y carruajes que pasan por ella a todas horas, no se nota ni se ve ningún bache. El asfalto está siempre bien arreglado. Como esta se encuentran la mayor parte de las avenidas y calles de Nueva York. ¿No se podría hacer lo mismo con las nuestras, siquiera las Avenidas Rizal y Taft, que vienen a ser los mejores paseos que tenemos y por las cuales hacemos pasar a todos los turistas que

vienen a visitarnos para que luego puedan decir que también hay hermosas avenidas en Manila? Nuestro activísimo Alcalde Lukban puede hacerlo, si quiere.

No puedo perdonarme una falta que he cometido al hablar de las cosas dignas de mencionarse en la Calle Broadway. Me refiero a la omisión en que he incurrido acerca de la sucursal que tiene nuestro Banco Nacional en dicha calle. He visitado el establecimiento y he quedado admirado del orden, lujo severo, y limpieza refinada en todo, asi como encantado de la cortesía, circunspección y amabilidad de sus funcionarios, sobre todo del "manager", y del simpático Manoling Concepción que estaba entonces alli con el objeto de perfeccionarse, según tengo entendido, en cuestiones de banca y alta finanza.

El Philippine National Bank en Nueva York está haciendo indudablemente un papel muy importante en América, en provecho de nuestro pais.

Es. indiscutiblemente, un medio muy eficaz de propaganda y difusión de los intereses comerciales de Filipinas. Ha sido una medida acertadísima por la cual merece nuestros más sinceros plácemes y aplausos su dignísimo Presidente Don Venancio Concepción.

Conforme lo prometí, hablaré ahora un poco más del Museo Metropolitano de Arte. Hemos dicho que está situado en el Central Park con su entrada principal en la Quinta Avenida. El museo está abierto todos los días, incluyendo los domingos y fiestas, y la entrada es gratis, menos los lunes y viernes que hay que pagar $0.35.

Para sacar el mayor provecho posible de mi visita tomé un guía instructor de los varios que hay alli de servicio, mediante la gratificación de un dollar por hora.

Aparte de la infinidad de departamentos que tiene el edificio en donde se exhiben las pinturas, cuadros, esculturas, obras de arte, curiosidades y antiguedades, el museo tiene las si-

guientes comodidades en provecho del numeroso público que acude allí todos los días: una mesa de información en donde se pueden adquirir, mediante poco dinero, folletos, catálogos, fotografías y pequeños objetos; un restaurant, en donde tomé mi *lunch* para no tener que salir o interrumpir mi inspección artística; un *tea room:* un un cuarto fumador y una sala de descanso; un cuartito con teléfonos públicos, y sillas con ruedas para inválidos

Está terminantemente prohibido llevar bastones y paraguas o sombrillas dentro del Museo. Es preciso dejarlos en la portería.

Las colecciones incluyen cuadros de pinceles renombrados, esculturas de cinceles de fama mundial y arquitecturas de artistas de gran reputación.

El arte antiguo incluye el egipcio, babilónico, asirio, fenicio, etrusco, griego, romano y ciprino.

En la sección egipcia hemos visto jarrones, pirámides, relieves, columna-

tas, sarcófagos, ataudes, aldabas y momias

En la sección de arte clásico hemos admirado esculturas griegas y romanas, reproducciones de pinturas murales, reproducciones de trabajos de metal repujado, vasos etruscos de bronce, terracota y cristal tallado, estátuas pequeñas y joyas.

En la sección de arte oriental contemplamos esculturas chinescas, vasos de bronce y porcelana, alfombras, jade, armas japonesas y chinas, objetos de laca y alguno que otro cuadro antiguo.

En la sección de cuadros al óleo llamaron mucho nuestro atención unos realmente hermosos y de gran valor artístico que llevan los nombres de pintores famosos en el universo entero, asi como los nombres de sus generosos donantes. Entre estos están anotados en mi cuadernito Vanderbilt, Rockefeller, Pierpont Morgan, Altman, Wolfe, Astor, Harriman, Carnegie y otros.

En la sección de armas y armadu-

ras hemos visto ejemplares preciosos con grabados, incrustaciones de plata y oro, relieves y abollonados.

En la sección de instrumentos musicales se encuentra una colección inmensa en cantidad y calidad desde lo más antiguo hasta lo más moderno, desde lo más raro hasta lo más sencillo y artístico. Allí había un par de pianos que, según el cicerone que me acompañaba, fueron de los primeros del mundo, pues pertenecieron al mismísimo inventor de este instrumento. Había allí ejemplares de liras, flautas, laudes, arpas, triángulos, gaitas, timbales, acordeones, violines, mandolinas, diapasones, platillos, bombos, tambores, heliconés, ocarinas, etc. etc.

En la sección de esculturas se ven en yeso reproducciones de todas aquellas célebres de los tiempos mitológicos como Venus, Marte, Cupido, el Centauro, Minerva, Plutón, el rey de los infiernos, juntamente con Saturno, su padre y Rea su madre, y otros muchos más que dejé de apuntar, can-

sado ya de hacerlo. Hemos dicho, reproducciones, porque el Museo los ha encargado así expresamente de los Museos de Londres, París, Roma, Berlin y otros en donde se encuentran los originales

En un piso, creo que era el primero' está instalada una biblioteca con 35 mil volúmenes y 45 mil fotografías, todos a disposición del público. Recuerdo haber visto allí un album monumental con fotografías de edificios, iglesias, arcos, avenidas, jardines, etc., todos de París.

Otra cosa digna de una visita en Nueva York es la gran estátua de "La Libertad Iluminando el Mundo" que se levanta en la Isla Bedloe, a la entrada misma del puerto de Nueva York, en donde funden sus aguas el río Hudson y el río Este.

Esta famosa estátua, popular y conocida en todo el mundo, ha sido regalada a América por Francia y ha sido obra genial del famoso escultor Bartholdí. Tiene cerca de 300 pies de

alto y la antorcha que lleva en la diestra tiene tal potencia de luz que se distingue a muchas millas desde el Oceano Atlántico. Un viejo guardán que había alli cuando fuí a verlo me aseguraba que muchos viajeros, sobre todo emigrantes que vienen de Europa en busca de fortuna, o para disfrutar de la libertad y democracia que reinan en Estados Unidos, al divisar este colosal e imponente monumento se postran de rodillas y elevan plegarias de gratitud a la Providencia que les ha deparado la dicha de haberles conducido hasta esa tierra bendita en donde el ciudadano es libre y la autocracia no tiene asiento.

Para ir a visitar esta estátua se toma una lancha llamada "Liberty", que sale de uno de los "piers" en Battery Park cada hora. No tiene más ocupación que llevar y traer curiosos y turistas que van y vienen de aquella isla. Cuesta $0.25 el viaje de ida y vuelta. Una vez en la isla se puede subir por dentro de la es-

tátua que está hueca hasta la altura de los ojos, al través de los cuales se vé en toda su plenitud la bahía y el gran puerto de Nueva York. La subida se hace por medio de un ascensor hasta cierta altura y desde alli por unas escaleras que parecen interminables. Llega uno jadeando y cansado, pero satisfecho de haber visto una obra escultórica tan notable por su belleza de formas y su grandeza, y un panorama marino que impresiona hondamente el corazón.

La citada Isla de Bedloe viene a ser al mismo tiempo un fortaleza protectora del puerto, pues allí se ven cañones de grueso calibre.



EL MEMORABLE BANQUETE EN HONOR DE LA MISION FILIPINA DADO POR LA ASOCIACION DE COMERCIANTES DE NUEVA YORK. PRINCIPES DE LA BANCA, DEL COMERCIO Y DEL DOLLAR QUE COMPONEN LA DIRECTIVA Y MIEMBROS DE ESTA PODEROSA ASOCIACION.—CHAMPAGNE A PASTO.—GRANDILOCUENTES Y HABILES DISCURSOS DEL JUEZ GARY, GOBERNADOR HARRISON, SECRETARIO JAKOSALEM Y DIRECTOR OSIAS.—BRINDIS POR LA PROSPERIDAD Y FELICIDAD DEL PUEBLO FILIPINO.—VISITA A LAS DEPENDENCIAS DEL FAMOSO HOTEL BILTMORE.—PLAN AMERICANO Y PLAN EUROPEO EN LOS HOTELES: CUAL ES MEJOR.—EL PROBLEMA DE LA TRANSPORTACION EN NUEVA YORK.—EL "SUBWAY".—EL "ELEVATED".—EL ESTRUJAMIENTO EN LOS TRANVIAS: ¡POBRES CHICAS!—"TWO MINUTES SERVICE" EN

LOS TRANVIAS.—AL IGUAL QUE TOPOS Y RATAS QUE HUYEN DE LOS RAYOS DEL SOL.

A los dos o tres días de llegar a Nueva York recibí una carta-invitación del siguiente tenor:

"THE MERCHANTS' ASSOCIATION OF NEW YORK.—WOOLWORTH BUILDING.—NEW YORK.—April eleventh 1919.—My Dear Mr. Altavás:—On behalf of the Merchants' Association of New York, I have much pleasure in extending to you, a cordial invitation to be a guest of The Association at a luncheon to be given in honor of the Philippine Mission to the United States, of which you are a member, at the Biltmore, on Thursday, April 17, 1919, at 12.30 P. M.—It is my hope that The Association may have the honor of your presence on this occasion.—Sincerely yours, (Sgd.) Wm. Fellowes Morgan, President, THE MERCHANTS, ASSOCIATION OF NEW YORK.—To: Mr. Enrique Altavás, Pennsylvania Hotel, New York City."

Presumo que los compañeros recibieron igual misiva.

Siguiendo las reglas de la etiqueta social contesté inmediatamente la in-

vitación, aceptándola con gusto, y diez minutos antes,—que son los reglamentarios,—de la hora señalada llegamos al hermoso Hotel Biltmore, Paredes, Alunan y un servidor. Allí estaban ya los demás miembros de la Misión. Momentos después un atildado mozo nos servía en el salón de espera copitas de cocktail Manhattan y caviar ruso para exitar el apetito. En el entretranto los saludos y presentaciones de cumplido y cortesía tenían lugar entre los anfitriones y los huéspedes de honor. Es obvio decir que, tratándose de un obsequio de una tan distinguida y respetable comunidad como la Asociación de Comerciantes de aquella gran metrópoli mercantil, compuesta en su mayoría de socios multimillonarios, verdaderos príncipes de la Banca y personajes de gran fortuna personal, la Misión quedase satisfecha de aquel honor y distinción tan extraordinarios. Este banquete cristalizaba en cierto modo los anhelos del pueblo filipino de ponerse en contacto más íntimo

con el americano para el noble fin de estrechar más y más las relaciones políticas y comerciales entre ambos pueblos. Buena inteligencia, buena fé y simpatías sinceras entre comerciantes forman indudablemente la base más sólida y firme para cimentar un negocio y obtener feliz éxito. Por esta oportunidad debemos, pues, estar agradecidos al Presidente y respetables plutócratas de la mencionada Asociación.

Después de haberse anunciado por el mayordomo del Hotel que la mesa estaba servida, entramos en el comedor, el más lujoso de toda América, según el comensal americano que estaba a mi diestra, y sentándonos cada uno en el sitio designado, indicado por una tarjetita con el nombre correspondiente, hicimos honor al selecto menú de manjares deliciosos remojándolos con libaciones de vinos generosos de las mejores cepas que constantemente escanciaban en nuestras copas unos diligentes sirvientes. A los postres nos sirvieron el espumoso y aristocrático

champán, el diabólico néctar, según expresión del gran Napoleón, y al oirse el tintineo argentino de un vasito de cristal fino, un silencio sepulcral se hizo en el alegre recinto, y entonces vímos al Presidente de la mesa levantarse muy gravemente para proponer que bebieramos todos por la prosperidad y felicidad del pueblo filipino, lo cual hicimos levantando las copas muy alto, en medio de una emoción indescriptible.

Acto seguido y ya en funciones de *toastmaster*, el mismo Presidente fué presentando a los oradores. Uno de ellos recuerdo que era Mr. White, Presidente de la gran compañía "J. G. White and Co." que tiene ramificaciones en casi todo el mundo, incluyendo Filipinas; otro, Presidente también de un poderoso sindicato (trust) que maneja centenares de millones de dollars; y otro, Presidente de una corporación que explota el acero en gran escala con un capital inmenso. Este último es el Juez Gary, conocido

en Manila, donde estuvo hace dos o tres años, y en cuyo honor se dieron suntuosas fiestas en las que su distinguida señora lució unas joyas de incalculable valor. Su *speech* fué una verdadera pieza magistral de oratoria y hábil diplomacia que produjo sensación.

Como para responder a dichos discursos, fueron presentados el Gobernador General Harrison, que estuvo feliz abogando por la independencia de Filipinas, aduciendo argumentos incontrastables; el Secretario Jakosalem, que pronunció un enjundioso y brillantísimo discurso que causó muy buena impresión hablando de la prosperidad y progreso de Filipinas con citas de números y datos estadísticos que, como es sabido, tienen una elocuencia contundente asi como una fuerza de convicción irrebatible; el Director Osias, que llamó la atención por su profundo conocimento de los sistemas de educación, sacando algunas conclusiones en el sentido de que en Fili-

pinas se han establecido métodos que han sobrepujado en excelencia a los que hay en América, no obstante haber sacado de ella la inspiración; y alguno que otro orador más que no recuerdo en este momento por no haber tomado nota de ellos durante el acto.

El Presidente de la Misión Honorable Quezon, con harto sentimiento suyo, nuestro y de los comerciantes de Nueva, York, no pudo asistir a este espléndido banquete, digno de Lúculo, por una indisposición que le retuvo en sus habitaciones en el hotel por orden facultativa. Hemos lamentado de todo corazón su forzada susencia, pues esperábamos oir de sus labios autorizados un discurso de esos que hacen época en los anales de la literatura y de la historia mercantil relacionada con la política de un pueblo.

A este banquete asistimos todos de chaqué como es de rigor en tales ocasiones.

Terminado el banquete visitamos las

distintas dependencias de este famoso Hotel Biltmore y las encontramos artísticamente amuebladas y decoradas. Es un hotel realmente de lujo. Antes de edificarse el Commodore y el Pennsylvania era el mejor y más grande de Nueva York. Estos le han sobrepujado en magnificencia y grandeza y en ciertos aditamentos e instalaciones que hacen más agradable y cómoda la estancia del huesped en ellos, pero aquel sigue manteniendo su hegemonía ejercida sobre el lujo y buen gusto.

Preguntamos por el plan que se sigue en el hotel y nos contestaron que, al igual que todos, el plan europeo era el adoptado.

Plan europeo y plan americano son tecnicismos muy en boga entre las gentes de hotel. El plan europeo consiste en alquilar cuartos solamente: esto es, que el pago por la habitación no incluye la comida. El plan americano significa que el pago por el cuarto lleva consigo la comida en el mismo hotel. El plan europeo es el que está

más generalizado en toda América. En cambio, el americano es un plan más corriente en toda Europa. Parece una anomalía, ¿no es verdad?

Es difícil determinar cuál de los dos planes es mejor, o peor. No debe ser bueno el americano cuando no lo adoptan los americanos, ni tampoco debe serlo el europeo, cuando no lo adoptan los europeos. Sin embargo, no debe ser malo éste cuando lo siguen en América, ni tampoco aquél, cuando lo siguen en Europa. Consecuencia o moraleja: Qua tan malo es el uno como el otro o tan bueno éste como aquél. Mi opinión particular es que, tratándose de grandes ciudades como Nueva York, Chicago, Filadelfía, San Francisco y otros, el plan europeo resulta mejor para el huésped turista, porque no estando incluida la comida en el pago de su habitación no se vé obligado a volver al hotel para comer, obligación que le representaría gasto de dinero y tiempo, aparte de la molestia, sobre todo si

está lejos. Con el plan americano, ese mismo huésped no tendría más remedio que volver al hotel, a menos que quisiera hacer un gasto de mas, por lo mismo que su comida en el hotel está ya pagada. Con el plan europeo uno come donde le coja la hora de comer, esté o no lejos del hotel, economizándose asi dinero, molestia y tiempo. Si está, por ejemplo, visitando un museo que como el "Metropolitan Museum of Art" de Nueva York tiene un buen restaurant en donde se sirva comida excelente, a la hora de comer lo hace alli sin verse obligado a volver al hotel.

El plan americano es bueno para ciudades o pueblos pequeños en donde escasean los restaurants.

El problema de la transportatión parece que se ha resuelto en Nueva York. Así lo afirman muchos que creen suficientes las tres líneas de tranvía que funcionan en esta ciudad de los millones de hombres y de dollars. Opino que no, y por eso he

dicho "parece", porque puesto en el mismo terreno para comprobarlo he visto que sigue siendo problema.

Ni el tranvía que corre por las calles y avenidas, ni el "elevated" (tranvías elevados que corren al nivel del primer piso de las casas), ni el "subway" (tranvías, mejor dicho trenes, porque se componen de 7 a 8 coches grandes y largos, que corren en subterráneos artificiales por debajo de las calles), ni los centenares de miles de automóviles son suficientes, a mi modo de ver, para llevar a cabo aquel trasiego contínuo y perenne de hombres, mujeres y niños que van y vienen, siempre de prisa, convirtiendo las vías en una infernal batahola. Afirmo que no son suficientes, porque varias veces he tratado de coger los tranvías ordinarios y he tenido que desistir por haberlos encontrado tan llenos que si se tirara un grano de pimienta allí dentro difícilmente llegaría al piso, suponiendo que no vaya a parar dentro de un corpiño. Una vez conseguimos,

por pura novelería, meternos en uno de ellos, Escudero y yo, y os aseguro que salimos poco menos que estrujados y ahogados y eso que no eran precisamente hombres los que nos apretujaban y "laminaban", sino lindas modistillas y graciosas guanteras que venían de sus tiendas y talleres dándose gran prisa por llegar a sus casas en donde probablemente estuviesen ya esperándolas sus amigos o sus novios para llevarlas a pasear por el Riverside Drive y obsequiarlas luego con una cena seguida de baile en el Palais Royal o Moulin Rouge, todo lo cual contribuía a que por nada del mundo quisieran perder un tranvía aun teniendo que sufrir empellones y empujones y sentir roces más o menos molestos. Tres cuartas de lo mismo pasa con el tranvía aéreo, y el subterráneo, sobre todo a ciertas horas del día, como por ejemplo, de 7 a 8 de la mañana y de 5 a 6 de la tarde, en que toda la ciudad se convierte en un torbellino, un huracán, un infierno

dantesco, un pandemonium. Nada, que aquello es el acabóse, especialmente en ciertos sitios, como en la plaza "Times" en Broadway y Quinta avenida, y eso que el servicio alli es de dos en dos minutos, no como aqui en Manila donde pasa un coche cada 10 ó 15 minutos, si es que pasa.

De los tres, el "subway" es indudablemente el mejor, no sólo por su mayor capacidad, pues, como he dicho, son verdaderos trenes, y su "comfort", sino también por su gran velocidad, pues va a razón de 80 millas por hora. Esto sería de todo punto imposible en los otros tranvías en la calle, porque a un andar así matarían a media humanidad. Pero, en aquellas vías subterráneas en que éstas son absolutamente para uso exclusivo de sus trenes, y son tan rectas, no hay tasa que valga para su velocidad. Por eso no se habra podido impedir el suicidio del malogrado ex-Secretario Mr. Denison.

Para ir a ciertas partes de la ciudad se llega en "subway" mucho antes que

en automóvil, con diferencia a veces de media hora, si no más, lo cual es mucho, especialmente para el que sea creyente del tan manoseado decir "el tiempo es oro". Esto lo hemos comprobado personalmente Alunan, Paredes y yo cuando fuimos al Juzgado de Nueva York en que a la ida fuimos en auto y a la vuelta en "subway"

De estos coches o trenes hay "express" y "local", y la explicación es idéntica a la que hemos dado al hablar de ascensores "express" y "local" en los hoteles, con la diferencia de que en vez de pisos son manzanas de calles, esto es, que los "express" van, por ejemplo, de la calle 1 al 10, del 10 al 20, del 20 al 50, etc., mientras que el "local" para en todas las calles Se distinguen por una luz encarnada al tope que tienen los "express", y azul los "local". Debajo del Hotel Pennsylvania pasa el "subway" y es estación, además, de "express". Por eso resulta muy cómodo hospedarse en este hotel, porque para ir al tranvía no tiene uno

más que bajar unas escaleras. Hay tanta gente constantemente en estos subterráneos esperando el tren, que se puede decir que medio Nueva York vive como los topos y ratones huyendo de los rayos del sol.

Las estaciones de los trenes "subway" son anchas y bastante bien acondicionadas. Algunas, la mayor parte, están de 15 a 20 pies bajo el nivel de la superficie de las calles, otras, sin embargo, están a mayor profundidad. Recuerdo una cuando fuimos Arsenio Luz y yo a cenar en casa del ex-superintendente de escuelas Mr. Shoens en la calle 145, si no me equivoco, que para ir de la estación a la superficie exterior hubimos de utilizar un ascensor, porque escaleras no habia puesto que aquella estación esta a 150 pies de profundidad.

Pregunte por la causa de esto y me dijeron que se debe a que sobre aquella estación hay precisamente una colina.

EL TIEMPO VARIABLE DE NUEVA YORK.—PAREDES: GRAN OBSERVADOR.—UNA VISITA A LA CORTE SUPREMA.—JUECES ESPLENDIDAMENTE PAGADOS.—EL FAMOSO WOOLWORTH BUILDING: LA CATEDRAL DEL COMERCIO. —MIL DOSCIENTOS Y PICO DE ESTABLECIMIENTOS DE ARTICULOS DE CINCO Y DIEZ CENTAVOS ORO.—EL MIRADOR DE LA TORRE DEL EDIFICIO WOOLWORTH: MAS DE 100,000 PERSONAS AL AÑO SUBEN PARA CONTEMPLAR EL MAGNIFICO PANORAMA DE LA CIUDAD.—LO QUE SE VE DESDE UNA ALTURA DE 750 PIES.—COMO SE INAUGURO ESTE EDIFICIO.—EL DESPACHO PARTICULAR DEL FINADO WOOLWORTH.—MAS DE 12,000 PERSONAS TRABAJAN EN ESTE EDIFICIO.-FUNCIONAN EN EL 30 ASCENSORES Y 1,800 TELEFONOS.—TIENE RESTAURANT, BARBERIA, TANQUE DE NATACION Y TALLERES.

Una mañana salimos Paredes, Alunan y yo sin rumbo fijo, a la buena de Dios.

Era una de esas mañanas de insegura y dudosa diafanidad propia de Nueva York durante la primavera en que tan pronto luce un sol tan agradable como cae una lluvia impertinente. Por eso ´mismo, recomendaría que no se dejase nunca el sobretodo en casa, porque, cuando uno menos lo piensa, se vé necesitado de él, y os aseguro que entonces lo pasa muy mal, puesto que sin abrigo, en cuanto sopla un poco el viento trayendo consigo llovizna, el frío molesta tan desconsiderablemente que no sabe uno como arreglarse para evitarlo. Eso me pasó una vez al salir de Tiffany, la famosa joyería de la Quinta Avenida, en donde estuve para comprar una alhajita de recuerdo, y creedme que me faltó tiempo para meterme en un *taxi* de esos que están casi herméticamente cerrados para resguardarme de un frío húmedo que helaba los huesos.

Tropezamos con una estación de tran-

vía aéreo, y subimos. Pagamos en la taquilla los consabidos cinco centavos y nos metimos en el primer coche que pasaba. Ya sentados y arrastrando nuestro aburrimiento por aquella urbe, hicimos el mejor uso posible de la visión para no perder ripio y ver todo lo que fuera visible, ya sea un edificio bonito o feo, ya una iglesia o catedral, ya un camarín o teatro, ya una cara bonita o desagradable o ya una pantorrilla más o menos bien formada. Atravesamos medio Nueva York, sin darnos cuenta, y, probablemente, hubiéramos llegado a Coney Island o donde Cristo dió las tres voces, si no fuera por un caballero americano con quien trabamos conversación y que nos invitó a visitar la Corte Suprema en donde, como abogado, tenía vista aquella mañana. El buen caballero, en cuanto se enteró de que éramos abogados y profesores de derecho, demostró mayor afabilidad con nosotros y nos dijo que tendría mucho gusto en servirnos en lo que pudiera, porque él era también abogado y pro-

fesor y era una satisfacción para él servir a unos compañeros y hermanos de profesión. Entonces, cediendo a su solícita invitación, nos apeamos del tranvía y nos dirigimos al edificio de la Corte Suprema. Alli vimos varias salas presididas por Jueces que celebraban sesiones. El abogado nos dijo sus nombres, sus sueldos y demás gajes, y nos asustamos de la enormidad de las pagas que se dán a estos magistrados, que tienen, además, jubilación al llegar a viejos, con pensión vitalicia. Recorrimos otras dependencias y nos despedimos agradecidos de aquel simpático compañero que se nos mostró tan amable y hospitalario.

Al salir de la Audiencia divisamos enseguida la imponente fachada del Woolworh Building que está en frente casi, y, naturalmente, lo primero que se nos ocurrió fué ir a verlo, ya que estábamos completamente sin saber qué hacer aquella mañana. Nos encaminamos hacia él y una vez dentro inquirimos si se podía subir al mira-

dor. Desgraciadamente, nos dijeron que no, porque estaba cerrado en señal de duelo por la muerte de su dueño el multimillonario Frank W. Woolworth que estaba de cuerpo presente entre cirios, blandones y coronas de flores naturales en su mansión señorial de la Quinta Avenida, en alguna cámara que me imagino estaría forrada de tapices de gran valor artístico, con alfombras hechas en París, y amueblada con poltronas, divanes y sillones estilo Renacimiento o Luis XV, con una estufa eléctrica cuyas columnas están llenas de relieves y en cuyo capitel se levanta alguno que otro reloj de bronce caprichoso, con enormes arañas de cristal tallado cuajadas de caireles colgando del artesonado y con mesas de ébano incrustadas de marfil, pebeteros japoneses y una infinita variedad de objetos de fantasía que adornan ordinariamente los salones de príncipes y cresos.

Había muerto el dia anterior, satisfecho, supongo yo, de haber vivido

sus ochenta años y pico y de haber visto realizadas sus aspiraciones y ambiciones de hacerse millonario y de edificar aquel palacio de 60 pisos a un costo de 30 millones, en el que se hizo un derroche tal de arte arquitectónico dentro y fuera que mereció ser llamado la "Catedral del Comercio". Después de verlo, Paredes y yo convenimos en que no puede ser más acertado el nombre. Para nombres no hay como los americanos. Es su especialidad. "The Paradise of the Pacific" (El Paraiso del Pacífico), dicen refiriéndose a Hawaii; "The City Loved around the World" (La Ciudad Amada por el Mundo), refiriéndose a San Francisco; "New York the Wonder City" (Nueva York, la Ciudad Maravillosa); "The Road of Thousand Wonders" (El Camino de las Mil Maravillas), refiriéndose al trayecto del ferrocarril desde Oakland hasta Salt Lake; "Golden Gate" (Puerta de Oro), refiriéndose a la entrada de la Bahía de San Francisco; y "The Land of Palms and Pines" (La Tierra de las

Palmas y Pinos), refiriéndose a Filipinas, son unos cuantos ejemplos de la genialidad americana sobre este respecto.

Pues bien, esta Catedral del Comercio se ha hecho construir por el Sr. Frank W. Woolworth no sólo para obtener de él provecho y lucro, sino también, como me aseguraban algunos americanos, para demostrar a los neoyorkinos que él era rico, millonario, pues parecía que no lo creían, porque se les hacía difícil convencerse de que se pudiera hacer millones de un negocio especial que él había establecido. Es un negocio *sui generis*. El único de su clase en todo el continente. Consiste en abrir establecimientos o tiendas para vender en ellos artículos de 5 y 10 centavos oro, en tal forma que no hay absolutamente nada en tales tiendas que valga más de cinco centavos o diez centavos oro. Y, sin embargo, hay una variedad ilimitada de objetos y artículos alli de venta. Se puede decir que alli podrá uno encontrar

cualquier cosa que necesite en su casa. Es realmente admirable. Hay que admitir que para esto se necesita talento y genio mercantil. Este buen señor ha puesto sencillamente en práctica aquel decir vulgar de "más vale muchos pocos que pocos muchos", Tiene unas 1,200 tiendas en toda América; cinco en la Ciudad de Nueva York solamente.

El turista que visita Nueva York podrá hacer caso omiso de las grandes catedrales, como el "St. Patrik", de los mejores museos como el "Metropolitan", de los hermosos parques, como el "Central" y "Bronx", de los gigantescos puentes como el "Brooklin" y el "Manhattan" que han costado 50 millones cada uno, de los monumentos, como el de Colón, soberbias estátuas, como el de la Libertad, edificios públicos como la Aduana de estilo Renacimiento francés, y Correos, que es el mejor de toda América, mercados públicos como el Fulton, arcos triunfales imponentes, como el

de Washington y el de las Joyas, todos los cuales por su mérito artístico y su costo fabuloso llaman poderosamente la atención; podrá pasar de largo por las plazas, como el "Madison" y el "Times", notables y únicas en todo el mundo por su fantástica iluminación por las noches que le hacen a uno rememorar los cuentos de las Mil y una Noches, pero no podrá menos de ver y admirar el Woolworth Building para contemplarlo a su sabor y sentiren su cumbre el vértigo de la altura, la locura del espacio o la emoción del infnito.

Así, pues, y comprendiéndolo perfectamente, volvimos al dia siguiente Paredes y yo, uniéndosenos nuestro respetable senador Sison, y una vez en el edificio, subimos al mirador que hay en lo más alto de la torre, a una altura de 750 pies, mediante pago de medio dollar. Uno que venía con nosotros en el ascensor "express" que nos elevó hasta el piso 40, sin parar, y a una velocidad que le deja a uno

casi sin respiración, nos dijo que al año subían más de cien mil personas a dicha torre, lo que representa un ingreso de más de cien mil pesos filipinos, producto sólo de la curiosidad. ¡Bonito negocio!

Desde este mirador se vé en toda su grandeza y magnificencia la Ciudad de Nueva York. Contemplando aquel vastísimo panorama en donde viven 6.000,000 de hombres con dos anchurosos rios que le sirven de marco y una extensa bahía de base, el espectador no puede menos de exclamar: !Todo es grande en Nueva York: grande la población: grande el tráfico; grande la cultura; grande la riqueza; grande la pobreza; grande el comercio; grande la niebla cuando la hay, grande todo...! No tendrán sus palacios, puentes y edificios el gusto artístico y la gracia de los de París, Roma y Berlin, pero, en cambio, son gigantescos, imponentes y sólidos como lo son su riqueza, política y gobierno, y colosales como lo son los cerebros privile-

giados de sus grandes capitanes de la industria y comercio.

Este edificio conocido en todo el mundo, y el que haya ido al "Ideal Roof" lo reconocerá enseguida en el más alto de todos los que aparecen en el telón que sirve de fondo al escenario que hay allí, se ha inaugurado en Abril de 1918, según inscripción que se vé en uno de sus salones. Dicen que la inauguración lo hizo el Presidente de los Estados Unidos desde el White House en Washington tocando un botoncito eléctrico que encendió de golpe unas 100,000 luces incandecentes que se habían instalado en todo el edificio, dentro y fuera, para dar brillantez a la fiesta, convirtiéndolo en un ascua de fuego. Fué una noche de la que guardarán hasta ahora grata memoria los que tuvieron la fortuna de presenciar la inauguración, y más los que disfrutaron de la distinción sin par de tomar parte en un banquete regio que se dió con motivo de la ocasión en que se sen-

taron como comensales grandes estadistas, encumbrados políticos, afamados artistas, comerciantes, banqueros, periodistas de fuste, etc., etc. Los nombres de estos afortunados caballeros aparecen en un album conmemorativo que se exhibe en la antesala del despacho particular de Mr. Woolworth.

Antes de llegar al mirador hay un piso en donde se venden a precios módicos objetos y curiosidades que tienen grabado una vista de esta Catedral del Comercio. Vienen a ser como unos interesántes *souvenirs* o recuerdos de la visita que uno ha hecho allí. Yo compré unos pañolitos de seda, una gorrita de cuero (juguete), una cenicera, dos servilleteros de plata un busto y un candelerito.

Desde aquel magnífico observatorio que se cubre de nubes algunas veces, según un guardian que allá vigila para que nadie haga uso de su kodak, o dibuje y pinte vistas, se ve hacia el Norte la portentosa metrópoli cuajada de casas que ya no parecen tan

altas ni tan majestuosas; hacia el Sur la hermosa bahía y puerto de Nueva York, con la estatua de la Libertad erigida en la Isla de Bedloe, y la Isla de Emigración en donde detienen a todos los emigrantes para un examen físico, económico y mental y para ver si cumplen con las leyes que hay sobre el particular en Estados Unidos; hacia el Este, el Long Island, los gigantescos puentes Brooklin, Manhattan y Queensboro que tienen una milla y media de largo cada uno y el inmenso Oceano Atlántico; y hacia el Oeste, el río Hudson en donde anclan los grandes acorazados de la poderosa escuadra norte-americana, y la extrema porción del Estado de New Jersey.

Viendo las calles, parecen unos enanitos los millares de peatones que van y vienen, y unos juguetitos los tranvías y automóviles. Viéndolo con el anteojo al revés se obtendría el mismo efecto, probablemente. Es algo que aturde, aturrulla, azora y conturba.

Después de gozar de aquel espectá-

culo tan singular, visitamos el soberano despacho del difunto Woolworth en el que reinan un lujo y una riqueza en muebles y mesas artísticamente talladas que asombran al que los vé. De la misma manera son los tapices y alfombras.

Un empleado del edificio nos dijo que alli tenían sus oficinas dos o tres bancos,—uno de ellos fué nuestro Banco Nacional, pero ya se ha trasladado a otro edificio,—de los más acreditados, y muchas grandes corporaciones y asociaciones, entre estas el de los comerciantes de Nueva York, y que como gerentes, funcionarios y empleados trabajan en ellas más de 12.000 personas: ¡una friolera!

Funcionan en el edificio unos treinta ascensores eléctricos, que se han hecho de tal manera que todo peligro de accidente está absolutamente eliminado. También funcionan más de 1,800 teléfonos. Vimos allí un restau. rant, una barbería, un tanque de natación, un taller de maquinaria para

las reparaciones que se necesiten, cajas de seguridad, etc., etc.

Dicen que la correspondencia que se recibe allí diariamente asciende a unos 7,000 cartas y paquetes, y que salen otros tantos, y que para la distribución de aquellas se requieren unos diez carteros. ¡Estupendo! ¡Simplemente estupendo!

NUEVA YORK, LA CIUDAD DE LOS TEATROS.—LOS ARTISTAS MEJOR PAGADOS DEL MUNDO.—LAS SIMPATICAS ACOMODADORAS.—LOS ABOMINABLES SALONES DE FUMAR.—NOMBRES DE LOS MEJORES Y MAS POPULARES COLISEOS DE NUEVA YORK.—LOS CABARETS.—FUNCIONES DE OPERA CLASICA EN EL "METROPOLITAN OPERA".—EL GRAN TENOR CARUSO.—LA FAMOSA PRIMA DONNA GERALDINE FARRAR.—LOS CINCO PISOS DEL "METROPOLITAN OPERA".—PRECIO DE PALCOS Y ABONOS.—EXCELENTE SISTEMA DE LLAMADA DE COCHES.—GEMELOS DE ALQUILER.—ELEGANCIA Y LUJO DE DAMAS Y CABALLEROS EN LA OPERA.—SILENCIO SEPULCRAL DURANTE LA FUNCION.

No creo que haya en el mundo ninguna otra ciudad que tenga más teatros que Nueva York. Unos cien tea-

tros *nada más* tiene. Se comprende que sea así, primero porque cuenta con muchos millones de habitantes; segundo, porque hay mucha gente rica allí, y tercero, porque hay muchísima afición al teatro entre los americanos.

Tampoco creo que haya ninguna otra ciudad que tenga mejores artistas que Nueva York, por la sencilla razón de que en ninguna parte pueden pagar los salarios casi fabulosos que pagan en dicha ciudad a los artistas.

Así, pues, el que sea aficionado al teatro estará en su elemento en esta famosa "Ciudad de las luces y las hermosas mujeres", como hemos dado en llamar a Nueva York.

Admitimos que sus teatros no tienen ese aspecto exterior tan precioso que se admira en los magníficos coliseos de Paris, Roma o Milan, cuyos teatros de Opera son universalmente reconocidos como los más artísticos y lujosos del mundo, pues los de Nueva York apenas si se les conoce que lo son como no sea por algún letrero de luces in-

candescentes colocado sobre la puerta. Pero, habrá que convenir en que por dentro son espaciosos y bien acondicionados tanto en lo que respecta a la distribución de las localidades como en lo referente a la acústica, y que el servicio de acomodadoras es insuperable. ¡Con qué gracia y solicitud sirven al público estas simpáticas acomodadoras! Lo único que no me ha gustado absolutamente nada, son sus salones de fumar en los pisos subterráneos en que por falta de ventilación se ahoga uno casi con el humo de los cigarros y cigarrillos que allí se estanca. ¡Qué abominables son!

La mayor parte—un ochenta por ciento—de los teatros de Nueva York está en los alrededores del concurridísimo "Times Square", que es una plaza situada en la unión de las calles Broadway, 42, y Avenida Septima. Desde la calle 38 al 50, colindando con el Broadway, están situados casi todos ellos. Los principales son "Astor", "Casino", "Criterion", "Eltinge",

"Gaiety", "Globe", "Grand Opera", "Hippodrome", "Metropolitan Opera", "Manhattan", "Morosco", "New Amsterdam", "Shubert", "Vandervilt", "Winter Garden" y "Nora Bayes".

Los cinematógrafos también están por aquí, siendo los principales: "Broadway", "Lincoln", "Rialto", "Rivoli", "Savoy" y "Strand".

De entre los teatros citados los más populares son "Metropolitan Opera", "Manhattan", ' Hippodrome" y "Winter Garden": y de los cines el "Rialto" y el "Strand".

Circos no hay más que uno, el famoso y colosal "Circo Barnum", del cual hablaré más adelante, porque es admirable bajo todos conceptos.

Además de los teatros hay muchos cabarets en los que se dan representaciones teatrales y *vaudevilles* que valen tanto, si no más, que los que se dan en aquellos. Entre ellos están el "Healy's Place", el Century Grove", el "Rectors", el "Pabst", el "Palais Royal" y otros que no conozco.

Las funciones en los cabarets empiezan ordinariamente a las once y media de la noche hora en que terminan las funciones en los teatros y óperas, que comienzan regularmente a las 7:15 p. m.

En el "Metropolitan Opera" estaba dando grandes funciones de ópera clásica una bien nutrida compañía compuesta de los mejores artistas y más eximios cantantes del mundo como Caruso, Geraldine Farrar, Margarita Matzenauer, Scotti, Hackett, Maria Barrientos, Lázaro y otros más que no recuerdo.

Durante nuestra estancia en Nueva York dieron "El Profeta", "Tosca", "Carmen", "Oberon"' "Madame Butterfly" y otros.

No he podido ir más que a cuatro funciones: dos por la noche y dos *matinées*. A un *matinée* llegué apenas comenzada la función y no había billetes más que para el "Standing Room". Me hice con uno, no obstante la molestia que supone el estar de pié cerca

de tres horas, por el gran interés que tenía de ver a la muy celebrada artista y cantatriz Geraldine Farrar, muy popular y conocida por nosotros en Manila como estrella de cinematógrafo, que hacia el papel principal en la deliciosa ópera "Madame Butterfly", su obra favorita, que, como todos saben, es una verdadera filigrana musical. En esta obra canta ella en italiano, en cambio en "Carmen", en donde también la he visto actuar de protagonista, canta en francés.

Al gran Caruso, el mejor y más famoso tener del universo entero hoy dia, le he visto y oido en "Le Prophéte" y "L'Elisir D'Amore", que son precisamente sus obras favoritas.

En la función de "El Profeta" estuve juntamente con Alunan, Singson, Sison Jakosalem, y Palma en un Grand Tier Box, (palcos de primera clase en el 2.o piso) que nos costó $60.00 dollars, a $10.00 dollars asiento, mejor dicho, que les ha costado a los miembros del Comité de Festejos en honor

de la Misión compuesto de prominentes y ricos personajes y comerciantes de Nueva York. En otro palco al lado estaban Paredes, Santos, Nieva, Earnshaw, Yangco y Gil.

La espectación, mejor dicho, el atractivo de esta función era el nombre de Caruso que aparecía en el programa. Es tal su popularidad y tantos sus devotos que en cuanto se anuncia una obra en que el sea protagonista, se puede decir que se inicia inmediatamente un pugilato por adquirir localidades. Una semana antes de la función ya no hay ni para el "Standing Room". Excuso decirles que los revendedores llegan a veces a despachar sus billetes a un precio veinte veces mayor, según me lo han asegurado.

Lo mismo casi pasa cuando anuncian alguna obra en que participe la gran diva Geraldine Farrar. Esta famosa "prima donna" es muy popular en toda América. Tiene admiradores por millones. Me atrevería a afirmar que tiene en cada americano y americana un ad-

mirador. Tanto entusiasmo y cariño por ella se explica, en primer lugar por su exquisito y delicado arte; en segundo lugar, por su suave y hermosísima voz de dulces y graciosas modulaciones; en tercer lugar, por su espléndida esbeltez y su preciosísimo rostro, y en cuarto lugar, por ser genuinamente americana, hija ilustre de la gran República de los Estados Unidos. Debe tenerse muy en cuenta esta última circunstancia, porque es muy cierto que hasta ahora no han brillado más que estrellas extranjeras en el firmamento de la gran ópera en América.

Caruso sigue poseyendo su envidiable voz de una potencia admirable y una dulzura inimitable. Oir a Caruso es un verdadero privilegio que uno debe agradecer a la Providencia.

Me han dicho que Caruso, a pesar de ser italiano, está encariñado de tal manera de Estados Unidos, y más concretamente de Nueva York, que no quiere ya representar en ninguna otra parte. Para mi ese cariño no es sino la con-

secuencia lógica del interés y del lucro, porque en ninguna otra parte del mundo pueden pagarle los fabulosos estipendios que recibe en Nueva York. Caruso es hoy millonario. ¡Y pensar que una garganta pueda ser un venero de riqueza!

He notado, sin embargo, que Caruso no tiene muy buenas tablas debido a su corpulencia; pero su voz lo suple todo.

He notado también allí que estos grandes cantantes no repiten nunca, aunque el público aplauda a rabiar. Todo lo más que hacen es salir al escenario cinco o seis veces, algunas hasta diez, y agradecer la ovación por medio de respetuosos y cariñosos saludos. Se me figura que entra en mucho el orgullo profesional en esto de no querer repetir. Ellos dirán: eso está bien para las estrellas, pero no para los astros de primera magnitud.

Este gran coliseo tiene cinco pisos. En el primero están los palcos mejores y más lujosos haciendo un semicírculo

en forma de herradura. Estos palcos están casi todos tomados para la temporada entera. Sus abonados son conocidos millonarios de Nueva York como los Vanderbilt, Peabody, Astor, Harriman, Curtis, Gary, Sloane, Sanford, Schwab y otros.

En el segundo están los palcos del "Grand Tier", algunos de los cuales están también abonados. El precio de abono es $1,380.00 dollars por cada palco de 6 asientos.

En el tercero están los que llaman "Stall Boxes" de cinco asientos.

En el cuarto ya no hay palcos, sino butacas que llaman "Balcony Chairs"; y en el quinto piso está lo que han designado con el nombre de "Círculo de Familia", cuyas sillas son las más baratas. Se me figura que desde aquella altura verían a Caruso del tamaño de un niño gordinflón de 13 ó 14 años.

En este Teatro he visto establecido un sistema de llamadas de coches de lo más ingenioso. Los dueños no tienen necesidad de agolparse en las en-

tradas. Pueden permanecer tranquilamente en el "foyer" o "lobby" y observar los números que van saliendo en guarismos incandecentes en un aparato que hay allí instalado, y en cuanto salga el suyo dirigirse inmediatamente a la puerta en la completa seguridad de que su coche está allí esperándole.

También tiene ascensores, salones de fumar, sala para señoras y un "Tea Room and Buffet".

El que quiera gemelos puede obtenerlos, mediante un módico alquiler, del encargado del "Coat Room". Yo pagué la insignificante cantidad de un cuarto de dollar por el que usé.

La elegancia y el lujo tanto de las damas como de los caballeros en la ópera es admirable. Ellas van con sus mejores trajes, ostentando hermosos escotes, y luciendo preciosas joyas en sus cuellos alabastrinos y sus mórbidos brazos. Ellos van de rigurosa etiqueta: frac y sombrero de copa lustroso. Y no se crea que sólo van así los de los

palcos, no, también van de ese modo los de las butacas. Se podría contar con los dedos los caballeros que van con cualquier otro traje que no sea el frac.

Durante la representación el silencio es tal que se podría oir el flébil suspiro de un mosquito enamorado desdeñado por su esquiva hembra. Es un silencio que se echa muy de menos en nuestros teatros en que, a lo mejor, en plena función entra uno o sale de su asiento metiendo ruido y taconeando de una manera desconsiderada. ¡Cuestión de educación! Lo más propio es no moverse del asiento, no hablar ni cuchichear, no toser ni mucho menos estornudar. Tampoco debe uno marcharse hasta que haya caido el telón, costumbre detestable que tienen muchos en Manila,

Me han asegurado que la empresa de este aristocrático Teatro de Opera recauda en abonos solamente la respetable cantidad de un millón y medio de dollars.

Es indiscutible que el artista que obtiene una contrata para cantar en este Coliseo es un artista que puede considerarse que ha llegado a la meta de sus aspiraciones. ¡Tal es el prestigio de esta institución!

LA GRAN ORQUESTA DEL "METROPOLITAN OPERA" DE NUEVA YORK.—LA CELEBRE CANTATRIZ MARIA BARRIENTOS CANTANDO UNA BARCAROLA CON ACOMPAÑAMIENTO DE DOS ARPAS.—EXIGENCIAS DE LOS GRANDES CANTANTES DE OPERA RESPECTO DE LOS DIRECTORES DE ORQUESTA. —EL "HIPPODROME": EL MAYOR TEATRO DEL MUNDO.—EN SU ESCENARIO SE EFECTUAN HASTA CARRERAS DE CUADRIGAS ROMANAS TIRADAS POR BRIOSOS CORCELES.—BELLE STORY, EL ALMA DE LA OBRA "EVERYTHING" QUE SE DA EN ESTE TEATRO.--MOLLIE KING, PROTAGONISTA DE LA OPERETA "GOOD MORNING, JUDGE" QUE SE REPRESENTABA EN EL TEATRO "SHUBERT" —EL CABARET "CENTURY GROVE" DONDE SE DIO UNA CENA DIGNA DE LUCULO Y HELIOGABALO POR NUESTRO QUERIDO GOBERNADOR GENERAL.—LAS BAILARI-

NAS DE ESTE ARISTOCRATICO CABARET.—ACTITUD RETADORA DE LAS ARTISTAS DE NUEVA YORK EN LAS TABLAS.-OBRAS TEATRALES QUE SE REPRESENTAN TODAS LAS NOCHES FOR MESES ENTEROS.—LAS ARTISTAS DEL "WINTER GARDEN" SON ESCOGIDAS—MISS VIRGINIA FISSINGER, ARTISTA EXTRAORDINARIAMENTE HERMOSA QUE TRABAJA EN LA OPERETA "MONTECRISTO, JR." QUE SE DABA EN "WINTER GARDEN".

La orquesta del "Metropolitan Opera" de Nueva York es, indudablemente, una de las mejores organizaciones musicales del mundo. La componen unos cien indivíduos, profesores todos en sus respectivos instrumentos. Creo que utilizan toda clase de instrumentos de música empezando por el monumental violón o contrabajo y acabando por el microscópico y diminuto flautín de 5 o 6 pulgadas de largo. He obser-

vado desde mi butaca en la fila 3.a, en una función a que asistí, que tienen una lira, dos arpas, una cítara y no sé si habría algún salterio de los que cita nuestro Rizal en su "Ultimo Adios".

Me acuerdo perfectamente, como si lo estuviera viendo y oyendo ahora mismo, de que un solo que cantó tan divinamente la eximia artista María Barrientos en "El Elixir de Amor" le acompañaban dos arpas solamente. Les aseguro que me llamó mucho la atención lo exquisito, fino y celestialmente armónico de aquella dulcísima barcarola con aquel acompañamiento tan original.

Los domingos y fiestas de precepto legal, esta famosa orquesta dá grandes conciertos musicales en este mismo teatro, en lugar de representar alguna ópera. Yo intenté ir una vez y me llevé un chasco, pues no conseguí adquirir una localidad decente. La culpa fué mia, pues creyendo que habría entradas de sobra, llegué algo rezagado, y, efectivamente, sobraban entra-

das, pero eran las del edificio.

Si no me equivoco, esta orquesta tiene lo menos media docena de directores. Me han dicho que estas famosas divas y divos son tan exigentes que por cada obra quieren que dirija la orquesta un determinado director de su gusto y selección. ¡Gajes del oficio! ¡Excentricidades artísticas!

El "Hippodrome" de Nueva York es, sin duda alguna, el teatro más grande del mundo, a juzgar per los siguientes datos: 1.o, que ocupa una manzana entera en la Sexta Avenida entre las calles 43 y 44; 2.o, que tiene capacidad para alojar a más de 5,200 espectadores, y 3.o, que tiene un escenario de 110 pies de fondo por 200 de ancho,—unas cinco veces más grande que el de la Opera House de Manila.

Este inmenso coliseo es notable por sus grandiosas representaciones espectaculares de muchísimo aparato tanto en telones, bambalinas, etc. como en instalaciones eléctricas, hidráulicas y demás.

Puedo asegurar, sin temor de equivocarme, que difícilmente habrá un turista que pase por Nueva York que no vaya a alguna función del "Hippodrome". Tal es su fama y popularidad. No hay visitante de alguna consideración que llegue a esta ciudad babilónica que no sea obsequiado por comisiones o indivíduos con una entrada para este teatro. Por eso el Comité de Festejos en honor de la Misión Filipina no podia menos de incluir en su programa una noche de teatro en el "Hippodrome". Y por eso mismo cuando el General Pershing retornó del campo de batalla triunfante y con un halo de gloria en la frente al igual que Radamés, célebre personaje de ópera, la misma noche de su llegada le llevaron al "Hippodrome" donde fué objeto de una ovación delirante al entrar en el palco presidencial al són de la marcha nacional.

Es tan grande el escenario de este coliseo que a veces salen hasta 500 personas, si no más, representando un

tumulto, una muchedumbre, o un pueblo. A veces salen 200 o 300 coristas cantando un coro sin que se oiga nunca una nota discordante. Otras veces representan un circo e instalan en el escenario una tolda de campaña y otros artefactos y luego desfilan por la escena elefantes, leones y otras fieras acabando, a lo mejor, con una carrera de cuadrigas romanas tiradas por briosos caballos que corren desesperadamente al rededor del entablado. Eso les dará una ligera idea de lo que es aquello.

Cuando fuimos, daban una obra llamada "Everything". Su nombre mismo da a entender que hay de todo. Efectivamente, por haber, hubo hasta cuadros vivos representando Chateau-Thiery de 1914 y Chateau-Thiery de de 1918.

Esta monumental y grandiosa obra tiene trece actos. El primero representa un circo; el segundo, una fábrica de juguetes; el tercero, los feroces árabes; el cuarto, el estudio de

un artista; el quinto, Francia antes y ahora el sexto, las playas del Atlantic City; el séptimo, la banda de los payasos y funámbulos de Tom Brown; el octavo, la tierra del romance; el noveno, París alegre; de los demás no guardo nota en mi memorandum.

El alma de la función era la bellísima artista Belle Story, muy conocida y muy popular en Nueva York.

En este teatro también hay "teafountain' y "buffet".

Al igual que en otros teatros hay en este un servicio especial para avisar a los médicos que estén entreteniéndose dentro. Cuando un médico espera una llamada, antes de entrar entrega su tarjeta al encargado de este servicio anotando en la misma el número y fila del asiento que vá a ocupar durante la función. En cuanto lo llaman, ya saben donde encontrarlo.

Las bailarinas de este teatro son notables por su gran número y por lo bonitas, angelicales, y bien fomadas que son.

En "New Amsterdam" estuve para ver "The Velvet Lady", una opereta nueva que ha gustado mucho. Tiene tres actos. En "Nora Bayes" daban una opereta titulada "Come Along". Tambien consta de tres actos. Las escenas tienen lugar en Alsacia. Es una obra más bien encaminada a exitar el patriotismo que otra cosa. En "Astor" daban "East is West".

En "Shubert" se representaba la graciosísima opéreta "Good Morning, Judge", muy popular y muy bien presentada. Despunta entre sus artistas principales la muy conocida Mollie King, que era el alma de la función. Los que hayan visto la película en series "Los Misterios de la Doble Cruz" recordarán perfectamente a esta linda artista que es idolatrada y admirada por los neoyorkinos. En dicha opereta trabajaba ella con su hermano Charlie que es, asimismo, tan popular como ella y tan buen actor. El número que más me ha gustado y al público también, a juzgar por la insistencia en

quererlo hacer repetir, es el duo de los dos hermanos en el canto, más bién, romanza llamado "I am so young and you are so beautiful".

Esta Mollie King es realmente encantadora, con una inflexión de voz tan quejumbrosa a veces y tan llena de gracia otras que seduce y deleita de veras.

Estos mismos hermanos Mollie y Charles, en cuanto termina la función en este teatro "Shubert", salen corriendo para el "Century Grove", un famoso cabaret de la *high life* de Nueva York frente al Central Park donde tuvo lugar la espléndida y luculana cena que nos ofreció nuestro querido Gobernador General, para representar allí un "vaudeville" de lo mejor que hay de su clase en Nueva York en compañía de unas 40 niñas de las mejores, de esas que dan el opio o el "hatchis" de que hablan las novelas de Dumas, padre.

Recuerdo que en este cabaret, cuando la mencionada cena de la que todos

guardamos tan grata memoria, por lo bien que se ha comido y bebido, abundando el espumoso champán y el exquisito sauterne que hacian las delicias de nuestro espíritu ya predispuesto a la alegría y el buen humor con la vista de tanta mujer elegante, algunas con ademanes cocotescos y otras con graciosa desenvoltura, salían las artistas vestidas de vampiresas, de avejas y flores, de perfumes, de estrellas, de modelos de pintores y escultores, y otras fantasías más, en los que lucían unas formas divinas y eurítmicas, y unos excéntricos vestidos, si se pueden llamar vestidos, unos trajes con escotes tremendos que enseñan de tal modo las espaldas, los brazos desnudos y el Panamá de los senos que encandilan y vuelven tarumba al espectador más apatico. En parecidos términos se han expresado algunos acreditados novelistas que han hecho mención honorífica de este cabaret en sus libros:

Estas artistas están tan convencidas de su belleza y hermosura que salen

a escena en actitud siempre retadora y un desenfado siempre triunfante y vencedor. No se nota en ellas dudas, acoquinamientos o temores. Estan seguras de que el arte triunfa con ellas Su dominio de las tablas es simplemente admirable. Asi son todas las artistas de Nueva York. Nada de mediocridades ni ramplonerías.

Las empresas son muy ricas y se hacen con mucho dinero, porque allí los teatros están siempre llenos de bote en bote. Hasta los pasillos detrás de las butacas se llenan de espectadores de pié. Por eso pueden pagar tan buenos artistas.

Allí se representa una obra tres o cuatro meses seguidos, todas las noches, como por ejemplo el "Montecristo, Jr" que se estaba dando en "Winter Garden" hacía ya unos cinco meses, y el "Everything" en el teatro "Hippodrome" hacia unos ocho meses y, sin embargo, dichos teatros estaban siempre llenos. Por eso pueden vivir y prosperar las empresas. En Manila

pongan ustedes tres veces una obra y a la tercera van cuatro gatos. La explicación está en la infinidad de gente que hay allá; en la gran población flotante que tiene Nueva York, calculada en más de un millón y medio constantemente; y, sobre todo, en que hay mucho dinero. No en vano Norte América es rica y es la acreedora de todo el mundo.

Las coristas hacen un papel importantísimo en éstas operetas y llaman la atención por lo perfectamente bien que cantan en coro. Absolutamente ninguna desentona. Cuando bailan, lo hacen tan rítmicamente que ninguna pierde el compás. Eso debe de ser el resultado no solamente de lo bueno que son como artistas, sino de lo bien ensayado de la obra. Buenos artistas y buen ensayo constituyen indudablemente el secreto del triunfo en los teatros. Se les ensaya tanto que acaban por unificarse con el papel que desempeñan, y se aprenden de memoria toda la obra en tal forma que no necesitan de apunta-

dores, de los cuales no se puede prescindir en otros paises. De ese modo, y dominando la situación, se presentan al público con seguridad y aplomo, y, desde luego, triunfan.

Además, sobre todo en ciertos teatros, como el "Winter Garden", los empresarios no se contentan con que sus artistas, tanto principales como coristas, sean buenos actores o actrices solamente, sino que deben ser al mismo tiempo hermosas ellas, y de agradable tipo tenoriesco ellos, de tal manera que cuando tengan que salir con finísima malla de seda desde las rodillas hasta el nacimiento de los senos,—cosa muy corriente allá,—se presenten tan bellas y sugestivas, luciendo las magníficas formas que la Naturaleza ha esculpido con su buril mágico, que llamen poderosamente la atención del inteligente auditorio.

En este mismo teatro sale una artista tan extraordinariamente preciosa que, desde palcos y butacas, una infinidad de hombres y mujeres dirigen sus gemelos hacia ella. Su hermosura

magnetiza y su rostro descuella sobre los demás rostros del escenario del mismo modo que en un escaparate una rosa fresca y perfumada descuella entre mil flores de tela o papel sin perfume, sin frescura y sin rocío. Parece una visión celeste, una de esas que, cual meteoros, cruzan el mundo de tarde en tarde.

Se me figura que este portento de belleza, de esa belleza que es la suprema armonía de las formas, se parece si no supera, a aquellos dechados de hermosura que con tanta galanura nos describen reputados literatos y estilistas en sus célebres novelas. Debe ser retrato de aquella célebre Calderona descrita en "Amores de Felipe IV", Isabel de Segura en "Amantes de Teruel", María en "Vivir es Amar", Inés en "Juan Tenorio", Isabel en "Isabel y Malek Adell", Julieta en "Romeo y Julieta", la Dama de las Camelias, Haydee del "Conde de Motecristo", y otras más protagonistas de novelas de fama mundial. Esta hermosísima mujer se llama Virginia Fissingir.

"Montecristo, Jr." es una opereta de gran aparato que requiere mucho personal y costoso *attrezo*. Viene a ser una cómica y funambulesca parodía del portentoso drama tan hábilmente descrito y desenvuelto por el famoso novelista Dumas en su gran obra "Conde de Montecristo". Por eso, en las diferentes escenas, salen Mercedes, Fernando, Danglars, Cadereuse, Haydee y Edmundo Dantés, conocidísimos personajes de la referida novela, y las decoraciones representan el puerto de Marsella; la prisión en el Castillo de If; las aguas cerca de este castillo; la isla de Montecristo; la cueva de las gemas y joyas; el baile de las joyas; el carnaval de Roma; el exterior de la casa de Mercedes y el Salón de Fiestas y Bailes de la misma.

Por regla general, las butacas en casi todos los teatros en que se representan operetas cuestan $2.50 dollars una. En las de ópera $6.00 dollars. Hay que añadir, sin embargo, a estos precios un impuesto de guerra que se ha estable-

cido en todo Estados Unidos, cuya cuantía importa, si no me equivoco, un diez por ciento. Resulta, pues, bastante costosa, en América la afición al teatro. No obstante eso, los teatros están siempre rebosantes. Cobren ustedes cinco o seis pesos por butaca en Manila, y les aseguro que nadie va.



CENA DADA POR EL MILLONARIO MR. LOWENSTEIN EN HEALY'S, UN FAMOSO CABARET.—MARTILLOS DE MADERA PARA METER RUIDO EN LOS CABARETS. LA FUNCION VAUDEVILLESCA DEL HEALY'S.—LA MUSICA DE LAS OPERETAS Y VAUDEVILLES DE NUEVA YORK.—RAREZAS DE LA MUSICA.—LOS CABARETS COMO SITIOS SANOS Y DECENTES DE DIVERSION Y ENTRETENIMIENTO. —VISITA A UN SALON DE BAILE DEL HAMPA NEOYORKINA.—VISITA A UN CEMENTERIO DE NUEVA YORK.

Otra cena que también dejó gratísimos recuerdos en nosotros por lo opípara y alegre ha sido la que dió el millonario Mr. Lowenstein, administrador general de la P. C. C. (Pacific Commercial Co.) en el cabaret llamado "Thomas Healy's" situado en Broadway, esquina calle 66. Este es otro cabaret a donde acude la *elité*, esto es,

la flor y nata de Nueva York. Durante la cena reinó la más franca cordialidad entre los americanos y filipinos que tuvieron la suerte de disfrutar de los sabrosos manjares y ricos vinos que se sirvieron. El salón estaba rebosante de mujeres y caballeros del gran mundo elegantemente vestidos, notándose entre aquellas alguna que otra *demi-mondaine* por su manera de mirar y reir y por los coloretes de la cara.

Por eso no era de extrañar que el entusiasmo llegara a su apogeo pronto y que al final de cada número del gran programa vaudevillesco el estruendo de los aplausos fuera tal que parecía que el edificio se venía abajo, y más, cuando con unos malletitos de madera que se facilitan a todos los comensales y espectadores, se martillearon los platos y los vasos con tanto frenesí que se produjo un ruido ensordecedor. Creo que en casi todos los cabarets hay de esos martillos, porque en el "Century Grove", en "Rector's" y en "Palais Royal" he visto gran copia de ellos.

La función de *varietés* que había en "Healy's" es de lo más original. Creo que no hay otra en el mundo. Todos los números del programa se representan sobre el hielo. El escenario semeja un salón de patinar, pero no de madera ni de cemento, sino de hielo verdadero.

Las artistas son todas lindísimas y hábiles patinadoras. Todo lo que uno puede imaginarse que se pueda hacer sobre aquel pavimento glacial es poco comparado con la realidad. Los bailes, saltos, piruetas, rodeos, evoluciones, figuras gimnásticas, rigodones, minuets y carreras vertiginosas sobre aquel piso tan resbaladizo se hacían con tanta gracia y primor por unas verdaderas maravillas del patín que no se sabía qué admirar más si la habilidad y el arte o los ligeros cuerpos y airosas cinturas de las ejecutantes.

La *premiere danseuse* era una legítima parisién que respondía al bonito nombre de Mlle. Dorée. Esta hija predilecta de Terpsícore hacía las delicias de todos nosotros cuando bailaba

sus bailes típicos de París. Ella es grácil; una muñequita rubia con una angelical sonrisa en su diminuta boca de labios rojos que era toda una incitación al beso. Se me antoja que esta encantadora bailarina es la novia espiritual de todos los públicos que se dan cita en este aristocrático cabaret.

"La reina del hielo" llamaban a otra artista que hizo verdaderas filigranas con el patín. Había que verla haciendo una infinidad de juegos de agilidad y habilidad sobre el hielo, y sobre todo, cuando salía girando vertiginosamente sobre sí misma como una verdadera peonza humana apoyada solamente en la puntita del patín de un pie. ¡Admirable!

Uno de los números del programa me acuerdo que representaba lo que una señora hace desde que se levanta hasta que se acuesta. En inglés decía: "What a lady does from morn 'til night". Lo representan varias artistas: la primera sale en pajamas: la segunda en traje finísimo de baño; la tercera

en traje de amazona; la cuarta en traje de compras; la quinta en traje de matinée; la sexta en traje de cenar; la séptima en traje de ópera; y la octava en bata de dormir.

Ya muy entrada la noche nos despedimos del caballeroso y espléndido Mr. Lowenstein muy agradecidos y reconocidos a su amabilidad sin límites y su galantería sin igual proporcionándonos una noche deliciosa, agradable e inolvidable. Compartieron con nosotros esta fiesta los digníſimos caballeros americanos señores Fairchild, White, Swift, Pardee, Harrison, Mc-Cullough y otros más cuyos nombres siento mucho no poder recordar.

En este cabaret, al igual que otros y lo mismo que ocurre en los teatros, encuentra uno indefectiblemente al salir un empleado que se encarga de vender fragmentos de la música de las obras que allí se han representado. Es, ciertamente, una medida muy práctica y que debe de rendir no pocas ganancias al negociante. Aprovechán-

dome de la comodidad, pues se ahorra uno la molestia de buscarlas en los almacenes, compré aquellas piezas que más me habían gustado.

La música de la opereta americana y de los vaudevilles es casi invariablemente alegre y retozona, sobre todo sus bailables como los valses y onesteps, una música que electriza las fibras y los nervios de los pies y que le da a uno ganas de coger una parejita y bailar hasta más no poder. Es una música que estereotipa el caracter americano, caracter alegre, despreocupado y muy predispuesto a la "juerga" después de haber terminado su tarea diaria, su brega por la vida o "struggle for life", que es la expresión más gráfica.

Pero la música tiene sus rarezas, la más alegre y vivaracha puede hacer llorar y la más tristibunda y elegiaca hace a lo mejor reir. Como tiene relación íntima con el alma y está telepáticamente enlazada con el corazón, la tristura o retozo depende, no de la

música en sí, sino del estado psicológico del que la oye. Así pasa que cuando toco ahora en el piano estas partes de operetas que en Nueva York tanto he celebrado y aplaudido lleno de entusiasmo y placer, una pena espiritual embarga mi sér, y en vez de goce me causa dolor, ese dolor y aflicción producidos indudablemente por el cambio de ambiente, porque esta música hace revivir en mi imaginación la policromía y la vida intensa de la Ciudad de Nueva York, añorándolo todo.

Algo así debe de pasarles a mis excelentes amigos Paredes y Alunan que me dicen que no pueden oir "Hindustan", pieza muy popular en toda América, sin entristecerse, y eso que se trata de un bailable travieso y cosquilleante.

Los cabarets de América no son como los que tenemos en Filipinas. Si bien es verdad que lo principal en ellos es el baile, hay muchos, sin embargo, sobre todo los buenos y aristocráticos de San Francisco y Nueva York en

que la gente no va precisamente para bailar sino para ver y disfrutar de las representaciones teatrales, vaudevilles o varietés que duran de dos a tres horas. En estos cabarets se baila después de la función. Repito lo que he dicho antes, y es que estas funciones son tan buenas sino mejores que las que se dan en los teatros.

Por eso acuden a dichos cabarets gente distinguida y respetable del mismo modo que si fuera a la Opera o a un teatro.

Además, no hay en ellos bailarinas de profesión con reputación más o menos dudosa. Generalmente van allí los maridables, los novios y los amigos para pasar un rato agradable viendo representar a artistas buenos, y a bailar después.

Es muy cierto lo que dice "La Vanguardia" en un editorial publicado en su número de Enero 26 de 1920 en lo que respecta a personas respetables de mediana y aún de madura edad que acuden a estos centros de diversión.

"En los Estados Unidos hemos tenido ocasión de observar este mismo hecho Hombres ya maduros son los que se entregan con fruición al baile en los cabarets y en los salones de baile en los grandes hoteles, acaso, porque sea el ejercicio más agradable que mejor se adapta a tales edades. Y por esta propensión con que los americanos toman el lado saludable de la alegría, llegan a viejos con un humor perfectamente equilibrado, erguidos como un tronco, siempre mirando arriba, hasta que el peso mismo indeclinable de los años les obliga a doblegarse lentamente hacia la tierra de donde han venido." Asi termina uno de los párrafos del editorial mencionado.

"Los cabarets no son malos porque se baile en ellos; son sitios de recreo como otro cualquiera", contináa "La Vanguardia", y yo le doy la razón, sobre todo cuando tales sitios se administran como en Estados Unidos.

Así se comprende que algunas fiestas en honor de los miembros de la

Misión Filipina en Nueva York se hayan dado en estos aristocráticos cabarets y que además de los miembros fuesen como invitados respetabilísimos caballeros y millonarios como Lowenstein, Pardee, Harrison y otros.

Queriendo tener idea de lo que son los salones de baile, a donde va la gente del hampa, esa gente que tiene todo el día puesta la gorra y las manos metidas en los bolsillos del pantalón para resguardarlas del frío, y a donde van mujeres de baja estofa dispuestas a todo, fuíme una noche a uno de ellos con mi amigo Oppiso, utilizando los servicios de un chauffeur público que, como todos ellos, conoce Nueva York al dedillo.

Efectivamente, y tal como yo me lo figuraba, encontramos allí mesas desvencijadas sin manteles, sin hule, sin brillo, sillas mugrientas, sirvientes con pantalón muy ceñido y "sweater", cuadros eróticos mal pintados, espejos con el azogue estropeado, y letreros anunciadores de hot-dog, whiskey, cerveza,

habichuelas con jamón, escritos a mano y con una ortografía detestable. Alli vimos toda clase de tipos desde el más estrafalario al más chulo. Todos y todas fumaban esos cigarrillos que de todo tienen menos de tabaco, arrojando bocanadas blanquecinas de humo con olor a paja quemada. En un escenario tosco y basto salía una bailarina haciendo contorsiones con el mayor descoco posible. Cuando el pianista tocaba algún *jazz one-step*, como movidos por un enorme resorte se levantaban todos a la vez, estiraban sin ceremonias a sus respectivas parejas y a bailar se ha dicho, si se puede llamar "bailar" ese movimiento de vaivén despojado absolutamente de todo arte, euritmia y gracejo.

Por más que al poco tiempo de estar sentados se permitieron enseguida familiaridades con nosotros algunas de aquellas prójimas, y a pesar de estar dispuestos a lo que pudiera venir, no nos atrevimos a invitar a ninguna de ellas a bailar temiendo que allí se ar-

mara inmediatamente una sarracina que nos dejara en mal lugar.

Salímos de aquel infierno donde se congregaba la hez y escoria de la comunidad y corriendo fuimos al automóvil que de propósito hicimos esperar fuera por lo que pudiera ocurrir. El chauffeur, muy solícito, nos preguntó si todo habia ido bien y se alegró de que así fuera, pues, según él, las camorras y reyertas se armaban allí de cinco en cinco minutos. De buenas, pues, nos habiamos librado, aunque no me arrepiento de haber ido a tal sitio, porque en él he tenido ocasión de ver una fase más de la vida neoyorkina, un nuevo aspecto de la sociedad de las grandes ciudades.

En mi afan de verlo todo, llegué un día hasta un cementerio, el mejor y más grande de la Ciudad de Nueva York, y os aseguro que no me he arrepentido de ello,—y eso que soy algo supersticioso,—pues allí he contemplado con respeto y veneración hermosos mausoleos, lindas estátuas y

severos panteones que infunden una especie de religioso pavor. Deambulando por los pasos y pasillos, en medio de aquel silencio realmente sepulcral, intensificado por el crepúsculo vespertino, mi alma se sobrecogía cuando llegaba a percibir el eco de mis pisadas, un triste eco, un sordo rumor, que hacía remontar mi imaginación al infinito pensando en los que allí dormían el sueño de la eternidad.

Otro medio de ver Nueva York por poco dinero y con bastante provecho es cogiendo un autubus de los muchos que hay para ese objeto y pasearse por toda la Ciudad, mejor dicho, por los sitios interesantes, en compañía de otros muchos, guiado por un experto conocedor de lo mejor que hay desperdigado por dichos sitios, quien durante el paseo, con megafono en la boca para poder ser oido mejor por todos, va diciendo los nombres de los edificios, los parques, los monumentos, las plazas, los palacios, hoteles, mansiones recidenciales de mi-

llonarios, arcos triunfales, fuentes, los barrios chinos, barrios italianos, barrios judios, etc. etc. haciendo un poco de historia de cada uno de ellos, y sazonándolo con alegres y chistosos comentarios suyos—que él dice siempre que son históricos—que causan a lo mejor una explosión de hilaridad entre la pequeña masa de curiosos reunida en el autubus.

Les aseguro que estos paseitos o *sightseeing*, como allá se llaman son muy instructivos, agradables y graciosos y el rato que se pasa es ciertamente muy placentero. Por la noche estos mismos coches se engalanan con unos farolillos japoneses y hacen su recorida generalmente por los barrios bajos, sobre todo el *chinatown* en donde se ven a los "celestes" haciendo la misma vida que hacen en su terruño



LOS CINEMATOGRAFOS DE NUEVA YORK.—LA POPULARIDAD DE CHAPLIN.—NOTICIAS CULMINANTES DEL DIA EN PELICULA.—LA GRAN ORQUESTA DEL CINE "RIALTO".—EL RESPETO AL DOMINGO.—NUEVA YORK, CIUDAD DOMINGUERA.—LA CATEDRAL "ST. PATRICK" DE LA QUINTA AVENIDA —UNA VISITA A LOS ESTUDIOS "VITAGRAPH CO" DE BROOKLIN.—COMO SE ENSAYAN LOS ARTISTAS ANTE LA CAMARA CINEMATOGRAFICA. — CORTESIAS Y ATENCIONES QUE NOS PRODIGARON SUS DIRECTORES Y ARTISTAS.—UNA VISITA AL CONEY ISLAND.—SUS HERMOSAS PLAYAS Y EMOCIONANTES PASATIEMPOS. —LA MEJOR Y MAS ECONOMICA MANERA DE IR A CONEY ISLAND.

Los cinematógrafos de Nueva York están construidos y acondicionados como los demás teatros. Los más populares y lujosos son los que están en las

cercanías del "Times Square". Entre ellos están el "Rivoli", "Rialto" y el "Strand".

También los "Cines" se llenan de bote en bote, sobre todo cuando se exhibe alguna película de Mary Pickford, Charlie Chaplin o Douglas Fairbanks. Una vez intenté ir al "Strand" donde salía Chaplin y tuve que desistir por no perder tiempo esperando media hora lo menos para llegar a la taquilla, pues la fila que se había formado era tan larga como desde nuestro Masonic Temple al puente España.

Una cosa muy buena que he visto en los "Cines" es la proyección de las noticias y tópicos más culminantes del día como un número de programa. El que no tenga tiempo de leer periódícos, estará, no obstante, al tanto de los sucesos de trascendencia mundial o local con sólo ir a un "Cine" cualquiera de estos, porque alli los leerá con toda sus letras. Es un plan, ciertamente, muy práctico al par que instructivo y educativo.

Otra cosa que he notado en estos cinematógrafos es el uso del armonium en vez del piano. No me ha parecido mala la innovación.

En el "Rialto" hay una orquesta tan buena y tan nutrida como la del Metropolitan Opera. De esta orquesta se valen para dar grandes conciertos allí mismo los domingos y días de fiesta.

Nueva York, a pesar de ser una ciudad cosmopolita, predispuesta, a la corrupción, teniendo en cuenta los grandes medios de que dispone la gente, guarda, sin embargo, un respeto muy grande al día Domingo. En esos días apenas si se puede ir a ninguna parte, pues los teatros na dan funciones ni de ópera ni de opereta, y hasta algunos cinematógrafos cierran sus puertas, no quedándole a uno más recurso que el de ir a teatritos de vaudeville. Gracias a estos magníficos conciertos de orquestas tan acreditadas como las de la "Metropolitan Opera" y del "Rialto", tiene el ciudadano neoyorkino donde pasar los domingos por la

noche un rato agradable. Cosa rara en una ciudad tan grande, pero Nueva York me parece una ciudad dominguera.

Las companas de las catedrales e iglesias suenan temprano los domingos invitando a los cristianos de todas denominaciones a asistir a los cultos religiosos. La gente acude a la llamada, y entonces se ve a las damas encopetadas con vestidos de seda y los señorones luciendo elegantes chaqués ir por las calles y avenidas, sobre todo la Quinta Avenida que es donde están las más aristocráticas iglesias.

Este apecto dominguero es mucho más notable en las grandes fiestas religiosas, como por ejemplo, el de la Pascua de Resurrección,—Easter Sunday como la llaman allá,—en que la mayor parte de las señoritas salen con vestido nuevo y sombrero flamante de colores algo claros propio de la estación primaveral, que parecen lucirlo con gran satisfacción, cansadas, como parecen estar, del tono negro predominante durante el invierno.



SANTOS, PAREDES Y ALTAVAS
EN NUEVA YORK.

Siguiendo tan excelente costumbre fuimos un Domingo Paredes, Santos y yo muy de tiros largos y chistera lustrosa a la Catedral de St. Patrick que es la mejor de Nueva York, según tengo entendido, cuando menos del credo católico apostólico romano, para oir misa. Es edificante el fervor religioso y espiritual devoción de los feligreses que allí oraban. Es algo que contrasta con lo que ordinariamente se ve en nuestras iglesias.

Después de misa nos apostamos en la acera para ver el desfile de tantas caras bonitas y tantos apuestos caballeros. Estando alli pasó y se acercó a nosotros nuestro querido Gobernador General con quien entablamos conversación. Nos dijo que es habitual en las clases alta y media de Nueva York salir ese dia para las iglesias poniéndose lo mejorcito que tienen, pues para ellos el Easter Sunday es un dia tan simpático como el de Pascua de Navidad.

Y ya que de cinematógrafos hemos

tratado, creo muy adecuado hablar aqui de una visita que hice a un estudio en donde los artistas ensayan y las películas se fabrican. Este estudio es el de la Vitagraph Co. que está en Brooklin.

Una visita a estos estudios, que vienen a ser unos santuarios del arte, es punto menos que imposible para uno cualquiera, pues me han asegurado que no admiten en ellos a nadie. Afortunadamente, mi gran amigo y compañero el abogado De Witt que estaba en Nueva York luciendo los galones de comandante del cuerpo de auditores de guerra del Ejército Nacional a quien manifesté mi deseo de ver uno de esos estudios tenía un amigo que era "manager" de la "Goldwin Film Distributing Co." (compañía distribuidora de películas) y a él nos dirigimos para obtener una carta de presentación para cualquiera empresa cinematográfica, y, efectivamente, dicho "manager", deferente y cortés, me proporcionó una enseguida para la "Vita-

graph Company".

Al día siguiente y en camino para Brooklin pasamos por la oficina que tiene en la Quinta Avenida la corporación "Newson & Company" para visitar a su "assistant manager" Mr. George T. Shoens, ex-superintendente de escuelas de Cápiz y Batangas, buen amigo mío de hace unos 20 años, de hecho el primer americano con quien trabé conocimiento y sincera amistad en Cápiz cuando hizo su entrada triunfal alli el general Hughes al frente de una brigada el año 1899, si mal no recuerdo.

Este buen señor, fiel siempre a su carácter lleno de bondad y cortesía, al enterarse de que íbamos a la Vitagraph Co., dispuso que Mr. Yawger, uno de sus empleados, residente y muy conocedor de Brooklin, nos acompañara.

Venia conmigo para esta excursión artística mi caro amigo Abad Santos, y en cuanto se puso a nuestra disposición aquel buen brookliniano, nos despedimos de Mr. Shoens muy agrade-

cidos, y tomando el automóvil que esperaba en la puerta nos dirigimos al otro lado del río (East River), cruzando el gigantesco y monumental puente de Brooklin.

Nuestro simpático guía, que resultó ser hijo de familia pudiente y que era afortunado dueño de un hermoso Cadillac, propuso que dejáremos el automóvil que alquilábamos para utilizar el suyo. Mr. Yawger. sin perder tiempo, nos llevó a un edificio que sirve de "garage", mejor dicho, depósito de automóviles pertenecientes a personas que no tienen donde guardarlos en sus casas, subimos al cuarto piso y de allí bajamos bien acomodados en el automóvil por medio de un ascensor hecho *ad hoc.*

La "Vitagraph Co." está situeda en un extremo de la ciudad de Brooklin. Para ir allá se cruza casi toda la ciudad, pasando por un parque inmenso cuidado con mucho esmero. Las calles están en mejores condiciones que las de Nueva York. ¡Qué delicia ir en automóvil por ellas sin sentir el menor

traqueteo! ¡Qué diferencia de las de Manila que están detestables!

El "manager" a quien entregamos la carta nos recibió con esa amabilidad y cordura características de todo americano bien nacido y dispuso inmediatamente que su secretario nos acompañara por todos los departamentos del gran edificio.

Allí vimos todo el proceso de la fabricación de películas y examinamos todos los aparatos, instrumentos, casas, coches, carrozas, chozas, etc. etc., que sirven de escena para tal o cual representación.

Cinco estudios funcionaban. Cada uno con su director artístico y director escénico.

Observamos que los artistas durante la representación o ensayo mientras la Cámara funciona delante de ellos hablan de la misma manera que si estuvieran representando una opereta o comedia hablada. No es todo cuestión de gesticular y moverse sin proferir una palabra. Hablan y gritan o cuchi-

chean, y cuando se enfadan dicen frases fuertes y duras, según sea el caso. Al principio se creía que estos artistas no decían una palabra y que lo suplía todo la mímica. De ahí la naturalidad tan grande con que ellos representan sus papeles respectivos.

Observamos también que cada escena la repiten cuatro o cinco veces para luego, al revelarse la placa. recortar y escoger la que mejor haya salido, según nos dijeron. Así se comprende que estén tan bien hechas estas películas.

Notamos, asimismo. que tanto ellos como ellas se pintan la cara exactamente igual que hacen los artistas que actúan en los escenarios de los teatros, por más que el color tiene cierta tendencia al violeta,

La profusión de luces de proyección y potentes reflectores es grande y todos de un color fuerte de violeta, que es, según ellos, el mejor para que la reproducción sea buena y perfecta.

Es director de uno de estos estudios

Mr. Ralph Ince, que tiene reputación de ser uno de los mejores, según he leido en los "Motion Picture Magazines". Es un caballero fino y amable que guardó con nosotros todo género de cortesías y atenciones, yendo tan bien recomendados como fuímos, hasta el punto de suspender por un cuarto de hora lo menos el ensayo para presentarnos a los artistas principales. Ellos son Kenneth, Baggot y Moore y ellas Corinne Griffith, Gladys Leslie, Alice Joyce y Jean Paige. Saludamos cordialmente a aquéllos; besamos ceremoniosamente las blancas manos de cutis fino como la seda de estas simpáticas estrellas del arte cinematográfico siguiendo la costumbre en boga entre gente de teatro, y luego conversamos con ellas un poco.

Estas artistas, que nos parecen hermosísimas reflejadas en el blanco lienzo de los cinematógrafos, resultan aún más hermosas vistas de cerca a la distancia de un pie. Luego, tienen una inflexión de voz cuando hablan, tan

perfectamente estudiada y cultivada, que cautivan y atraen todas las simpatías del que las trata. Difícilmente se puede olvidar la impresión que en uno causa la tierna languidez o la picaresca vivacidad de las miradas de aquellos ojazos de color celeste y las sonrisas de aquellas boquitas angelicales que prometen un mundo de venturas. Pero lo que más encanta y fascina en ellas es su trato fino, delicado y esmerado, un trato revelador de una exquisita educación, un trato amablemente felino. Son, en verdad, admirables.

Después de estar cerca de tres horas en aquel templo del arte entreteniéndonos, curioseándolo todo y presenciando los diferentes dramas y comedias que se ensayaban en cada estudio, nos despedimos del "general manager" con palabras de gratitud por su amabilidad, y nos dirigimos a Coney Island, que está cerca.

Coney Island ha dejado de ser una isla, porque el riachuelo que lo sepa-

raba del continente ha desaparecido. Lo han terraplenado. Subsiste todavía, sin embargo, el puente que antaño ponía en comunicación ambas partes. Siguen llamándola, no obstante, Coney Island, porque así se la conoce en el mundo entero.

Coney Island es famosa por las límpidas aguas esmeraldinas que la circundan y por sus playas bien aseadas, de arena fina y reluciente. Las bañistas más hermosas del país acuden allí para refrescar sus carnes nadando sobre la tersa superficie del mar, o bien para sentarse cabe el agua a fin de sentir en los pies la húmeda caricia de las suaves ondas que rizan el manto cerúleo del envidiado Neptuno, que tiene la extraordinaria y envidiable facultad de ceñir a todas ellas en un solo abrazo, o bien para pasearse o corretear por la playa con el fin estético de lucir sus formas venustas y esculturales.

Es también famosa, porque es el asiento de un eterno carnaval a donde

se va para divertirse y pasar un rato agradable, viendo y admirando variados espectáculos y sintiendo toda la gama de sensaciones y emociones que producen los innumerables aparatos, artefactos e invencíones a cual más ingenioso que se han construido e instalado en dicho sitio. De entre los muchos parques que hay alli visitamos el más grande y más conocido, el "Luna Park", que es tan grande como toda la Ciudad del Carnaval en Manila.

La mejor y más económica forma de ir a Coney Island consiste en utilizar el tranvía subterráneo (subway) que recientemente se ha construido. Se llega más pronto que en automóvil.



EL FAMOSO CIRCO BARNUM DE NUEVA YORK.—SUS INTERESANTES FUNCIONES.—SU "MENAGERIE".—COLECCION DE LEONES, TIGRES, ELEFANTES Y FOCAS.—LOS TABLADOS.—LOS CLOWNS.—PRODIGIOS DE EQUILIBRIO Y DESTREZA.—UNA ORQUESTA DE PAQUIDERMOS Y ANFIBIOS QUE TOCAN FOX-TROT.—CARRERA DE MONOS Y PERROS.—TEMERARIOS GIMNASTAS QUE DESAFIAN LAS LEYES DE LA GRAVEDAD EN SUS VUELOS POR EL ESPACIO.—ESCULTURAS VIVIENTES.—LA VENUS DE MILO.

El turista que pase por la Ciudad de Nueva York y no vaya siquiera una vez al Circo Barnum, no puede decir que ha visto lo mejor de Nueva York, aún cnando haya disfrutado de las magníficas audiciones de la "Metropolitan Opera"; se haya paseado por sus avenidas y parques; se haya divertido en sus alegres cabarets; haya visitado su

"Metropolitan Museum", y haya subido a la torre del "Woolworth Building" para contemplar el espléndido panorama de una ciudad inmensamente grande y rica.

El circo Barnum es único en el mundo. No hay nada que pueda igualársele. Su fama ha traspuesto los límites del continente y se le conoce en todas las partes del globo. Mucho antes de verlo, el que sea aficionado a leer novelas y libros, tiene conocimiento de él por haber leido en ellos prolijas descripciones del mismo, pues no hay autor, novelista o escritor que no haga mención de él en cuanto tiene ocasión de hablar de circos. Todos convienen en que es el mejor.

Este circo está situado frente al "Madison Square". Es muy fácil buscarlo, porque al llegar a dicha plaza se ve enseguida un letrero muy grande de luces incandescentes que dice: CIRCUS.

Da dos funciones todos los días, menos los domingos, una a las dos y cuarto de la tarde, y otra a las ocho y cuarto

de la noche. La función de la tarde es exactamente la misma que la de la noche.

Una hora antes de cada función se abren las puertas del gran circo para que los que tengan billetes para la función puedan entrar y ver la *menagerie* donde se encuentra toda clase de animales entre fieras y domésticos.

Es admirable la colección de leones, tigres, elefantes, cebras, osos, jirafas, focas, caballos, monos y perros. De estos animales hay por docenas, tres o cuatro lo menos. En cambio, de hipopótamos, panteras, leopardos y rinocerontes tienen solamente uno o dos ejemplares.

La vista sólo de estas fieras, a las que uno puede contemplar a su sabor a distancia de un metro escaso, me parece más que suficiente para dejar a uno satisfecho y dar por bien gastado y pagado el billete de entrada para la función.

El anfiteatro es de forma oblonga. Tiene cinco grandes círculos en medio

que vienen a ser los escenarios o tablados donde tienen lugar a la vez las representaciones. Cada uno tiene a lo mejor distinta representación. Algunas veces es la misma en todos. Por eso el espectador se vuelve tarumba; se aturde, porque en su afán de quererlo ver todo, no sabe a qué escenario convertir sus miradas, y el resultado es que sale de la función medio satisfecho solamente, porque no ha visto más que a medias las distintas representaciones en cada círculo o tablado.

La solución mejor es ir cinco veces al circo y dedicarse cada vez a prestar atención y ver solamente lo que se hace y representa en un escenario.

Hay, sin embargo, ciertos números del programa que se desarrollan en la ancha arena que hay alrededor de estos tablados, en cuyo caso el espectador puede verlo todo cómodamente donde quiera que esté.

Estos números son, generalmente, exhibiciones de raras habilidades de equitación; carreras de carros romanos

de uno, dos, tres, hasta cuatro caballos cada uno, que corren a una velocidad vertiginosa, increible en un recinto relativamente pequeño para esas cosas; grandes paradas en que toma parte todo el personal masculino y femenino del circo, ellos a caballo, y ellas en magníficas carrozas donde lucen la peregrina belleza de sus rostros y la plasticidad de sus formas venusinas, y desfile de personajes que son ejemplares rarísimos de casos teratológicos humanos, unos muy altos, como gigantes, otros muy pequeños y bajos como los gnomos de los cuentos de hadas, presentando algunos de ellos deformidades y extravagancias tales que parece increible que puedan existir y se puedan llamar seres humanos.

Los *clowns* o payasos forman legión, y hacen gracias y payasadas a cual más original que hacen desternillar de risa al público entero.

Los números del programa que más me impresionaron y de los que guardo alguna memoria fueron las siguientes:

Una exhibición por una joven y hermosa artista, quien amazona arrogante sobre un magnifico corcel sin silla, hacía ejercicios de destreza y habilidad tan notables y difíciles que producian la admiración en todos. Era tanta su seguridad sobre el lomo del noble bruto que, no obstante unos saltos mortales entre toda clase de obstáculos para ella y el caballo, no perdía nunca el equilibrio, manteniéndose siempre de pié y triunfante

Otra artista hizo, asimismo, prodigios de equilibrio sobre un alambre. Digo grodigios, porque parece increible que haciendo las piruetas que hizo no diera un paso en falso y se estrellara en el pavimento arenoso para no volver a levantarse tal vez, pues el alambre estaba a una altura de unos 30 pies.

Merecen especial mención unos artistas elefantes y focas que bajo la dirección de su domador jugaban a la pelota que iba del uno al otro sin caer nunca al suelo. Después se les daba a cada uno un instrumento musical, y a su modo

y manera se ponían a tocar un trocito de alguna música popular, sin que ninguno desentonase. Esto nos admiró mas que nada, pues parece mentira que se pueda educar a estos animales que parecen ser los menos filarmonicos de entre los miembros de la gran familia de paquidermos y anfibios, para tocar precisamente un instrumento musical dándole el tono y la nota adecuados.

También llaman la atención unos monos que salen montados y guiando unos caballos que corren desenfrenadamente dando una vuelta entera a la pista. Luego salen unos perros ingleses compitiendo con otros americanos en una carrera de gran velocida.

Los ejercicios de trapecio a una altura de unos 50 pies ejecutados por los mejores gimnastas de la compañía, entre hombres y mujeres, en los que se pone en juego la mayor suma de destreza, cuidado, exactitud matemática y valor rayano en verdadera temeridad porque van volando por los aires saltando de un trapecio a otro que está a una altura

mayor donde el acróbata es cogido por otro ora en los pies, ora en las manos, o bien cogiendo él mismo otro trapecio que un compañero le envía desde un extremo con una puntualidad tal que si llega un segundo después significaría la caida del artista y probablemente una muerte segura, son de lo más pasmoso y estupefaciente que puede haber en el mundo. Es tal la habilidad de estos ejecutantes que parecen desconocer en absoluto el miedo, desafiando las leyes de la gravedad en sus vuelos por el espacio.

Otro número muy agradable por cierto a la vista, es la *fabricación* casi instantánea de esculturas vivientes que tiene lugar en unos grandes pedestales redondos y giratorios que aparecen cerrados por medio de un telón circular el cual se levanta cuatro o cinco veces dejando ver cada vez un distinto grupo escultural formado por caballos y perros de las mejores razas, de color blanco como la nieve, y por una o dos mujeres de formas divinas, representando

ó imitando famosas divinidades de la antigua mitología y de alguna que otra de la presente era artística. En un cuadro de estos triunfó soberanamente en toda su magnifica plasticidad una artista que representó a Venus de Milo. Me acuerdo de que el programa decia de esta gentil "vampiresa" que era conocida en toda Europa como la Venus más perfecta. Creo que tiene razón y, si no, que lo digan mis excelentes compañeros Aunario, Reyes y Cuyugan que venian conmigo en esta función, quienes para no perder el más mínimo detalle, dejaron de parpadear por espacio de cinco minutos lo menos. ¡Valía la pena!



LA DESPEDIDA DE NUEVA YORK.—EL TIMES SQUARE DE NUEVA YORK.—LA CIUDAD DE BUFFALO.—LA GRAN OBRA DE LA NATURALEZA.—UNA DE LAS OCHO MARAVILLAS DEL MUNDO: ¡LAS CATARATAS DEL NIAGARA! —LOS APUROS DE UNA "CHAUFFEUSE".— UNA NEVADA IMPERTINENTE.

Serían cerca de la una de la medianoche del 23 de Abril, cuando uno tras otro llegaban a la Grand Central Station de Nueva York Aunario, Varona, Paredes, Alunan, Gil, La O, Escueta y el cronista, para acomodarse en los coches Pullman con destino a Buffalo, hermosa ciudad americana situada cabe el lago Erie

Como quiera que ya no volveríamos a Nueva York, pues de Buffalo seguiríamcs el camino hasta Vancouver para coger allí el "Empress of Asia" que nos devolvería al patrio lar, la despedida, tanto en el Hotel Pennsylva-

nia en donde hemos estado regiamente alojados durante nuestra estancia en aquella magnífica ciudad do las luces y de las hermosas mujeres, como en la Estación, fué de lo más afectuoso por parte de los otros compañeros que se quedaban por gusto o por obligación, asi como de las amistades que allí habíamos contraido, quienes, entre apretones cariñosos de manos y cordiales abrazos, nos deseaban todo género de felicidades en otro viaje y en vez de los tristes *good byes* nos decían *au revoir*.

En el fumador del tren, antes de meternos en nuestras respectivas literas inferiores (lower berths) nos reunimos sin previa convocatoria y allí cambiamos impresiones. Aunario nos hablaba del famoso Circo Barnum a donde fué en compañía de Reyes y el que suscribe, quedando encantado de aquella gran organización en donde no se sabía qué admirar más si la habilidad de los hombres o la de los animales ejecutando maravillas en todos

los aparatos gimnásticos y ecuestres que pudieron haber inventado los directores para dejar estupefactos a los espectadores. Hizo, sin embargo, especial mención de un cuadro vivo, mejor dicho, una escultura viva que representaba a la belleza en forma de Venus dominando a la Fuerza representada por magníficos caballos de nitida blancura que se mantenían boca arriba inmóviles, al parecer sujetos férreamente por la presión del pié de la hermosa diosa. Aunario no sabia qué ver, según él, si las hermosas formas del Caballo o las de la artista en traje de Venus.

Alunan nos hablaba del Times Square en donde un turista, según él, se queda turulato a eso de la medianoche haciendo milagros para no atropellar al numeroso gentío que hay en aquella plaza y sus alrededores, sobre todo por la parte del Broadway, o ser atropellado, pues es tal la muchedumbre que se llenan materialmente las aceras anchas de las calles y la menor distracción puede causar o un estropicio en uno mismo

o un choque desagradable si ha sido contra un gigante americano, o agradable si lo fué contra una neoyorkina de esas que deambulan tarareando el último vals que se les ha pagado en el oido de alguna opereta al salir de algun teatro de los muchísimos que hay cerca del referido Times Square.

Paredes se hacía lenguas de la grandiosa iluminación que hay por estos mismos sitios en donde se ven instalaciones eléctricas que no solamente producen claridad que compite casi con la de los rayos solares, sino que alegran al transeunte o trasnochador porque, están hechas en tal forma que se ven como si fuesen seres luminosos movientes bailando o haciendo piruetas.

Después nos estuvo hablando de otras cosas que ha visto y admirado, pero, como ya era la hora de dar con nuestros cansados huesos en la cama, dejamos de prestarle gran atención y, uno tras otro, requiriendo gabán y castorillo, nos encaminamos a nuestros

lechos esperando dormir tranquilamente al arrullo del bondadoso Morfeo que nos tuvo tan abandonados y olvidados durante todo el tiempo quo estuvimos en Nueva York, la ciudad de las luces y de las hermosas mujeres.

Al amanecer despertamos casi en Buffalo, y a las pocos minutos desembarcamos yendo directamente al Hotel Buffalo de la misma organización que el Pennsylvania, esto es, Startler Hotel.

Del hotel salimos en un automóvil bien cerrado, pues hacía un frío helante, camino de la ciudad de Niágara, a donde llegamos después de cerca de dos horas, en vez de una escasa, por una pequeña avería que sufrimos en uno de los pneumáticos. La avería pudo haberse arreglado en cinco minutos si no fuera porque tuvimos la desgracia o fortuna de habérnoslas con un chofer con faldas que no sabía cómo salvar el desperfecto porque su señor marido le habrá enseñado tal vez de todo menos de colocar una rueda en un automóvil, y no había

tenido siquiera la precaución de llevarse un gato que es esencialísimo en un viaje de unas 30 millas, pues sin gato no es posible levantar un coche. Gracias a la mundología de Paredes conseguimos mediante unos cuantos dollars de propina a un chofer que pasaba por allí que nos arreglara la goma y nos sacara del dichoso atolladero aquel. Lo peor no era precisamente el desperfecto, sino una copiosa nevada que empezó a caer y un cruel cierzo que soplaba, y como teniamos que apearnos necesariamente del coche porque de otro modo no se le podía levantar, hubimos de aguantar un frío intenso que helaba los pies, las manos, las orejas. la nariz y demás extremidades, siendo en vano el sobretodo, los guantes y demás prendas que se han hecho para impedirlo.

En cuanto llegamos a la Ciudad de Niágara fuimos sin demora alguna a ver las célebres cataratas.

Nuestra creencia era que sólo había una, pero resulta que hay varias a

cual más hermosa. Describir esta obra magnífica de la Naturaleza sería ardua tarea propia solamente de grandes literatos y poetas que tienen el raro privilegio de poseer un léxico superabundante y una inagotable fuente de expresiones, frases y verbos elegantes, sonoros y expresivos. Rudamente podríamos pintar esta maravilla, que en su infinita bondad plugo al Gran Arquitecto conceder al hombre para mantener viva su fé y su creencia en un Sér Supremo que rige los destinos del mundo, diciendo que es todo un inmenso lago de agua que corre precipitadamente, vertiginosamente, y que cae toda ella, formando una sola masa, sobre otro lago que está a más de mil pies abajo, produciendo un ruido formidable que ensordece y aturde, haciendo torbellinos huracanados con fuerza de veinte mil caballos y levantando espumas microscópicas que se convierten un una especie de nebulosidad que a primera vista causa la impresión de una tenue llovizna. Todo esto en me-

dio de un escenario magnífico, anchuroso, descubierto por todos lados, y con diques, puentes y otras comodidades hechos por el hombre para poder gozar mejor de la vista de todo el grandioso panorama, puede dar una ligera idea al lector de lo que son las Cataratas de Niágara.

Nuesta visita alli no pudo prolongarse tanto como queríamos con harto sentimiento nuestro, porque la nevada y el cierzo nos molestaban desconsideradamente y no hubo mas remedio que desistir y volver, aparte de que, humanos al fin, nos dejamos vencer por los apremios del estómago que exigía a voz en grito se le pagase el debido tributo, pues no en vano eran cerca de las dos de la tarde.

Asi pues, nos encaminamos hacia un restaurant que había por allí, en donde, afortunadamente, encontramos la estufa repleta de leños encendidos y crepitantes, y arrebatiñas nos situamos lo más cerca posible del fuego para darnos calor,—que tanta falta nos hacía,

—pues estabamos tiritando de frío, sobre todo mi gran amigo Varona que para calentarse llegó al extremo de meter los zapatos en la llama y no los sacó hasta que empezaron a arder las suelas y los tacones. !Cómo estaría de frío el único célibe que iba con nosotros en la excursión!

Mientras el fuego del hogar devolvía el calor a nuestro cuerpo, la mesa se preparaba, y los platos y los cubiertos y los riquísimos potajes que habíamos escogido de un menú que nos presentaron. Después de listo todo, dimos buena cuenta del cocktail de ostras, de otro cocktail de cangrejo, unos buenos huevos frescos pasados por agua, unos excelentes pescados cogidos en el río Niágara, vivitos y coleando, un suculento beefsteak bien sazonado con mostaza, pimienta y otros ingredientes *ejusdem generis*, y después postres a granel, todo bien remojado en generosos vinos y *creme de mint.* Como siempre, el tema de la conversación durante la comida era Nueva York, la

ciudad de las luces y de las hermosas mujeres (no olvidarse del estribillo). Un banquete digno de Lúculo y Heliogábalo.

El viaje de regreso a Búffalo fué más feliz, sin incidentes y sin tanto frío, por lo que pudimos disfrutar cómodamente del paisaje así como de la hermosa carretera, toda ella de baldosa y cemento.

Llegamos al hotel, pagamos regiamente a la simpática "chauffeuse", le dimos una gruesa propina que le dejó embobada por unos segundos, y a descansar, que la brega había sido de primera.



DE NIAGARA A VANCOUVER AL TRAVES DEL CANADA.—CANADA, PAIS DE LAGOS Y RIOS HELADOS. —VISITA AL PREMIER DE ONTARIO.—PANORAMA DE LAS MONTAÑAS ROCOSAS.—"EL MEJOR HOTEL SIEMPRE".—EL SERVICIO DE TRENES CANADIENSES.—LAS INICIALES C. P. R.—LA MUJER CANADIENSE.—UNA DELICIOSA MERIENDA EN VANCOUVER.

La impresión que dejó en nosotros la magnificencia y esplendidez de las aguas que precipitada, vertiginosa y compactamente caían de una altura de mil pies, dando a Niágara un renombre mundial e incomparable, nos sumió en un mar de cavilaciones y consideraciones sobre lo que es y puede ser ese elemento tan común, tan vulgar, llamado agua, pues asi como, al parecer, su primitiva y originalísima propiedad ha sido solamente la de calmar la sed del animal, vemos, sin embargo, que sin ella no funcionaría ninguna

máquina en el mundo de esas que nos sirven para cruzar los mares, los continentes, los espacios aéreos y las profundidades de los océanos; sin ella el fuego sería señor absoluto doquiera sentase sus reales; sin ella no habría esos cuadros que horripilan cuando, desatando su furía infernal en los inmensos piélagos, se traga sin piedad grandes embarcaciones que cual palacios flotantes se deslizan majestuosamente sobre la superficie de los mares, llenos de seres humanos que encuentran su trágico fin en medio de una desesperación indescriptible sin que les valga nada para deshacer las fieras montañas de agua que parecen querer aniquilar el mundo entero; sin ella no gozaría la mujer de esas horas deliciosas pasadas en el baño en los días caniculares tanto más ardientes cuanto más tropicales; y sin ella no disfrutaría el hombre de esos grandiosos espectáculos que en Niágara de Nueva York, Nunobiki de Kobe y Pagsanhan de la Laguna nos ha brindado la pródiga Naturaleza.

Una vez de vuelta en Buffalo nos hospedamos por unas horas en el mejor hotel en espera de la marcha del tren para Toronto, ciudad de Canadá, en donde había que transbordar para continuar el viaje hasta Vancouver.

Una hora escasa de salir de Buffalo, al otro lado del río Niágara, que viene a ser el límite divisorio entre Estados Unidos de América del Norte y el Dominio de Canadá, se inspeccionan los equipajes y los pasaportes de los viajeros por unos carabineros canadienses que, por cierto, lo hacen con la mayor cortesía y haciendo la vista gorda a todo. Después pasamos por Hamilton, otra ciudad de Canadá, y después llegamos a Toronto. Aqui desembarcamos y nos encaminamos hacia el mejor hotel, el "King Edward Hotel" en donde pernoctamos. Este hotel estaba tan lleno que a duras penas conseguimos habitaciones para todos. Paredes, Alunan y el cronista tuvimos que contentarnos con dormir en un saloncito que sirve en algunas

ocasiones para banquetes pequeños. Este saloncito daba a una pequeña azotea que amaneció llena completamente de nieve, pues estuvo nevando toda la noche. Dormimos tranquilamente, bien acurrucaditos en nuestras camas qne allí se trajeron expresamente, pues el frío nos helaba hasta los huesos, y a la mañana siguiente tempranito arreglamos nuestro pasaje en las oficinas de la Canadian Pacific Railway.

Arreglado el pasaje, tomamos un automóvil Paredes, Alunan y yo, y recorrimos casi toda la Ciudad, viendo y admirando lo mejor que tiene.

Visitamos al Premier en su despacho oficial en el Parlamento quien, muy caballeroso y cortés, nos recibió con mucha amabilidad. Durante una breve conversación con él se habló de sistemas de gobierno, de legislatura y demás actividades políticas tanto de Filipinas como de Canadá, haciendo. como es costumbre, comparaciones.

Visitamos la Universidad, el jardín geológico que contiene buenos ejem-

plares de fieras y otros animales, y otros edificios importantes de prisa y corriendo, pues el tiempo urgía.

Esta ciudad es mucho más cononida desde que despuntó como estrella de primera magnitud, sin igual y sin rival, la bellísima Mary Pickford, del arte cinematográfico, quien vió la luz por primera vez en Toronto.

Desde aquí está el turista prácticamente, en las garras de esa poderosa empresa que se llama Canadian Pacific Railway y no se libra de ellas hasta que salta del "Empress" en el Pier No. 5 de Manila. Por todo este extenso Dominio de Canadá tiene pleno dominio la C. P. R. (iniciales de la compañía), pues donde quiera que uno vaya se encuentra con alguna actividad perteneciente a dicho gran *trust*. Los hoteles a lo largo del camino de hierro de la propiedad de la C P. R. los "warehouses", los autobuses, los tranvías, los "trucks", las lanchas, los hidroplanos. y los ferrocarriles todos son de la C. P. R. En los platos,

en los cubiertos, monteles, sábanas, almohadas, vasos, "toilet-paper", tohallas, y hasta en los pomos de vaselina, para untar con ella los labios superiores e inferiores al objeto de evitar que se agrieten con el frío y que se encuentran en los lavabos tanto de los trenes como de los vapores, se leen las letras C. P. R. escritas o dibujadas más o menos artísticamente, según sea el caso Os aseguro que estas letras constituyen una obsesión para el vajero que, saliendo de Nueva York o Washington, se dirije al Oriente al través del Canadá embarcado en un "Empress".

A la tarde nos embarcamos y nos instalamos Alunan, Paredes y yo en un "drawing-room", un camarote con tres literas y un cuartito para "toilet", dispuestos a aguantar el incesante traqueteo del tren, "el chirrido de los ejes, la melopea de oleaje costero que lanzan las ruedas y los saltos crujientes del vagon", como dice Blasco Ibañez, por espacio de cuatro días largos

e interminables. En otros camarotes iguales se instalaron Aunario, Escueta, Varona, Gil y La O.

En verdad que se necesita estar bien de los nervios y tener lo que se dice correa larga para soportar un viaje en ferrocarril y no aburrirse, pues la tención es tan constante que, en realidad, acaba con la paciencia del viajero. Por eso no es de extrañar que en una expedición así los mismos compañeros terminan por volverse mutuamente apáticos y hasta un poco misántropos, aunque después se conviertan en mejores amigos que lo eran antes del viaje y se quieran y se aprecien muchísimo más.

Trepando montañas, abriéndose paso entre montones de nieves, atravesando túneles, algunos por espacio de quince minutos que suponen algunas millas de longitud, bordeando precipicios y colinas, crusando puentes y pasando a lo largo de márgenes de ríos y lagos completamente helados y que aparecen como espejos viselados, corría vertiginosa-

mente el monstruo de hierro cual una enorme sierpe, dejando tras sí campiñas, aldehuelas, una reserva de indios, algunos de los cuales se veían parados cerca del paso del tren con sus cabellos largos trenzados caidos a ambos lados del cuello, pueblos y ciudades, ajeno completamente a los encontrados sentimientos de dolor y placer que se abrigaban en las almas sencillas de los expedicionarios que habían abandonado las comodidades del hogar para ir al país de la libertad y la democracia a pedir la independencia política de su pueblo. Dolor y placer digo, porque después de haber disfrutado de la exquisita amabilidad y espléndida hospitalidad de los buenos americanos que se desvivieron por hacer grata nuestra estancia entre ellos, dándonos lo mejor y haciéndonos ver lo más admirable y digno de verse que tienen, sobre todo en San Francisco, Washington y en Nueva York, se siente realmente verdadera pena y dolor dejarlo para tal vez no volver; y placer, porque cada

milla que devoraba el tren de la C. P. R., en su desenfrenada carrera al través de montes y llanos nevados, nos acercaba más y más al hogar amado en donde cada uno había dejado los pedazos más queridos del corazón y del alma. El trén, repito, corría complemente ajeno a estos sentimientos, que tenian la especialidad de agrandarse e intensificarse cuanto mayor era la marcha de aquél.

En Winnipeg, ciudad de alguna importancia de la provincia de Manitoba del Dominio de Canadá, hicimos una parada un poco larga, lo suficiente para dar una vueltecita por la población.

Después de Winnipeg admiramos caleidoscópicamente (conste que no es ninguna alusión) el variado y vistoso panorama de las montañas rocosas y los hermosos y poéticos lagos canadienses, donde tenuemente rielaban los rayos de un sol que apenas calienta. Mientras contemplábamos este paisaje, Aunario, Varona, Paredes y Alunan discu-

tían sobre si era este más hermoso que el de la región de las montañas rocosas (rocky mountains) de Estados Unidos, llegando a la conclusión de que el paisaje de Canadá es mejor por su variedad, colorido y porque abunda en lagos, ríos y cascadas.

La siguiente estación de parada un poco larga fué Calgary. Aquí desembarcaron muchos soldados canadienses procedentes de la guerra luciendo uniformes por el estilo de los que hace unos años gastaban los músicos de la banda Arévalo, Cecilio López y Aguila, todo combinado, lo cual les dara una pequeña idea de lo ridículos que son tales uniformes guerreros.

Mis compañeros parecían criticar la frialdad con que las madres, hermanas o novias de estos héroes les recibían en las estaciones sin aquellas explosiones de alegría, entusiasmo y cariño que de ordinario se vé entre nosotros, o más generalmente entre los latinos, y acabaron por sentar "provisionalmente" la consecuencia de que las mu-

jeres canadienses no tienen el ardor, la explosividad, la intensidad de amor y cariño y la expontaneidad propia de las filipinas, españolas, "frisconianas" y neoyorquinas, dejando para más tarde el juicio definitivo sobre este particualar.

También desembarcaron en esta Ciudad unos artistas del Orpheum quienes durante la noche anterior nos entretuvieron amenanente con su alegre y chispeante charla llena de futilidades y abundante en anécdotas sobre mujeres virtuosas.

Al fín, despues de un retraso de cerca de tres horas, cosa que no se ve en trenes americanos que llegan con una puntualidad cronométrica a las estaciones, hasta el extremo de pagar a los pasageros un tanto por cada hora de retraso, paramos en Vancouver. Arreglamos las maletas, nos dejamos cepillar el sombrero y el sobretodo por el morenísimo camarero a quien gratificamos espléndidamente; llamamos a los otros sirvientes del comedor, de la misma raza, y al mayordomo canadiense, a

quienes dimos también sustansiosos *tips*, y nos apeamos del dichoso tren que nos molió los huesos con su traqueteo y con sus choques y golpes violentos cuando enganchaban coches en las estaciones, y como siempre nos fuimos al mejor hotel. Y digo como siempre, porque en cuestión de hoteles, no nos hemos andado con repulgos de empanada. Doquiera que ibamos, ya se sabía, teníamos que hospedarnos en el mejor hotel, pues no en vano se nos había confiado una misión diplomática de gran trascendencia y era menester poner el pabellón filipino en lo más cimero de todo, y por eso nos hospedamos en Saint Francis Hotel, el mejor de San Francisco, New Willard Hotel, el mejor de Washington, Pennsylvania Hotel, el mejor de Nueva York, el "Buffalo Hotel", el mejor de la Ciudad de Buffalo, el "King Edward Hotel", el mejor de Toronto, y el "Vancouver Hotel", de la propiedad de C. P. R., el mejor de la Ciudad de Vancouver.

Serían cerca de las doce de la me-

dianoche cuando llegamos al Hotel Vancouver, y también allí encontramos dificultades para encontrar habitaciones. Esto de hallarse ocupados todos los cuartos de un hotol no es de todos los días, pero sí lo están siempre en vísperas de marcha de algún transpacífico.

En el *lobby* hicimos una larga espera mientras se buscaba acomodación de algún modo para nosotros, y mientras allí estábamos nos encontramos con varios compañeros de la Misión que habían llegado unos días antes tomando distintas rutas. Uno de ellos era nuestro muy simpático Secretario de Comercio y Comunicaciones, Honorable Jakosalem, a quien todos queríamos y distinguíamos por su trato afable, bondadoso y cariñoso, y a quien admiramos como uno de los que mejor alegato presentaron por la causa de la independencia en sus brillantes discursos en Washington y Nueva York en que apeló a la incontrastable e irrefutable elocuencia de los números y los datos estadísticos para demostrar que Fi-

lipinas podía y debía ser independiente económica, comercial y políticamente.

También vimos allí a Don Tomás Earnshaw, el elegante *sportsman*, acompañado del caballeroso y prestigioso gerente de "La Insular", el buen amigo Don Enrique Carrión, uno de los pocos filipinos que se han distinguido en Madrid como Militar y Ayudante de Campo del Rey Alfonso.

Despues de tanto esperar, conseguimos Aunario, Julian La O y el que suscribe acomodarnos en un *suite*, esto es, un cuarto especialmente lujoso con su correspondiente saloncito de visita principescamente amueblado, además del baño y lavabo, y allí descansamos de las molestias del fatigoso día. A la noche siguiente y debido a falta de cuartos, cedimos gustosamente este *suite* al matrimonio Gabriel La O y Sra. que llegaron aquel día.

Al día siguiente nos dedicamos al arreglo de los *tickets* para el "Empress of Asia," hicimos visar nuestros pasaportes en el consulado japonés. pre-

senciamos la pseuda inspección del equipaje, y luego a pasar revista a la Ciudad llegando a parar en una solitaria y pintoresca casa de campo en donde tomamos una merienda exquisita servida por lindas muchachas canadienses a quienes miraban de hito en hito y con ojos de carnero degollado (mutton degollated eyes) algunos de los merendantes.

Despues de la merienda se tocaron los instrumentos musicales que había allí, un piano y una victrola, nos incrustamos en sillas y divanes cuyos muelles y gruesos colchones nos mecían suave y dulcemente mientras fumábamos unas "princesas" de "La Insular," y así pasamos un rato divertido que nos hizo olvidar completamente el cansancio, la molestia, la agitación y las fatigas de un largo viaje en ferrocarril.



EL "EMPRESS OF ASIA": EL MEJOR Y MAS RAPIDO TRANSPACIFICO.—18 DIAS DE VANCOUVER A MANILA.—LA VIDA EN UN "EMPRESS".-COSTEANDO ALASKA ENVUELTO EN NIEBLA Y FRIO.—SALTO DE UN DIA.—REPETICION DE UN DIA.—YOKOHAMA, EL MEJOR PUERTO DEL JAPON.—LOS "JINRIKISHAS".—PRIVILEGIO PARA PASAJEROS DE PRIMERA CLASE DE QUEDARSE EN CUALQUIER PUERTO POR ALGUN TIEMPO Y COGER DESPUES OTRO BARCO.—PRIVILEGIO DE DESEMBARCAR EN YOKOHAMA Y COGER EL TREN PARA KOBE O NAGASAKI.—JAPAN TOURIST BUREAU.

La salida del "Empress of Asia" estaba anunciada para las ocho de la noche, pero, a las cinco ya estábamos casi todos los pasajeros a bordo.

Viajar en un "Empress" es lo mejor que puede hacer un turista que tenga necesidad de cruzar el más grande

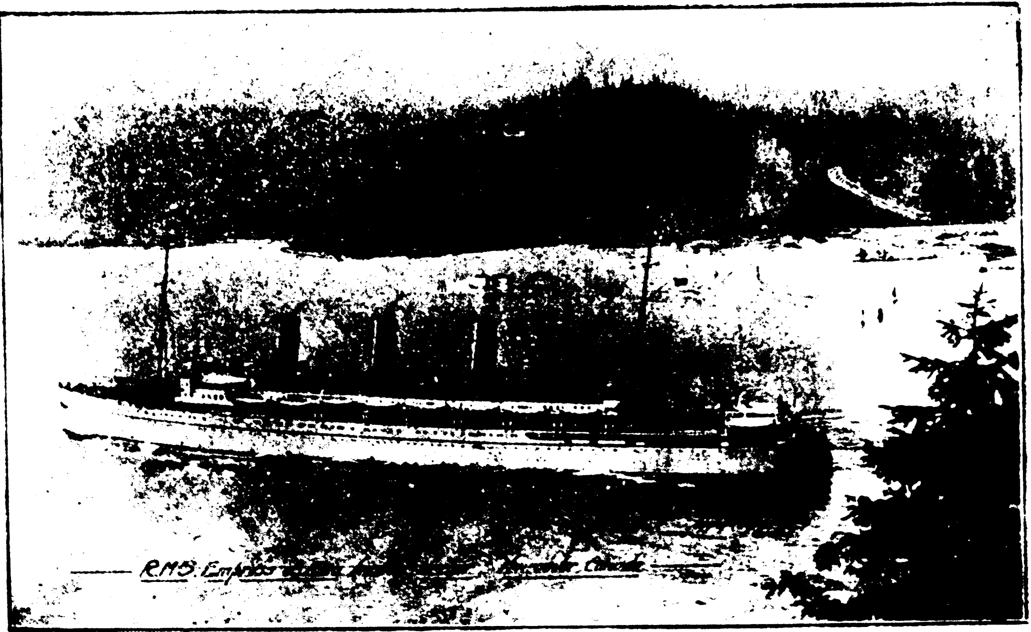
de todos los océanos, y el más revoltoso también apesar de su nombre: el Pacífico.

Estos barcos son magníficos por muchos conceptos; por su desplazamiento de más de 30 mil toneladas, su velocidad de más de veinte millas por hora, sus comodidades, su lujo, su servidumbre y su sana y abundante alimentación.

Es tan grande que a duras penas lo mueven las olas, como no sean las de un temporal o cosa por estilo.

Es tan rápido que hace la travesía de Vancouver a Manila en 18 días, y eso que hace escalas en Yokohama, Kobe, Nagasaki, y Sanghai. Su andar es de veinte millas constantes, lo cual es mucho comparado con casi todos los otros barcos que apenas corren 12 o 14 millas por hora.

Sus comodidades son tantas y tan variadas que es un verdadero placer viajar en estos palacios flotantes. Tienen telegrafía sin hilos; tanque de natación; fábrica de hielo; salón de


R.M.S. Empress

música; biblioteca de libros y novelas escogidos; gimnasio; barbería; lavandería; botica; amplio fumador donde se encuentran juegos de ajedrez, dominó, damas y naipes; cantina bien repleta; estafeta de correos; espacioso comedor con servicio esmeradísimo y excelente menú siempre; y camarotes anchos con dos literas cómodas y un sofá grande donde el servicio de tohallas y ropa blanca así como mantas gruesas para las camas es insuperable. Cada camarote tiene una estufa eléctrica.

La vida en estos barcos no tiene nada que invidiar a la que se disfruta en los mejores hoteles. La etiqueta se observa con bastante rigor por todos los pasajeros, quienes siempre se supone que pertenecen a lo mejor de la sociedad, y por eso para cenar, por ejemplo, las señoras van con trajes de *soirée* y los caballeros de frac o "smoking" negro. Para el desayuno y almuerzo es bastante que se vaya con americana ordinaria.

Después de la cena casi siempre se

baila en un saloncito que sirve de antesala al comedor al són de una muy afinada orquesta compuesta músicos filipinos.

El viaje de Vancouver a Yokohama dura díez días haciendo una travesía de 4200 y pico de millas marinas. Para llegar mas pronto recurvan hacia el Norte y van casi costeando Alaska. Por estos sitios es donde se deja sentir con bastante intensidad el frío y en donde dicen que el mar está siempre muy alborotado. Indudablemente, es el trecho más desagradable, sobre todo cuando una niebla densa envuelve de tal modo la embarcación que difícilmente se le puede divisar a una distancia de 20 metros apesar de su enorme mole. Por eso, en este trecho la sirena está constantemente, día y noche, silbando a intérvalos de un minuto escaso, cada uno, causando la consiguiente molestia a los pasajeros que están cerca de ella. Afortunadamente, pudimos coger un buen camarote, (el No. 137, si mal no recuerdo)

que es un buen sitio del tercer piso contado desde el que está debajo del comedor, donde nos instalamos cómodamente los señores Ocampo, De León y este modesto *croniqueur*, y en donde las pitadas apenas se percibían. En otro camarote del mismo piso estaban Jakosalem, Alunan y Paredes.

Así se comprende que muchos barcos; entre ellos el famoso "Titanic", se estrellarán contra los temibles témpanos de hielo que se encuentran en estas latitudes. Durante esta travesía en que por días enteros la monotonía del agua y el firmamento deprime y agobia el espíritu más valeroso y sereno es cuando se pasa el meridiano y entonces se suprime un día, esto es, que si al pasar por allí es sábado, por ejemplo, al día siguiente no es domingo, sino lunes. El domingo ha quedado suprimido. De igual manera pasa con la fecha, pues si es fecha cinco, por ejemplo, al día siguiente es siete, y no seis. Esto ocurre a la venida de América, pues que a la ida es todo

lo contrario, esto es, que el dia se repite al llegar al meridiano, y así, cuando es domingo, por ejemplo, el día de la llegada allí, al día siguiente es domingo otra vez, y lo mismo acontece tratándose de la fecha.

Me acuerdo de que a la ida tuvimos dos domingos así seguidos, pero me extrañó mucho que no ocurriera en el segundo domingo lo que en el primero, pues no hubo ni servicios religiosos con sermón y cánticos. ni hubo menú extraordinario en la mesa como es costumbre en esos días Tengo verdadera curiosidad por saber las razones de esta diferencia y regalaría gustoso cien pesos a quien me las diera, sobre todo el por qué tales servicios extraordinarios han de tener lugar precisamente en el primer domingo y no en el segundo.

Cinco días de esta travesía son de triste recordación para mí, pues los pasé en cama no solamente por estar algo mareado, sino por un ataque de tonsilitis que me impidió tomar un bo

cado de alimento o una gota de agua, puesto que la inflamación de las amígdalas cerraba completamente el conducto. Os aseguro que durante esos días el hastío y el aburrimiento me agobiaron sin piedad con sus alas de plomo.

A los diez días divisamos las costas japonesas, y unas horas después entrábamos en el hermoso puerto de Yokohama, atracando a un *pier* igual que el que tenemos en Manila.

El puerto de Yokohama aparece bien fortificado a juzgar por unas fortificaciones que hay en sitios estratégicos de la bahía que se ven desde el vapor.

Yokohama es una ciudad de cerca de medio millón de habitantes con muchos edificios modernos al estilo occidental. Tiene hermosos hoteles como el "Grand", "Oriental Palace", "Pleasanton" y "Belmont", aunque en honor a la verdad no puede compararse de ninguna manera con los que hemos visto en San Francisco, Washington y Nueva York. Tiene bancos como el "Hongkong and Shanghai Banking Cor-

poratión", "The Chartered Bank of India, Australia and China", "International Banking Corporation", "Yokohama Specie Bank", y otros.

La primera cosa que impresiona al viajero al llegar a un puerto del Japón es el *jinrikisha* o *rtcksaw* tirado por un japonés. Son cochecitos para una persona solamente, aunque algunas veces se ven de dos pasajeros, hechos en tal forma que resulta fácil y llevadero para un hombre el tirar de ellos.

La primera vez que ocupé uno de estos ricksaws tuva una impresión desagradable, pues no podía avenirme fácilmente a la idea de "animalizar", (si cabe la palabra), a un sér humano hecho a imagen y semejanza del Creador.

La tarifa por el servicio de jinrikishas es diferente en cada ciudad. Generalmente se paga cincuenta céntimos en moneda japonesa por hora, y de diez o veinte o treinta céntimos por una carrera corta.

Después de revisados los pasaportes

y cumplidos ciertos requisitos aduaneros, desembarcamos casi todos los pasajeros para visitar la ciudad y hacer compras de artículos de seda que tanto abundan en este país. Quien más quien menos de nosotros se ha hecho con camisas de seda, pañuelos de seda, calcetines de seda, etc., y los casados, teniendo siempre el pensamiento fijo en las esposas que esperan ansiosas, casi todos adquirieron abrigos, batas, enaguas, pajamas y otras prendas interiores femeninas.

Algunos pasageros desembarcan en Yokohama para ir a Tokio y de aqui a Kobe o Nagasaki en tren, y coger de nuevo en cualquiera de estos puertos el mismo vapor. Esto es un privilegio que concede la empresa naviera para dar oportunidad, al que quiera, de ver el interior del Japón. El pasage en tren lo facilita la misma .empresa. De este privilegio se aprovecharon Alunan, Paredes, Varona, Gil, Aunario y otros. Yo hubiera querido ir con ellos para así rememorar algu-

nas semanas alegres quo pasé en Tokio y otros puntos importantes del Japón hace dos años, pero no me pareció prudente hacerlo estando como estaba convaleciente de la dichosa tonsilitis.

Otro privilegio que concede a los pasajeros la empresa de estos barcos es el de poder uno quedarse en cualquier puerto por espacio de algún tiempo y coger después otro barco de la misma compañía o de otras compañías con quienes tienen hecho este arreglo para continuar el viaje hasta su destino. Estas son, según tengo entendido, las del T. K. K.; N. Y. K.; O. S. K.; P. M, y C. P. O. S. Estos privilegios se otorgan solamente a los pasajeros de primera clase.

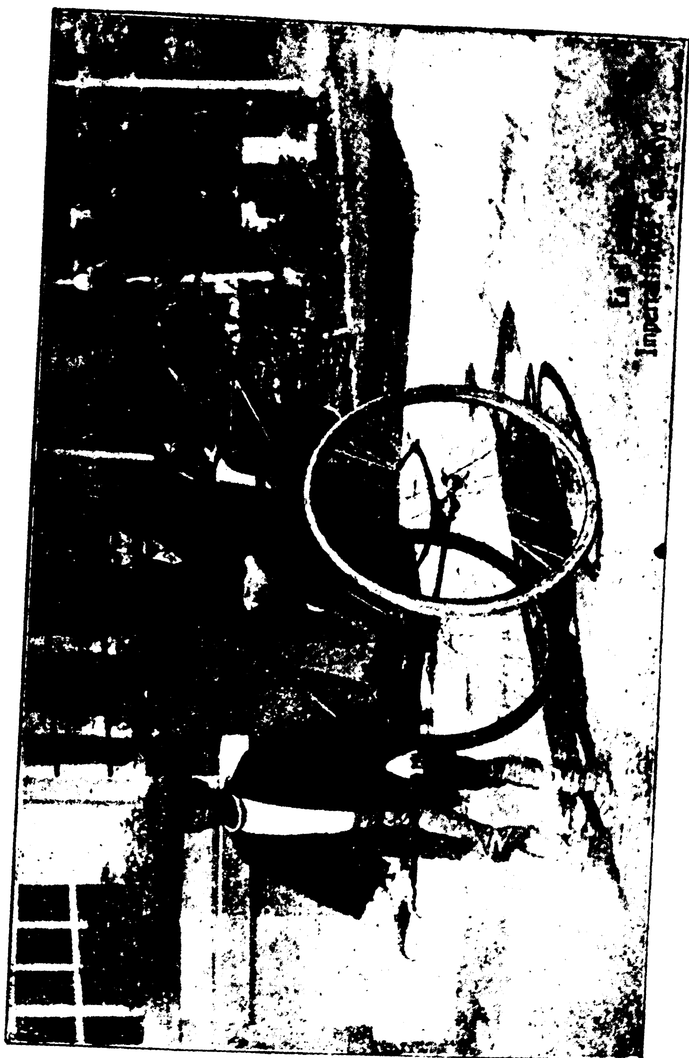
En Japón hay un buró de turistas que se llama "Japan Tourist Bureau". Tiene oficinas en todas las grandes ciudades. sobre todo en Tokio, Yokohama, Kyoto, Kobe, Shimonoseki y Nagasaki. La misión de este Buró es facilitar toda la información necesaria a un viajero, arreglándole itinerarios,

dándole un cálculo de gastos para los mismos, suministrándole libros, folletos, fotografías y planos, y proporcionándole cartas de presentación que sirven de pase para visitar sitios interesantes.

Creo que algo por ese estilo se podría hacer en Filipinas en provecho del pais. Es indudable que ello contribuiría a estimular el turismo y ayudaría a dar a conocer las cosas buenas que tenemos.



BANQUETE TIPICO JAPONES EN MAPLE CLUB. — PESCADO CRUDO AL PRINCIPIO Y MORISQUETA AL FINAL.—COSTUMBRE DE QUITARSE LOS ZAPATOS AL ENTRAR EN CASAS Y TEMPLOS.—BAILES DE GEISHAS CON MUSICA NETAMENTE JAPONESA.—RECEPCION EN EL PALACIO DEL VIZCONDE MOTONO, MINISTRO DE NEGOCIOS EXTRANJEROS.—LA GRAN ESTACION CENTRAL DEL FERROCARIL EN TOKYO: DEPARTAMENTOS LUJOSISIMOS RESERVADOS AL EMPERADOR Y PRINCIPES IMPERIALES: EL SILLON DEL PODEROSO MIKADO:—BANQUETE DE LA CAMARA DE COMERCIO DE TOKYO.—LA LUCHA JAPONESA EN EL GRAN ANFITEATRO DE TOKYO: VISITA AL MUSEO IMPERIAL Y AL MUSEO MILITAR.—VISITA AL JARDIN ZOOLOGICO.—MIYANOSHITA, PUEBLO VERANIEGO MUY PINTORESCO Y ELEVADO —ESTATUAS DE BUDHA. —EL FAMOSO CASTILLO FEUDAL



DE NAGOYA.—KYOTO, ANTIGUA CAPITAL DEL IMPERIO, EL EMPORIO DE LA SEDA.—VISITA AL "IMPERIAL PALACE".

Hace dos años y pico, coincidiendo con la Olimpiada Oriental en Tokyo a la que concurrieron nuestros atletas filipinos, estuvimos por Japón mi hermano, el senador y yo.

En Tokyo nos hospedamos en el mejor hotel, el "Imperial", y durante nuestra estancia en la populosa capital del Imperio fuímos agasajados por amigos japoneses y altos funcionarios del gobierno, a los cuales estamos hasta ahora muy agradecidos.

Recuerdo que el senador llevaba entonces la misión de hacer un estudio sobre ferrocarriles, lo cual nos puso en contacto con ciertas autoridades de alta categoría, entre ellos el Barón Goto, Ministro del Interior, que tiene bajo su departamento el servicio de ferrocarriles, y Mr. Tsurumi, presidente general de dicho servicio imperial.

Fueron tan atentos estos caballeros que, al terminar una visita que les hicimos, el senador Altavás, Julio Luz que estaba entonces allá estudiando la medicina, y el cronista, recuerdo que nos entregaron a cada uno un pase general para viajar por todas las líneas del ferrocarril por espacio de un mes. Hasta ahora conservo este pase que, según me aseguraron, se dá en muy raras ocasiones y a ciertos personajes solamente.

Les aseguro que sacamos buen provecho de los pases, pues con ellos pudimos ver casi todo el Japón sin costarnos la expedición más que los gastos de alojamiento y comida.

El mejor *souvenir* que tengo de dicha estancia en Japón consiste en una infinidad de tarjetas postales y algunas cartas que le he estado escribiendo a mi esposa. En ellas he tratado no solo de las fiestas y obsequios que se nos dieron a los dos de mi hermano, sino también de los que se dieron en honor de los directores de la represen-

tación filipina en la Olimpiada a las que asistimos como invitados.

En una carta fechada en Tokyo el 10 de Mayo de 1917 escribí entre otras lo siguiente:

"Anteanoche, martes, a las siete y media de la noche, fuímos invitados a un banquete japonés en el "Maple Club" cerca del "Shiba park". Al entrar en el Club nos quitamos los zapatos. Esto de equitarse los zapatos es muy corriente en Japón, sobre todo cuando uno tiene que entrar en los templos, poniéndose uno, en cambio, unas zapatillas o chinelas con suelas de lana o tela gruesa."

"Se me figura que el objeto de esto es evitar que las esteras que cubren totalmente el suelo o el recinto se manchen con el lodo o polvo que traen consigo los zapatos, o que se rompan con los clavos que tienen los tacones de los mismos. Esto mismo se hace en un gran bazar que hay en Tokyo llamado "Mitsukoshi", el mayor del imperio, en donde al entrar le cambian

a uno los zapatos con una chinela japonesa y le quitan el baston o el paparaguas, cuyos artículos se los devuelven en otra puerta distante de la por donde entró."

"Pues bien, como iba deciendo, nos quedamos con los calcetines solamente al entrar en el mencionado Club, y yendo por unos pasillos estrechos llegamos a un salón lleno de almohadones en el suelo, sobre algunos de los cuales estaban ya sentados algunos invitados. Estos almohadones hacen el papel de sillas. Desde luego que para sentarse en ellos no hay más remedio que adoptar la postura japonesa, esto es, los pies encogidos y cruzados. Después de tomar unos sorbos de té con biscochos japoneses, nos trasladamos al comedor en donde brillaban por su ausencia las sillas, mesas, platos, vajillas y todo lo que pueda suponer y dar a comprender que un banquete tuviera lugar allí. En aquel salón no había más que almohadones colocados en fila a lo largo de las paredes y delante de cada almohadón una me-

sita de un palmo de altura, un palmo de ancho por dos y medio de largo. En esta mesita nos sirvieron la comida plato por plato. El primero era pescado crudo tan bien presentado que a primera vista parecía un trozo de gelatina. Yo estaba a punto de comerlo, pero disistí de hacerlo cuando el comensal a mi lado me dijo que era pescado crudo y que aprobablemente no sería de mi agrado. Después vinieron otros platos bastante agradables, aunque no muy a gusto del paladar nuestro. A todo esto la morisqueta no acababa de llegar, cosa que me extrañaba, y azuzado por la curiosidad pregunté al caballero japonés que estaba a mi lado por qué no nos servían la morisqueta, y me contestó que cuando llega este plato significa que el banquete ha terminado, y efectivamente, en cuanto llegó se confirmó lo que me dijo el referido caballero.''

''Se me olvidaba decir que por primera vez en mi vida he tenido que hacer uso de palillos para comer, pues

no habia cubiertos. Durante la cena teniamos que estar cambiando continuamente de postura, pues se nos entumecían las piernas, y nos producía calambres aquella forma de sentarse a la que no estamos acostumbrados.''

''Durante la cena hubo dos bailes de geishas. El primero es muy llamativo, pues las bailarinas llevan unos vestidos rarísimos, aunque de mucho lujo, y bailan danzas japonesas al són de una orquesta netamente japonesa que tocaba instrumentos típicos y música también típica. El otro baile lo ejecutan con sombrillas y abanicos, también con el mismo acompañamiento. Confieso que todo ello me pareció muy interesante. Después de estas danzas hubo juegos de prestidigitación que nos gustó muchísimo por su originalidad y por la destreza muy grande del prestidigitador.''

''En contraste con lo de arriba, anoche fuímos invitados a una recepción en la residencia oficial del Ministro de Negocios Extranjeros, el Vizconde Ychiro Motono. Allí sí que todo era lujo ex-

traordinario en los cortinajes, alfombras, artesonados, sillas y demás muebles. El *lunch* fué admirable con servicio todo de plata y los platos magníficamente presentados y preparados. El cocinero debe de ser un verdadero artista culinario. La banda de música del emperador asistió a la fiesta tocando piezas europeas con agradable sorpresa nuestra, pues es muy raro oir música occidental por estas latitudes. Allí estaban Don Manuel Earnshaw, el decano Benitez (Conrado), el decano Reynolds del Colegio de Ingeniería de nuestra Universidad de Filipinas, Mr. Shuman, Mr. Summers, superintendente de escuelas de Manila, Dr, H. Velarde, Julio Luz, Manuel, Nieto y Gil Fargas. Los demás invitados eran todos altas autoridades del Imperio, siendo algunos de ellos Ministros y Sub-ministros.''

El "Japan Advertiser", un diario en inglés que se publica en Tokyo, trae lo siguiente sobre esta gran fiesta social en su número del 10 de Mayo de

1917; "Reception by Foreign Minister. Yesterday evening Viscount Motono, the Minister for Foreign Affairs, gave a reception at his official residence in honor of the officials of the Olympic games, the function lasting from nine to eleven o'clock. Viscount Motono, Viscountess Motono, among prominent persons present and their son, welcomed the guests. They were ex-Commissioner Earnshaw, Senator Altavas, Judge Altavas, Mr. Hershey, Mr. Hayashi, Professor Kano, and almost all the Chinese officials. The excelent band of the Imperial Guards played during the evening."

"Excuso decir que salimos muy agradecidos y contentos de la amabilidad y cortesía del ilustre Ministro así como de su distinguida señora que hablaba con nosotros con mucha soltura el inglés. También habla ella el francés y el ruso, pues, según nos decía, su marido había estado cerca de veinte años como embajador japonés en Paris y en Petrogrado."

"Esta mañana, acompañado de Mr. Hamaguchi, ex-secretario del consulado de Manila, fuímos a visitar el edificio donde están los Juzgados y Corte Suprema, así como el edificio donde están el Senado y la Cámara de Representantes. Los Secretarios de ambas Cámaras nos recibieron con mucha cortesía y deferencia, obsequiándonos después con libros publicados por dichas Cámaras y con unos sorbos deliciosos de té en un cuarto *ad hoc* que había por allí."

"Después fuímos a ver la gran Estación Central del Ferrocarril de Tokyo en compañía del mismo Mr. Hamaguchi y un alto empleado de la empresa quien nos enseñó todos los departamentos de la referida estación incluyendo los cuartos de uso exclusivo del Emperador en donde espera cuando tiene necesidad de coger el tren. Este cuarto está amueblado y decorado con un lujo verdaderamente oriental con pavimento todo de mármol, alfombras costosísimas y cortinajes y damascos de seda. En él había un sillón que ostenta el escudo

imperial para uso del Emperador. Yo pedí permiso para sentarme en el sillón, y prévia deliberación entre los caballeros japoneses que había allí presentes, me concedieron el permiso y así tuve el alto honor de sentarme en el mismo sillón en que se sienta el poderoso Mikado del Japón. He dicho "prévia deliberación", porque dudaban de si era conveniente o no acceder a lo que pedimos, teniendo en cuenta que para los japoneses el Emperador es un sér sagrado y que es sagrado todo lo que toca. Pero decidieron que si era una profanación para ellos sentarse en la silla del emperador, tal vez no lo fuera para el que no sea japonés."

"Contiguo al cuarto del Emperador están otros destinados al príncipe heredero y otros príncipes imperiales, así como para príncipes de otros paises. Todos igualmente decorados con un lujo asiático."

"Después de visitar esta Estación fuímos á un banquete ofrecido por la Cámara de Comercio de Tokyo. Un

gran banquete con servicio muy esmerado, buenos dulces y excelente champan. Este banquete era en honor de los representantes y directores de las participaciones China, Filipina y Japonesa en la gran Olimpiada que se está aquí celebrando estos días. Entre los filipinos figuraban los mismos que he nombrado arriba y algunos más que no recuerdo. Hubo discursos y brindis". El menú decía así: Hors de auvre-Bocullon en tasse-Soles frit et citron-Bitokes a la Russe-Poussins grillés-Salade-Celeri a la creme-Glace en Vanille-Friandises-Champagne-Vins.

En otra carta fechada en Tokyo el 15 de Mayo de 1917, escribí, entre otras cosas, lo siguiente:

"Ayer estuvo lluvioso todo el día con un frío que helaba los huesos. Sín embargo, a pesar de tan mal día, estuvimos en un banquete por la mañana, en el anfiteatro por la tarde y otro banquete por la noche."

"El banquete de la mañana se dió en un reservado del "Seiyoken Hotel"

que es el mejor después del "Imperial", al que asistieron banqueros y personajes muy conspicuos en la política y en el comercio. Entre ellos estaba el subministro de Comunicaciones y un exgobernador civil de Formosa. Hubo un par de discursos en japonés que fueron vertidos al castellano por un intérprete, a los que contestó nuestro hermano Senador en castellano, que fué vertido a su vez al japonés por el mismo intérprete. Fué un excelente banquete al estilo europeo".

"El banquete por la noche fué otro netamente japonés que nos ofreció Mr. Taka-Kawada, un prominente y rico comerciante que tiene grandes intereses en Davao. Más bien que banquete era una cena íntima en obsequio de los dos. Tuvo lugar en Kagetsu, Ginza. Al igual que el primer banquete de que ya he hablado, fué servido por geishas muy simpáticas y muy atractivas que parecen unas muñecas de carne con sus labios bien pintados de rojo.

En el anfiteatro presenciamos la lu-

cha japonesa invitados por los buenos amigos Hamaguchi y Shibasaki. Este anfiteatro es muy grande y puede contener posiblemente unas veinte mil personas. Los luchadores son unos japoneses muy grandes, muy gordos, muy panzudos, con pelo largo, y dotados de mucha fuerza. Luchan de una manera terrible, como fieras. La lucha consiste en echar fuera de un círculo de tres metros escasos de diámetro al contrincante. En cada partida luchan diferentes atletas. Algunas partidas se deciden en un abrir y cerrar de ojos. Otras, sin embargo, tardan algunos minutos en decidirse pues no parece fácil para uno echar fuera del círculo al otro. Esta lucha parece ser el *sport* nacional del Japón, al igual que la lidia de toros en España y Méjico, el boxeo en Estados Unidos e Inglaterra y la pelea de gallos en Filipinas. Se me figura que estos luchadores japoneses pertenecen a una raza especial japonesa, pues son muy distintos de los otros".

En otra carta de fecha Mayo 17,

escribí lo siguiente entre otras muchas cosas:

"Ayer tarde fuí a ver el Museo Imperial y el jardín zoológico que están en el "Ueno park".

"En el Museo se exhiben todas las cosas, entre muebles, trajes, armaduras, etc., que han pertenecido a los emperadores del Japón. Llama la atencion un carro especial con grandes ruedas que sirvió de carroza funeraria cuando enterraron a un emperador Dicen que las ruedas, cuando el carro está en marcha, producen un ruido especial que suena a música muy triste y muy fúnebre".

"En el jardín zoológico he visto animales muy raros, entre ellos un león muy grande que me asustó cuando empezó a rugir, pues parecía que temblaba la tierra. Dá miedo verle y oirle. Tambien hay un elefante monstruoso que tiene un pié encadenado a un poste, porque es muy fiero. Cuande se enfada arroja contra la gente chorros de agua o la comida que le

dán, por medio de la trompa. Ví allí también dromedarios con doble joroba, jirafas, hipopótamos, un bisonte y un condor".

"Esta mañana fuí a visitar el museo militar. Allí están expuestos unos cañones enormes que fueron cogidos de los chinos y los rusos cuando las guerras chino-japonesa y ruso-japonesa. Son memorables estos cañones porque se ven en ellos las huellas que han dejado las balas y las granadas".

En una carta fechada en Kyoto en 21 de Mayo de 1917, decía lo siguiente:

"A las seis de esta tarde llegamos a esta Ciudad que fué capital del Imperio Japonés hace cincuenta años".

"Llegamos después de un viaje de tres dias en tren, durante los cuales visitamos algunos pueblos de importancia, entre los cuales están Miyanoshita, Nara y Nagoya".

"En Miyanoshita nos hospedamos en el "Fujiya Hotel". Está en lo alto de una colina detrás de la cual hay un manantial que surte de agua a un in-

menso tanque de natación para uso de los huéspedes. Este es un sitio de veraneo, al igual que nuestro Baguio, y está a una considerable altura sobre el nivel del mar. Desde el hotel se pueden hacer excursiones a pie, en silla de manos o en rikshaw a unos hermosos y pintorescos lagos del distrito de Hakone, asi como al monte Fuji que es considerado como el monte sagrado del Japón Es muy ordinario ver en los paisajes y vistas japonesas reproducido este monte".

"En Nara visitamos un templo hermoso que contiene una estatua de Budha de madera la mayor que hay en el Imperio, mucho mayor que la que está en Kamakura, una población cerca de Yokohama que también visitamos, aunque esta última es toda de bronce. En los jardines del mencionado templo se vén unos venados tan mansos y tan cariñosos que lamen la mano del visitante con el fin, indudablemente, de que no se olviden de darles panecillos o frutas que tanto les gusta".

"En Nagoya subimos hasta el quinto piso del famoso castillo de ese nombre, residencia un tiempo de un señor feudal. Es un castillo construido hace más de trescientos años y es una verdadera fortaleza, rodeada de contrafosos, que sería inexpugnable en aquella época de la edad media en que no se conocían los morteros de "42" y los cañones de "75".

"En dicha Ciudad visitamos también una fábrica de porcelana de la cual sale la mayor parte de los jarrones que vemos por Manila".

"En esta Ciudad de Kyoto visitamos el antiguo palacio imperial y el Nijo Palace que fueron residencias de la familia imperial cuando esta Ciudad era la capital del Imperio. Se conservan allí hasta ahora las decoraciones y las pinturas murales que había entonces. En una de las galerías del palacio imperial, al caminar por ella, las tablas producen un sonido que se asemeja mucho al canto de un canario. Nosotros no nos habíamos aper-

cibido de este detalle, pero el guía que nos acompañaba nos llamó la atención hacia ello".

"Para visitar estos palacios. así como el castillo de Nagoya, hay necesidad de unos pases expedidos por el Imperial Household Department, y generalmente los extranjeros lo consiguen por medio de los embajadores de sus respectivas naciones. Nosotros nos valimos del embajador americano en Tokyo para conseguir dichos pases".

"Esta Ciudad de Kyoto es el emporio de la seda. En las tiendas no se vén más que artículos de seda. Sabiendo esto, unos americanos nos han asegurado que cuando vienen por el Japón procuran pasar de largo por esta Ciudad, porque sus caras mitades se gastan la mitad del avío en compras de prendas de vestir de seda".

"Mañana seguiremos nuestro camino para Osaka, la segunda ciudad más populosa del Japón después de Tokyo, y de allí iremos a Kobe".

Vista tomada con
kodak desde la ventana
de mi cuarto en el Im-
perial Hotel de Tokyo.
El tren que se ve [illegible]
que viene de Kobe [illegible]
[illegible] todos los dias.

Tokyo Japan, May 1[illegible]

LAS GEISHAS: SU CULTURA Y ELEGANCIA.—LOS TEMPLOS.—GINZA Y MOTOMACHI.—LA URBANIZACION DE LAS CIUDADES.—"NIGHTLESS CITY" (Ciudad sin noche) DE TOKYO: YOSHIWARA.—EL AMOR EN EL JAPON.—LA CORTESIA Y RESPETO A LOS TURISTAS EXTRANJEROS. — UN OLOR ESPECIAL.—LOS HIJOS EN LAS ESPALDAS DE SUS MADRES.—ENSEÑANZA OBLIGATORIA DEL INGLES EN LAS ESCUELAS PUBLICAS.—EL PINTORESCO PAISAJE DEL "INLAND SEA".—LA CARGA DEL CARBON EN NAGASAKI.—¡"SAYONARA"!

Evitando, como lo he hecho hasta ahora, tratar de las costumbres, pues no se estudian sino mediante largo tiempo de observación en el terreno mismo, quisiera hacer mención de las cosas corrientes en el Japón, de esas que se ven a simple vista en calles y sitios públicos.

Empezaremos por lo que llaman "geishas". En Filipinas parece que hay un mal concepto de ellas. Se las cree jóvenes de dudosa reputación. Más aún, se las cree sacerdotisas del amor. Nada de eso. Allí me han dicho que *geisha* es sinónimo de bailarina. Ellas son generalmente jóvenes de cara simpática y agradable, algunas verdaderamente hermosas y seductoras, y de cuerpo gracioso muy atractivo. Se distinguen de las demás por su elegancia en el vestir, su buen gusto en el peinado y su buena educación y cultura.

En los banquetes típicos japoneses, cuando ellas sirven, lo hacen con donaire y con una eterna sonrisa en los labios, y según me dijeron mis amigos japoneses, tienen en tales ocasiones el deber, además, de entretener, con su frívola y amena charla a los comensales. Eso, efectivamente, hacían ellas en las varias comidas de que ya he hablado y a las que he tenido el gusto y fatisfacción de ser invitado.

Gómez Carrillo, en su "Japon Heróico

y Galante", las retrata así: "De pié en la puerta de la estación, (se refiere a la estación de Shimibashi de Tokyo,) una musmé me sonrie, o mejor dicho, se sonríe así misma. Es delgada, pálida de un color de ámbar claro y transparente, con las venas finísimas marcadas en el cuello desnudo. El óvalo de su rostro es perfecto. Sus ojos, no grandes, pero largos, muy estrechos y muy largos, tienen una dulzura voluptuosa que explica el entusiasmo de aquellos antiguos poetas nipones que compusieron las *tankas* en que las pupilas femeninas son comparadas con filtros de encantamiento. Las manos exangues, de dedos afiladísimos, son traslúcidas. Los labios, en fin entreabiertos, en esa sonrisa perpetua, sus labios húmedos, dejan ver una exquisita dentadura de granos de arroz. Y esta aparición no lleva el traje gris sin adornos de mis compañeras de viaje, sino un kimono amarrillo pálido, cubierto de lirios blancos, que la hacen aparecer como una primavera de esta tierra, más

menuda y menos espléndida que la de Boticelli, pero no menos seductora. Yo la contemplo absorto. Y gracias a ella, a su belleza extraña, a su esplendor de leyenda, la vulgaridad de esta plaza de estación desaparece y un Japón admirable surge ante mis ojos extasiados.''

Los templos constituyen en el imperio del Sol Naciente unos lugares a donde llevan siempre a los turistas todos los guías japoneses. Los hay muy suntuosos, lujosos y severos. Otros no valen gran cosa. Pero todos se parecen casi lo mismo en estructura y apariencia general tanto exterior como interior. Los hay grandes y pequeños. En algunos de ellos necesita uno de un cicerone que explique el significado de las imágenes, linternas, tumbas, inscripciones, cuadros, etc. que se encuentran dentro. Yo he visitado unos cuantos, entre ellos el Koganji de Kobe, el Shitennoji de Osaka y el Toshugo de Shiba en Tokyo.

La calle principal en Tokyo es el ''Ginza''. Es algo por el estilo de

nuestra calle Rosario. En Kobe lo es el Motomachi Sanchome en cuyas tiendas he visto comprar ropas de seda, en esta última vez que pasé por el Japón procedente de América, a los compañeros de viaje señores La O, Paredes, Alunan, Jakosalem, Earnshaw, Carrión y otros.

La urbanización de las ciudades japonesas deja mucho que desear. Sus calles son estrechas, sucias, polvorientas, cuando no lodosas en extremo, sin aceras ni empedrado o adoquinado. Exceptuando todo lo que está en los alrededores del Palacio Imperial de Tokyo y del sitio en donde se hallan las embajadas y las mansiones de príncipes y millonarios, todas las otras calles se puede decir que no tienen atractivo ninguno, sobre todo fuera de la Capital del Imperio.

El sistema de riego de calles, cuando estuve la primera vez, era de lo más primitivo. En nada se parecen a nuestros carros automóviles de riego.

El servicio de incendios tampoco

puede compararse de ninguna manera con el nuestro de Manila. Probablemente, ahora tengan todo esto, y acaso mejor aún, porque el pueblo japonés es un pueblo muy laborioso y progresivo, y su adelanto en todos los ramos del saber humano es bien notorio y conocido por todos hasta el punto de ser la admiración del mundo entero.

Los folletos de propaganda que se reparten con profusión entre los turistas hacen indefectiblemente mención de lo que ellos mismos han dado en llamar "Nightless City" (Ciudad sin noche) en Tokio. Naturalmente, con anuncios así, la curiosidad del viajero queda extraordinariamente exitada y una de las primeras cosas que quiere ver al llegar a la Capital es ver dicha ciudad sin noche. Dejándome, pues, guiar por la curiosidad asi estimulada, hice que me llevaran allí una noche en compañía del Dr. Luz, y efectivamente alli se notaba luz, alegría. bullicio y gentío en las calles y casas. La mayor parte

de las casas, si no todas, parecen unas galerías fotográficas que exhiben por docenas ampliaciones de retratos de japonesas de todos tipos puestas en cuadros de madera barnizada o dorada. Esta ciudad, mejor dicho distrito, porque lo es solamente de Tokyo, es el Yoshiwara, conocido por todos los turistas que pasan por Japón.

Gómez Carrillo dice que el Yoshiwara es un pueblo de supersticiones y leyendas y, en vez de haberlo llamado "Ciudad sin noche" debieron haber dicho "Ciudad sin dia", puesto que es la cristalización de una bella noche de placer.

Hace unos años, me han dicho que la exposición no era de retratos como cuando fuímos hace dos años y pico mi amigo Luz y yo, sino de mujeres en cuerpo y alma que estaban allí expuestas como juguetes de carne que puede comprar el transeunte que pase por allí. Por eso el mismo Gómez Carrillo, con ese colorido admirable y seductor que dá a sus escritos, dijo

refiriéndose a esto que "Las jaulas tienen un lujo fabuloso. En el fondo, biombos de laca con incrustaciones de nácar y de oro limitan el espacio. En el suelo, sobre las blancas esteras, almohadones de terciopelo sirven de asiento a las musmés. Ellas permanecen allí, quietas, pero no inmóviles, como los viajeros las pintan. Delante de cada sitio hay un espejo, y el espejo es, para todas las mujeres, un objeto precioso que basta a entretenerla horas enteras. Cuando no se ven, se dejan ver. Sintiendo la admiración con que los paseantes contemplan sus amplios peinados, gozan íntimamente. Luego, por hacer algo, arreglan los amplios pliegues de sus kimonos claros, de manera que los dragones áureos y las quimeras de plata no tengan las alas arrugadas".

"Asi esperan."

"Y cuando detras del biombo una voz las llama, levántanse sin apresurarse. El amor, aquí, no tiene prisas ni impaciencias. Es un rito."

Llama la atención de todo turista que viaja por el Japón el trato cortés y respetuoso de todos los japoneses. Parece que hay de parte de ellos empeño especial en que el forastero pase lo mejor que puede en su país. Su afán es ayudar a que sea lo más grata posible su estancia entre ellos. Casi me atrevería a decir que tales virtudes de cortesía y respeto se inculcan en ellos para que la impresión del viajero sea favorable al país, y a fé que tiene que ser así, porque, en realidad, su trato social es hasta encantador.

Aunque no es costumbre entre ellos dar la mano al saludarse, pues para eso se limitan a hacer inclinaciones y reverencias, muchas reverencias, a los extranjeros les dan lo mano con gran efusión.

Otra cosa que llama también la atención en este país es ese olor peculiar que se percibe en todas partes, un olor acre bastante desagradable al olfato. No se a que se debe.

He notado también que los grandes funcionarios y personajes usan mucho la levita en vez del chaqué que está tan en boga en América.

Otra costumbre típica es la de las madres que tienen a sus hijitos en las espaldas, al parecer tan cómodamente puestos, a juzgar por lo bien que se duermen, no obstante ir ellas de paseo por calles y plazas.

El inglés está bastante extendido en Japón. En los hoteles, establecimientos, trenes y oficinas tanto del gobierno como del comercio siempre se encuentra alguno que hable el inglés. Se puede decir que el que parle en este idioma no tendrá dificultades en darse a comprender, sobre todo en las grandes ciudades, puesto que aún los "kurumeros" (indivíduos que tiran de los jinrikishas) entienden algo el inglés.

Mr. Tamura, Presidente de la Cámara de Comercio de Kobe, un caballero distinguido educado en América que nos abrumó de atenciones cuando fuímos por primera vez a Japón, me dijo

que no debía extrañarme que el inglés sea algún tanto conocido allí, porque su enseñanza es obligatoria en las escuelas públicas.

De Kobe a Nagasaki hay unas 20 horas escasas de travesía en un "Empress". Es indiscutiblemente la mejor parte de todo el viaje desde América hasta Filipinas, porque atraviesa todo el "Inland Sea" (mar interior) del Japón que es un mar estrecho siempre tranquilo bordeado a ambos lados por islas y por tierra firme del Japón. Desde el vapor se divisan perfectamente las montañas y paisajes japoneses así como muchos pueblos y aldeas y una infinidad de *sampanes* de pesca que parecen unas enormes águilas marinas, y como todo ello es hermoso y pintoresco con sus velas infladas por el viento; de ahí que la travesía resulte deliciosa.

Antes de salir de este mar se pasa por el estrecho de Moji, tan estrecho como el río Pasig, y desde el barco se ven perfectamente las dos ciudades

que están a ambos lados: Moji y Shimonoseki.

Nagasaki es el último puerto de escala en Japón. Lo único que llama la atención del viajero en este puerto es la manera de cargar de carbón el barco.

Momentos después de anclar en bahía se aproximan a él más de cien cascos grandes llenos de carbón. Una vez amarrados, los cargadores o trabajadores forman una cadena sin fin que conecta el casco con la escotilla del vapor y de ese modo suben las canastas llenas de carbón que van de una mano a otra sin solución de continuidad.

En esta faena toman parte muchas mujeres, más mujeres que hombres, que salen ennegrecidas por el carbón, ese precioso mineral, sin el cual probablemente no valdría la pena de vivir en este mundo, pues es sabido que todas las comodidades de que disfruta el hombre hoy dia no existirían sin él.

Siendo Nagasaki el último punto, es

natural que, al levar anclas el barco, el viajero sienta algún pesar, el mismo pesar que siente siempre al salir de un pais que le ha gustado, donde le han tratado bien y en donde ha dejado amigos y afecciones. Y ya en marcha el transpacífico, inconscientemente se dirige uno a lo más extremo de la popa para contemplar las últimas siluetas y los últimos vestigios de las altas sierras que abundan en Japón, y luego, siguiendo con la vista la larga, irisada y luminosa estela que deja el barco y que en los primeros momentos del viaje parece un puente de plata cuajado de brillantitos que comunica la embarcación con la playa, musita fervorosamente palabras dulces y cariñosas de despedida.

!Adiós, pueblo de los heróicos *samurays*, pueblo de leyendas galantes! ¡Adiós, país de los diminutas mujeres! !Adiós! país de los crisantemos.

¡Sayonara!

DE NAGASAKI A SHANGHAI EN 25 HORAS.—"NO BAZ SHANGHAI WATA VELI DELTY".—CUCHIPANDA CHINICA EN EL RESTAURANT "NEW REPUBLIC".—SHANGHAI, EL PARIS DEL ORIENTE.—COSMOPOLITISMO DE ESTA CIUDAD.—RECORRIENDO LAS CALLES Y JARDINES.—COMENTARIOS HUMORISTICOS SOBRE SHANGHAI.—DE SHANGHAI A MANILA EN 60 HORAS.—EL PRIMER FARO DE LUZON.—EL CALOR TROPICAL.—CAMBIO DE DECORACION.—CORREGIDOR, BALUARTE INEXPUGNABLE.—EL SPEAKER OSMEÑA Y EL VICE-GOBERNADOR YEATER SUBEN AL "EMPRESS OF ASIA" EN CORREGIDOR PARA SALUDAR Y DAR LA BIENVENIDA A LOS MIEMBROS DE LA MISION FILIPINA DE INDEPENDENCIA.—LANCHAS EMPAVESADAS,—COMPACTO GENTIO EN EL "PIER".—SINCERA GRATITUD.

De Nagasaki a Shanghai el "Empress of Asia" hace una travesía de unas 25 horas. Como de Manila a Iloilo o Cebú. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que la distancia es mucho mayor, pero tambien hay mucha diferencia en la velocidad de los respectivos barcos.

No muy lejos de estos mares tuvo lugar el reñido combate naval ruso-japonés que culminó en el triunfo colosal del almirante Togo.

Me acuerdo perfectamente, cuando mi viaje de hace dos años que lo hice en este mismo "Empress" de que al despertarme tempranito la mañana que llegamos a Shanghai ordené al *cabin-boy*, un chino simpático, que tuviera listo el baño, y el buen hombre, medio riendo, me dijo: "No baz Shanghai wata vely delty", contestación que no me dejó satisfecho; pero cuando miré el agua del mar a instancias del "boy", me convencí de que verdaderamente no era cosa de bañarse con aquel líquido de color amarillo subido, que daba asco ver.

El vapor fondea muy lejos en la bahía de Woosung. Para ir a tierra tiene uno que transbordar a una lancha que emplea cerca de dos horas hasta llegar al muelle.

Transbordamos todos, y durante al trayecto acordamos encontrarnos todos en el *lobby* del Astor House, a las doce, para ir de allí a un restaurant chino.

Efectivamente, serían cerca de la una cuando nos sentamos al rededor de una larga mesa en el "New Republic Restaurant", y excuso decirles que hicimos honor, con un apetito devorador, a los bien condimentados y ricos platos que nos sirvieron. Al final de la alegre cuchipanda chínica nos levantamos todos con las copas en alto para brindar por la preciosa salud de nuestro anfitrión, el acaudalado hacendero de Negros, señor Mahinay, un caballero muy simpático y muy amable.

A Shanghai, de cierto tiempo a esta parte, se la viene llamando el París del Oriente, no sé, realmente, por qué. Supongo que será por su vida alegre

por las noches, pues abunda en buenos cabarets y teatros, y por sus templos dedicados a la diosa del amor y la belleza.

Shanghai es un pueblo absolutamente cosmopolita, como que está dividido en secciones en cada una de las cuales predomina completamente una determinada nacionalidad. Así hay la sección inglesa, la sección francesa, la sección rusa, etc.

Cada sección tiene su propio gobierno, y así se ven a cada paso policias de distinta nacionalidad y de distinto uniforme a medida que uno recorre las calles. Shanghai tiene una población de cerca de millón y medio de habitantes y es indudablemente el puerto más importante de la república china. Su comercio es grande y extenso y es punto de escala de todos los vapores que vienen del Japón, Canadá y América.

Allí no hay inspección de aduanas. Los efectos personales entran absolutamente libres.

La moneda circulante es el peso mejicano, exactamente el mismo que antes tenía curso legal en Filipinas.

El vapor nunca está más de 24 horas en Shanghai, por eso el viajero de paso no tiene apenas tiempo de verlo todo. Sin embargo, para sacar el mejor provecho posible de nuestra corta estancia allí, alquilamos un automovil, nos metimos en él Alunan, Paredes, Mahinay, Aunario, Gil y un servidor, y recorrimos casi toda la urbe. Tiene buenos edificios, buenos hoteles y hermosos jardines, sobre todo los de las hermosas casas residenciales que se levantan en las afueras.

A la hora designada nos dirigimos al muelle para coger el último viaje de la lancha. ¡Desgraciado del que no lo "pesque", porque se queda en tierra! Y ya en camino para el gran transporte cambiamos de impresiones. Gil nos habla de lo descarados que son los chinos que tiran de los rickshaws, los *animal implume bipes*, según definición del gran filósofo Platon; Escueta

nos habla de las camisas de seda que tan baratas se venden allá; uno nos habla de las rusas que tanto abundan en Shanghai; Earnshaw nos habla de las calles estrechas y sucias de los barrios chinos; Varona nos habla del pudor de las chinas, y otros nos hablan de cincuenta mil cosas que han visto y oido.

A media noche levamos anclas por última vez, y digo última, porque para cuando la leven otra vez ya estaremos en nuestras casitas disfrutando del dulce calor del hogar. Y poniendo la proa hacia Filipinas, dejamos el vasto imperio de los mongoles, el país de las viceversas, el país donde las mujeres van con pantalones y los hombres con faldas, donde el blanco es señal de duelo y el negro de alegría, y marchamos con aparente mayor velocidad que nunca, pues nuestros vehementes deseos de llegar al país querido y tantas veces añorado durante todo el viaje parecían contribuir a que el andar del barco fuese mayor.

Despues de 48 horas de viaje divisamos la luz del primer faro filipino. Serían las diez de la noche. Nuestra alegría era casi desbordante. Aquella noche a duras penas se podía conciliar. el sueño. Desde entonces estábamos costeando playas amigas. Estábamos en Filipinas, la tierra del sol querida, e inconscientemente se nos venía a la memoria aquellos hermosos versos del gran vate filipino, Fernando Ma. Guerrero, cuando dirigiéndose a Filipinas dijo:

"Vírgen de la Malasia, ramo de flores
que argentan con su espuma los roncos mares,
tuyos son mis suspiros y mis amores,
tuyo el ritmo tembloso de mis cantares."

"..

...."

"Y cuando por las tardes, el sol desmaya
sobre olas de esmeralda su frente roja,
niñas de tez morena van a la playa
a recoger las conchas que el mar arroja."

"Son dulces y mimosas como las hadas;
en su rostro rutilan ojos traviesos,
y hay caricias eternas en sus miradas,
y hay un fuego divino que arde en sus besos."

"Asidas de la mano, suelto el cabello,
cruzan nuestras praderas siempre inmarchitas,
ostentando en su grácil flexible cuello
perfumados collares de *sampaguitas* "

"..
...."

En los camarotes se siente ya el calor de los trópicos. Los trajes de lana se tienen que cambiar necesariamente con los de seda, dril o palm-beach. ¡Qué contraste de la noche a la mañana! La noche anterior todos vestidos de negro o algún color oscuro; a la mañana siguiente todos de blanco.

Al fin se divisa Corregidor, baluarte inexpugnable. Sería la hora del mediodía. De pronto vemos dos o tres lanchas empavesadas y en ellas un afectuoso agitar de pañuelos. Se acerca una de

ellas y reconocemos al Vice-Gobernador Yeater, al Speaker Osmeña y otros altos funcionarios del Gobierno. Piden autorización para subir y se les concede, y acto seguido, suben por las escaleras larguísimas e interminables del "Empress of Asia". El entusiasmo crece cuando con gran efusión estrechamos las manos de estos ilustres prohombres que se dignaron recibirnos de aquella manera. Nuestro agradecimiento no tiene límites por este acto de cariño, cortesía y deferencia de que hemos sido objeto.

Sigue su rumbo el barco y a medida que se acerca al puerto se ven más y más lanchas, todas empavesadas, algunas con bandas de música, llenas de mujeres y caballeros que desde la borda agitaban sus abanicos, pañuelos y sombreros. Nosotros contestabamos llenos de emoción y alegría, porque entre ellas divisabamos a los amigos, a los parientes, a nuestros hijos, a nuestras esposas y a nuestras madres.

El *pier* estaba rebosante de gente, así como los muelles cercanos. El pue-

blo había ido allí a recibir a los que le habían representado en Estados Unidos. Nuestra gratitud no tiene límites ante esta prueba evidente de cariño y adhesión a las grandes causas nacionales.

La satisfacción de ver una vez más los patrios lares; la alegría de estar de nuevo entre los nuestros; la felicidad de poder estrechar otra vez a los seres queridos, eran los sentimientos que embargaban totalmente nuestras almas. La explosión de todos estos afectos cordiales tendría lugar de un momento a otro. Las lágrimas de gozo pugnaban por salir de nuestros ojos a la proximidad de un bien tan deseado y apetecido.

Al fín, corriendo, por no decir volando, por el andamio, nos precipitamos en brazos de aquellos que, como nosotros, ansiaban nuestro retorno, y henchidos de una emoción inefable, besamos las mejillas de nuestros hijos, las bocas de nuestras esposas y las frentes de nuestros padres. ¡Loado sea Dios!

Al fin, pisamos Manila, la ciudad mejor gobernada del mundo, a la cual el poeta español Ramón Alba cantó las siguientes trovas:

"Manila, patria del sol luciente,
¿quien tus bellezas puede nombrar,
si, por hermosa reina de Oriente,
himnos cantando perpetuamente
besa tus plantas rendido el mar?"

"..
...."

"Preciosa perla del Oceano
tú eres, Manila, bello pensil
en donde puso Dios con su mano
para adornarte lo más galano,
lo más hermoso del mes de Abril."

"..
...."

"Eres tan bella que te entretienes
prendando a todos los que te ven,
por ser sultana de mil harenes
que lleva sedas. joyas y trenes
con elegancia de parisien."

"..
...."

AGAPE EN EL MANILA HOTEL: ANFITRION, EL CABALLERO DON ENRIQUE CARRION.—RECUERDOS DEL VIAJE Y ESTANCIA EN LA METROPOLI. — RECOMENDACIONES SOERE LA MEJOR MANERA DE VIAJAR.

Algunos días después de nuestra llegada a Manila nos reunimos todos los combarcanos en el Manila Hotel para ser huéspedes de honor del prestigioso caballero filipino Don Enrique Carrión que hizo el viaje con nosotros, en correspondencia a las atenciones y amabilidades de que ha sido objeto, según él, de parte de nosotros. Fué un ágape ameno y repleto de buen humor en el que hubo derroche de champagne y sauterne. Presidía la mesa la amabilísima señora del prestigioso abogado La O.

Excuso decirles que en cuanto los vapores del vino comenzaron a invadir "los altos" de cada cual, el humor subía de grado, y es sabido que la lengua se vuelve indiscreta en estos casos. Así,

pues, la charla se hizo general y las anécdotas estuvieron en orden. Uno recuerda los millones de dollars de los elocuentes discursos de Jakosalem; otro recuerda la tos de Escueta; otro se acuerda de Tirona y las bromas de "La Brújula"; el de más allá se refiere al "aqua marina" de Gil y Aunario; alguien hace mención de la "underground investigation" de Pérez; varios están que trinan todavía contra la famosa nómina de Roces a bordo del "Sherman"; otro cuenta lo ocurrido con Luz y el perro malicioso de Forbes en Boston; aquel menta lo del cinturoncito de Alunan; Aunario sigue lamentando la pérdida de sus 60 dollars en el palacio del general Forbes en Boston, y nadie se ha olvidado de lo de las categorías del senador De León. Tampoco se olvidaron de cierto telegramita recibido en el tren dos días antes de llegar a Chicago que calentó los cascos del recipiente y que si no fuera porque hacia entonces un intenso frío, hubiera indudablemente llegado la sangre al

río. Tampoco nos olvidamos de elogiar una vez más los tres hermosos cuadros al óleo llenos de arte, belleza y plasticismo que colgaban de lo más alto de las paredes del magnífico *apartment* que tenía en la calle 103 de Nueva York el simpatiquísimo amigo Cuyugan. No sé si eran suyos o de la casa. Uno era reproducción del "Rapto de las sabinas", y los otros dos, reproducciones también de famosas obras debidas al pincel de los conocidos artistas italianos Agnesio y Quetini.

En fín, que las horas pasaron raudas y bulliciosas como tiene que ser siempre que haya humor, alegría, juventud y sano compañerismo.

Antes de terminar estas mal pergeñadas crónicas, creo que no estara de mas hacer algunas observaciones respecto a la mejor y más cómoda forma de viajar como turista.

En primer lugar, y esto es muy importante, debe procurarse siempre ir con pasaje de primera clase tanto en vapores como en trenes.

En segundo lugar,—también importante,—procure el turista alojarse siempre en el mejor hotel.

Son costosas estas primeras recomendaciones, pero, a decir verdad, es preferible no moverse de casa que viajar y alojarse de otro modo.

En tercer lugar, procúrese llevar dos maletas solamente, lo más tres, pues no hace falta más en punto al vestuario que se necesita para estos viajes. Siempre que sea posible, es muy recomendable que estas maletas sean de mano y que no se separen de uno nunca, procurándolas llevar o hacer que las lleven al bajar del vapor, al apearse del tren o al salir de un hotel. La norma es tenerlas siempre a la vista mientras están de transito. De ese modo se evitan zozobras y disgustos, pues a lo mejor se extravían o se pierden, o cuando menos tardan en llegar al hotel o al tren, y en el entretanto está uno inquieto e impedido de poder salir. Además, la costumbre de facturarlas para una deter-

minada estación, por regla general, dà lugar a dilaciones o demoras que pueden trastornar el itinerario del turista, y lo que es peor, a que facilmente se estropeen, porque en la carga y descarga de maletas y baules no se guardan consideraciones de ninguna especie, sino que más bién parece que hay empeño en romperlos y tratarlos de la peor manera posible. Que digan los que han venido conmigo como han llegado sus baules y maletas recién comprados en América. Daba lástima verlos. En cambio, las que yo tenía, que no se separaron un momento de mi lado, llegaron en estado muy satisfactorio. De algo me sirvió la experiencia de viajes anteriores.

Además, si dentro de ellos tiene uno algun frasco de perfume o lo que fuese, puede estar seguro de que lo encontrará vacío y hecho pedazos al abrir la maleta.

Se recomienda para estos viajes que se lleve un smocking negro para usarlo durante las cenas, un frac para las fiestas

sociales de noche, un chaqué para salir por las mañanas, y dos o tres trajes de lana de color oscuro. Una gorra es imprescindible para el viaje y el derby puede servir para todas las ocasiones casi. Ropa interior la necesaria para llenar las maletas. No hace falta llevar mucha, porque se lavan en un día en cualquiera parte. Por último, no hay que olvidarse de un bastón que sea *chic.*

Con respecto al dinero la mejor manera de llevarlo es mediante cartas de crédito de dos o más bancos. Estas cartas tienen sobre los *travellers checks* y giros la ventaja de que ofrecen la menor cantidad posible de inconvenientes en el cobro, sobre todo llevándolas de varios bancos, porque hay más seguridades de que en cualquier ciudad se encuentre una sucursal, lo que quizás no ocurra con respecto a un banco solo.

Para viajes marítimos es muy importante tomar el barco mas grande posible y el de más velocidad. Cuanto más grande y veloz, la comodidad es mucho mayor. Si la diferencia en ta-

maño es poca, prefiérase siempre al que más ande aunque fuese menor. La gran velocidad es un factor de mucha consideración para el viajero.

El "Empress of Asia" hace el viaje de Vancouver a Manila en 18 días. La travesía más larga es la de Vancouver a Yokohama en diez días pasando por la parte más hacia el Norte del gran Océano Pacífico. De Yokohama a Manila se puede decir que el vapor está simplemente costeando, pues se ven siempre costas, y si desaparecen, lo es solamente por un par de horas. La distancia total que recorre el buque es de 6,663 millas marinas.

Por último, se recomienda a los pasageros en estos transpacíficos no se asusten ni se crean que el barco se está hundiendo o ardiendo o que haya un amotinamiento a bordo cuando a las cuatro de la tarde de los sábados oigan sonar tres pitadas largas de la sirena y vean acto seguido a toda la tripulación, oficiales y marineros, corriendo como desesperados de un lugar

a otro acudiendo a los grifos contra incendios, aprestando las mangueras, desamarrando los cables que sujetan a los botes, subiéndose a los palos y haciendo otras diligencias de ese género.

Si es a esa hora precisa, no hay por que alarmarse, puesto que se trata simplemente de un simulacro, mejor dicho, un ejercicio para acostumbrar a los tripulantes a las obligaciones que cada uno tiene en caso de siniestro. En cualquiera otra hora, lo más prudente sería "enchalecarse" con salvavidas, subirse a la cubierta, esperar órdenes, no dejarse llevar del pánico y encomendarse entre tanto a la Providencia.

Estos ejercicios son de mucha importancia para asegurar la mayor eficiencia y el mayor orden posibles cuando ocurre alguna catástrofe a bordo, evitando las confusiones y atropellamientos que son en muchos casos causa de grandes accidentes de los que salen víctimas los débiles niños, mujeres y viejos que son los que precisamente más protección necesitan en esos momentos.


FIN.


UNIVERSITY OF MICHIGAN
3 9015 02328 0889